



EL OLOR DE LA VIDA

Rosa Rodríguez Cubela

EL OLOR DE LA VIDA

Rosa Rodríguez Cubela

A las Rosas, Carlos, José y Marías que andan regados por ahí dentro de cada página, a los que quedaron fuera e hicieron posible que

una vez desde mi tristeza y la nostalgia, me sentara a escribir. A los

dueños de cada historias inverosímiles pero ciertas en algún punto

de la realidad, en este mundo en el que vivimos donde nada es nuevo

debajo del sol. A los que vinieron de lejos, allende los mares, a los que se fueron y no regresaron, a los que los vieron partir.

Primera Parte

I

Las hijas de Rosa, La choricera

María era la tercera de las hijas de La Choricera , prefería la hoguera

inquisidora del fogón de leña al trabajo fuera de casa, no resistía la humillación de los patronos que la querían hacer salir de la casa a cumplir cualquier encargo, mojada de la faena de lavar o sucia de la cocina,

por eso se quedaba en casa suspendida delante del fogón de leña, unas

veces en el aire y otras sobre una silla, cualquier cosa era mejor al mandato de alguien desconocido, pues aunque mucho estuviera a su lado,

María no era de conocer a nadie, su carácter soñador no le permitía

ver los defectos de quienes la rodeaban, mucho menos las virtudes.

La mayor de las hermanas quedó en España, porque su madre no

pudo juntar el dinero del pasaje para traerlos a todos. Carmen quedó al cuidado de unos tíos, que rápidamente la llevaron a un convento donde pasó su infancia, le truncaron la adolescencia ajustándole corpiños al pecho para que no le crecieran los senos, le asustaron con los fantasmas que se veían en los espejos, y le embadurnaron la cara con polvo de arroz, para que no se asustara de su belleza. Dentro de aquel mundo, el único que conocía, Carmen creció creyendo que padecía una enfermedad que en Cuba la llevaría a la muerte, y la joven llegó a la resolución de no partir si venían por ella, aunque ya casi estaba resignada a vivir perpetuamente en el encierro, después de haber gastado sus lagrimas cuando su madre la dejó, y no entendió nunca a Dios, al que pedía todas las noches que la salvara de las santas monjas que la atormentaban diciéndole que su camino ya estaba dispuesto para la entrega al señor. La joven mal creció con la desdicha de no volver a ver la nieve ni las cabras, ni todo aquello que le hizo feliz la infancia, por eso al cabo de doce años cuando llegó La Choricera a buscarla no le importaba salir del convento, de todas maneras su madre la llevaría a otro lugar desconocido, tendría que atravesar medio mundo, cuando ella no conocía otra cosa que las comidas mal cocidas del convento, los miedos y susurros de las almas en penas que vagaban por los largos corredores a los que ya estaba acostumbrada, para ir a

donde se hablaba de otros tipos de fantasmas , hechiceros y pequeños negritos que salían de las charcas a tragar gente. Esta disyuntiva de los malos espíritus fue lo que hizo que Carmen perdiera la razón, fue un alma en pena a pesar que tuvo casi toda la libertad que quiso a diferencia de sus hermanas y se casó con un gallego rico que no pudo nunca enseñarle el mar, pues era como la división entre una vida y otra y ella en realidad no sabía cual era mejor ni peor. Su belleza nunca se marchitó y a pesar de ser loca de remate, su esposo la lució con orgullo y no la contradijo ni cuando quiso ponerle Napoleón a su primer hijo. Las hermanas de María eran todas de diferentes caracteres productos de la unión del jardinero soñador y de la avariciosa choricera. No se sabe si la locura de José fue por la guerra de Cuba o por su capricho de amaestrar sapos y hablar con las flores, cosa que nadie creyó nunca, pero realmente había algo de magia en ello porque sabía muy bien cuando una flor iba a cambiar de color, a marchitarse o a no dar fruto. Tenía el arte de hacer injertos para cambiar los olores, podía vender rosas con olor a jazmín, o a manzanillas, esto dislocaba un poco los compradores que iban en busca de remedios, pues a veces daba rosas manzanilladas y los cambios hicieron que perdieran la fe en sus plantas curativas.

La Choricera solo sabía rellenar mondongos de puercos, darle ese olor infinito a sangre cocida o a grasa condimentada, aromatizadas con hojas de guayabas cultivadas por ella a causa del miedo a que José trastocara los olores, la gente prefería sus mondongos a los olorosos jazmines de rosas.

Carmen no heredó la locura, a ella le sobrevino por los temores espirituales del pecado, por no saber con cuales demonios tenía que quedarse para temerle, al fin se libró con su locura de tal elección; pero Rosita si tuvo una demencia hereditaria, padeció de bocio, enfermedad que padecieron la mayoría de las mujeres por esa línea hereditaria y que al no descubrirse a tiempo género en ella un estado agresivo y estuvo internada ya en su madurez, cuando los hijos no pudieron con sus botellas incendiarias, ni sus arranques de cabellos. Mejoró con los famosos corrientazos cerebrales, que la pusieron tan apacible que solo le dejaron la manía de comer todo lo que veía, desde maíz crudo, mango verde, arroz sin cocinar, tierra de hormigas y cuanto a su paso hallaba, en sus últimos días cuando avanzaba por los setenta años y sus hijos no la dejaban andar por la calle, comenzó a comerse su larga trenza delgada que se echaba hacia delante casi limpia de canas, y la roía con devoción, la suerte era que para entonces le quedaban ya pocos dientes, por lo que le daba tiempo a la trenza a crecer de nuevo.

La más frustrada de todas las hermanas de María fue Enriqueta, su historia desbordada en insatisfacciones, para toda la vida y lo mejor de todo es que su alegría la llevó a ello, era la única que desafiaba a la Choricera, se escapaba para visitar a las amigas y se atrevió a tener un novio mulato, pero su amor se frustró cuando su madre le dijo al joven que no mezclaba razas y lo despidió para siempre, luego condujo a la joven a un cuarto escoltada por una máquina de coser y la tuvo más de un diluvio encerrada, obligándole a coser sin saber y a confesar dónde había conocido al mulato. Muchos años después, cuando era La vieja Choricera lamentó aquella actitud suya y siempre pidió perdón al cielo. Esa decisión la hizo separarse de su hija para toda la vida, y desde entonces fue infeliz. Con esa pena cargó ella hasta el final de sus días y sus nietos españoles le reprocharon no haber sido hijos de un mulato cubano.

II

Los hijos de Chenko. Los hermanos de Manolo

Chenko, una mujer que educó a sus hijos en dos generaciones, los mayores antes de... y después de... Es decir, antes de la partida de Juan (APJ) y después del regreso de Juan. (DRJ).

Juan se cansó de los rezos de su esposa después de seis hijos, tres hembras y tres varones.

Todavía era un hombre vigoroso y su padre había levantado la colonia que heredó. Cansado de esperar por su mujer en las noches a sus rezos interminables, un buen día cogió el trillo y se perdió por muchos años. Chencho no preguntó nunca a donde había ido a pesar de saber que su familia conocía algo de su paradero, pero lo considero justo, y esperó paciente su regreso porque sabía que iba a volver, le faltaban seis hijos más por nacer y esos eran también de Juan a menos que hubiese otro hombre con los mismos apellidos de su esposo.

Mucho tiempo después, las épocas se marcarían de forma diferente, pues cada generación tuvo su muerto y todo cambiaría por: Después de la muerte de...o antes de la muerte de...dos de sus hijos.

Manolo fue el más osado e inteligente de aquella generación primera, pertenecía a la época de APJ...poco dado a las labores del campo, su padre ya había heredado la colonia de caña y se trabajaba duro. Como conocía mucho de números puso una bodega para los campesinos cercanos, pero estos en realidad tenían escasez de dinero para comprar y se contentaban con lo poco que producían sus manos, así que la bodega en breve tiempo dejó de ser lo que era para convertirse tan solo en una madriguera de ratones. Su padre no le reprochó en ese momento nada, pero Manolo se dio cuenta de la pobreza del hombre, de su falta de necesidad, porque no necesitaban lo que conocían, ni

lo que no conocían. Fue por esa época que se le empezaron a meter ideas distintas en la cabeza, y se fue a vivir al pueblo, una de esas ideas fue María, una joven hermosa, sin deslumbres, bella sin saber en qué radicaba su hermosura, si en sus cabellos rizados, en sus piernas, en sus ojos de gallina, en sus ideas, o en el vestido rojo que lucía. María hizo pensar a Manolo en cosas que después él le quitó, le prohibió y las hizo suyas de tal manera que tuvo que renunciar a ellas.

La primera generación de hermanos a la que pertenecía Manolo, no tuvo entre ellos grandes diferencias, todos trabajadores, gustaban de la improvisación de versos, el ron y las mujeres. Las hermanas cuidaban niños ya fueran hermanos o recogidos, lavaban grandes bultos de ropa, el día del lavado, planchaban con sus planchas de carbón, tejían maravillosas labores para sus ajuares, sobrecamas, manteles, pañuelos y lo que le viniera en mente, grandes tejedoras que aprendieron de sus tías, porque su madre apenas tenía tiempo para enseñarles lo que ella no sabía. La vida de Chencho estaba destinada a curar enfermos, rezar, santiguar, parir hijos y recoger los que le dejaban. No se quejaba tampoco, pedía solo cordura y paz, para sus rezos, sus iluminaciones y sus partos.

En cambio sus hijos querían a su madre por el amor que le profesaba a los demás, por la suave caricia que les hacía en la cabeza cuando

pasaba cerca de ellos y porque siempre estuvo a su lado cuando la necesitaron, y nunca les adivinó un futuro incierto, le endulzó los oídos con profecías maravillosas aún cuando sabía que una de sus hijas moriría de tuberculosis, y atrincheró sus sentimientos todo el tiempo desde que era niña, la vio crecer, casarse, tener hijos y nunca le dijo, que en plena juventud moriría, ella jamás se equivocaba. Esperó paciente el día para el que se había preparado desde que Cañita nació.

III

María había dejado la hoguera inquisidora, para irse a torcer tabaco en una escogida, las lecturas tabaqueras, los gremios, los agitadores y las ideas progresistas, la fueron haciendo una mujer capaz de enfrentarse a la vida, perderle el miedo a los muertos, dejar de leer novelas por capítulos en revistas, y encender la leña con carbón, sustituido ahora por uno de kerosene, que la dejó prácticamente desempleada en su propia casa, lo cual la obligó a trabajar para buscarse al menos su ropa y calzado además de ayudar con la manutención de la casa.

La Choricera la había ido a buscar, y a curarse de la influenza española que había contraído por convertirse en los primeros años en lavandera del Sanatorio de la Colonia Española. De regreso trajo a un gato salvaje en un cuero de vino, su hermana mitad monja mitad loca, pretendía sacarle los ojos con un tenedor, la hacía limpiar infinitamen-

te los platos, hasta el cansancio, sin derecho a protestar, Carmen era capaz de todo, eso ellos lo sabían, así que su madre, trataba de complacerla y le dio la dirección de la casa, para que guiara en las labores pero resultó ser peor que una madre superiora, y sus hermanas terminaron por acrecentar su locura cuando empezaron a ignorarla, no le

quedó más remedio a La Choricera, que dejarla sola mandando a los pocos muebles, escasos animales, y odiando a su padre el pobre José que hacía ya algún tiempo había adquirido la manía de irse y volver, llevarse la mitad del dinero y regresar con el pensamiento en el suicidio, que comenzó a concretar pero nunca llegó a cumplirse porque la Choricera lo salvaba de cada botella de creolina.

María iba a la escogida, se reunía a escondida de sus hermanas con los llamados comunistas, sus ideas eran buenas, a la única que llevaba era a Rosita, tan poco lúcida, que no le permitía comprender nada, para ella, aquello no era diferente a una retreta del parque a una conversación con amigas, porque con amigos estaba prohibido. Lo que María dijera, era, se aseguraba de que no le preguntaran nada, además su madre le creía tan tonta que si decía la verdad, parecería insólito, seguramente un invento. Le gustaba hacerse la boba, decía, y entonces resultaba ser, por esas pocas veces, más cuerda.

El compañero de María era Francisco Feijoo. La imagen que guar-

dó de él con los años, es de un viejo estrafalario con una jaba llena de revistas y periódicos que recogía de las distintas embajadas, pero según cuenta en la memoria, fue un joven muy pequeño de pelo liso de los que se peinan desde adelante hacia atrás, con espejuelos de fondo de botella y con el alma llena de cosas inimaginables, siempre lo acompañaba una postal de una india putumaya enseñando sus pechos con un chiquillo suspendido en los hombros, creía engañar a todos diciendo que había sido mujer suya pero en verdad nunca se le conoció romance alguno, aunque con los años le apareció una hija en sabe Dios que país y se ocupó algo de él cuando la vida lo dejó más solo que la soledad.

Por Paco, María y Manolo se conocieron, amor del que tiembla en el estómago, del que sabes no vas a deshacerte nunca sea para bien o para mal y te demuestra que el amor es lindo mientras dura; fatal mientras persista en no serlo.

Paco unió sus vidas y no se arrepintió, cuando se acabaron las huelgas, los gremios y las detenciones, tuvo al menos un lugar donde comer en nombre del amor que él hizo crecer, aunque no tuvo facultades para hacer el suyo propio.

IV

Manolo. (Carlos Manuel por ahora)

De la ciudad, Manolo volvió al campo, ya había hecho grandes cosas, como querer enarbolar una bandera roja en la estación de trenes, pero fue sorprendido, el mismo que lo acompañaba por miedo se delató antes de salir, avisó a la policía y procuró el escape, esto nunca se supo hasta años después que él mismo, no quiso figurar en el museo del pueblo no fuera a ser que quedara alguien vivo y contara lo que realmente pasó, le dejó toda la gloria a Manolo que figura hoy en día en el estandarte de los héroes, aunque quien verdaderamente debía figurar era María.

Manolo aprovechó el tiempo con un pequeño radio que había en la casa y estudió cursos dirigidos, fabricó radios galenas, aprendió las medidas de la tierra lo que lo llevaría a escribir un libro que publicaría sin éxito ninguno. Las medidas se trazaban a través de un disco de madera y una ruleta, parecido al calendario Maya; pero que su traslado solo era un problema.

Comenzó desde entonces con sus inventos mecánicos; algunos asombraban y otros daban risa pero él no perdía el entusiasmo de hacer algo que revolucionara el mundo, y desde entonces fraguó en su mente la idea de hacer una máquina del tiempo. Para ello estudió física, aritmética, y los libros de cuentas de la que fuera su bodega que

había vuelto a abrir, se confundían con las largas filas de números y cálculos que solo él entendía.

En los momentos en que estaba ofuscado en un cálculo, tallaba madera, fue así que hizo lo que sería su cama matrimonial, aplicando

el tarso, con unos dibujos de rosas que le dio color, una vitrina, cuyas puertas tenían talladas las cabezas de dos indios guerreros con sus plumajes, y una mesa. La mesa era sostenida por unas cabezas de gatos, lo más raro del mundo y lucían del todo bien pues cada una era distinta.

Nadie sabía por qué hacía todo esto, nunca había hablado de Ma-

ría, ni siquiera la había vuelto a ver, pero él estaba seguro que todo eso le pertenecería a ella y que le iba a gustar.

Esperaba hacer dinero para ir a Placetas, buscar a María y pedirle

que se casara con él. Pero su decepción fue grande: Ya María no es-

taba en la escogida de tabaco. Buscó a Paco para que le dijera donde

vivía aquella muchacha de ojos de gallina que lo había cautivado, con

su pelo rizado y sus piernas de gallega, y vestido rojo, pero Paco le dijo que eran secretos del Partido y él no era militante, por lo que no podía

darle información.

Quedó deshecho y buscó la manera de hacerse miembro del Par-

tido Comunista, le recordó lo de la bandera que quiso izar en Cumbre

y un rosario de cosas que había hecho, aunque solo fuera por llamar

la atención de María.

Pero su amigo le contestó.

—Ahí está el problema, es que tú siempre has querido hacer lo que te venga en ganas y eso es anarquía, el partido no podrá aceptarte.

Manolo no le respondió, pero él tenía razón, siempre había hecho lo que le venía en gana así que, militaría en el Partido de cualquier forma.

Engañó a todos con su fraseología y sus discursos sobre los derechos de obreros y campesinos y la palabra proletario no le faltaba en sus charlas, consiguió al final saber dónde estaba su amada, pero nunca por la vía del partido pues ellos no lo sabían. La joven desapareció un buen día. Unos decían que para Caibarién y otros que para La Habana pero nunca por que el partido la hubiese mandado.

Después de todo fue fácil dar con su casa, sabía que su mamá era La Choricera, así que tenía que vender chorizos, se dedicó a buscarla en el pueblo, la encontró, la siguió hasta debajo de los Elevados del pueblo, buscó la manera de ver a Rosita, ella le diría su paradero.

Rosita ya no trabajaba tampoco en la tabaquería, su madre las había sacado de ahí, porque aquello era un antro de revoltosos, y la Choricera no se mezclaba con negros, ni con política, su ley era el dinero, que no le faltara el puerco semanal, que compraba en seis pesos para

convertirlo en doce, lo demás no le importaba; pero nunca pudo ni con María ni con Ramón.

Ramón había venido de España y creció con la mentalidad de su madre, ganar dinero, pero fácil, así que aprendió todo tipo de juegos de suerte, peleas de gallos, apuestas, y sobre todo adivinaba con certeza el hoyo dónde su madre escondía el tesoro ahorrado, jamás cavaba más de uno, era preciso, nunca ni más para allá ni más para acá, en el lugar exacto, así fuera de noche como casi siempre era. La Choricera se percataba bien de que nadie la vigilaba y siempre decía, ahora sí que te vas a joder, pero nada, cada vez que iba a amasar sus billetes y monedas, se quedaba con el rictus amargo de una pérdida irreparable, por eso dejó de enterrarlo y le buscó un lugar al dinero entre los pechos, se lo colgaba en una bolsa y se lo escondía entre las gigantes tetas de amamantar doce hijos, y fue el único lugar seguro al que nadie pudo llegar.

Rosita la boba, le decía Manolo, pero fue ella por su forma simple de ver las cosas la que le dijo que María estaba en Caibarién, su lugar de nacimiento, en casa de sus padrinos, pero el lugar exacto no lo conocía. Él suspiró; de cualquier forma era más pequeño que La Habana y la encontraría, porque estaba seguro que allá también existirían revueltas y partidos comunistas.

V

Caibarién

Caibarién; Puerto de mar con una playa casi artificial, llena de lino que no la hacían nada atractiva, una ciudad de viejas calles, altos campanarios y techos de tejas por todas partes, a pesar de ello el aire se colaba por las callejuelas, con ese olor a algas, a roca marina, a salitre, arena negra y se respiraba placentemente, como fumarse la vida en un arranque de pasión o desatarse de un amarre del alma, de los que te oprimen hasta la asfixia. Así se sentía él, caminando la ciudad, porque creía que en cualquier esquina iba a aparecer María, disfrutaba sin prisa el encuentro, compraba flores y pasaba la mañana y la tarde abanicándose con ellas, a la noche su abanico no tenía ya hojas, lo botaba marchito. Cada día un ramo distinto, hasta que las calles se le fueron haciendo interminables y el aire del mar ya no le parecía el mismo, se ahogaba en una ciudad que le pareció prostituida, donde los comunistas no le creyeron, donde María no apareció y de donde salió como el perro con el rabo entre las patas, el corazón en el estómago, latiéndole por el hambre, las alteraciones amorosas, la desesperación y el dolor de la pérdida, mayor cuando sientes que solo tú eres el culpable.

Regresó a su casa una madrugada de calor intenso, Chencho lo esperaba, colaba el café en su colador de fieltro, —mientras más viejo más sabe a café, decía, le tendió su taza, lo miró largamente sin adivi-

nar, ya ella lo había hecho hacía tiempo, pero lo dejó que fuera para que comenzara a sentir el precio del amor, —mientras más lo luches, más te dura —refranes inventados que todos obedecían y a los que él le prestaba poca atención, pero aquella madrugada, era más supersticioso que nunca, más creyente y hasta espiritual, necesitaba oír de la boca de su madre que la encontraría, sería su esposa y se iban a morir juntos. La madre lo complació: Todo lo que estás pensando será y no vas a arrepentirte nunca, cuándo, no sé, pero no debe demorar mucho, siempre que sigas buscando.

La iluminación era casi una sentencia, adoró a su madre, la respetó como nunca. Le vino el aliento renovado, echó a un lado su pesimismo, se sintió Jasón en busca del vellocino, y pensó: las profecías, nunca dejan de cumplirse. La única diferencia que hubo, fue que él se murió primero, porque no quiso morir después de ella.

VI

Placetas

Placetas seguía siendo escenario de algunas revueltas, sobre todo en el sector de los trabajadores de la caña y los gremiales de tabacaleros, no eran muchas las mujeres que asistían a tales encuentros, comparado con todas aquellas que trabajaban en las casas de ricos o de mediana posición, porque realmente gente con mucho dinero en Placetas había

pocos, pero estas infelices mujeres, pisoteaban ellas mismas su dignidad, porque la dignidad para ellas era la comida de sus hijos, ganada y bien ganada, a costa de cualquier humillación, sin tener otra cosa que ofrecerles, ni reyes magos, ni escuelas públicas, ni clínica particular, cuando más una casa de socorro o una curandera como Chencho y en el peor de los casos una farsante que adivinara poco, curaba nada, y cobraba menos que un médico. Chencho por suerte nunca cobró, pero las madres hacían promesas por ella y escondían su escasez de zapatos para sus hijos en nombre de la promesa. Chencho siempre les decía: la promesa debía ser, que nunca la faltaran. Pero cada cual escondía su miseria como podía y la clarividente no podía hacer nada para remediar el dolor de todos, que también iba convirtiéndose en su propio dolor, por eso fue que un día decidió irse a vivir al campo y no regresar hasta tanto los pesares de muchos fueran calmados, la vieran lo suficientemente vieja para no confiar en ella ni poder criar los hijos de otros, aunque desde lejos, no dejaban de estar en sus rezos nocturnos que le costaron la ausencia de su esposo, que al final tuvo que acostumbrarse a ellos.

Los hijos de Chencho fueron labrando su propio futuro, abandonando el hogar materno, convirtiéndose en gente de bien. El más pequeño de la última generación fue el más afortunado, lo mandaron

a La Habana a estudiar medicina, pero él solo debía costear sus estudios, lo único que obtuvo de sus padres fue el permiso de andar solo por la vida y un pasaje. Años después sería él, el último en acercarse a su madre cuando estaba en el ataúd.

Manolo había desandado la vida en busca de María, llegó a pensar que no estaba en el país, y la realidad era otra, ella estaba en la capital, Rosita no lo hizo de mala fe, cuando su madre la mandó con su hermana, fue que supo que Caibarién no era la capital. Tampoco supo decirle a María quién había preguntado por ella, ni siquiera, describirlo, su idiotez en esos tiempos estaba a toda plenitud y apenas sabía caminar, hablar y enamorarse.

En los días que las ventas de la bodega eran flojas, casi siempre todos, Manolo seguía sacando sus cuentas interminables, con el fin de calcular distancias entre mundos inexistentes, dimensiones imaginadas, latitudes desconocidas, y locuras poéticas como un pequeño cuaderno llamado Simoniano Tercero, que comenzó a escribir de niño y mejoró en estos días de ocio cuando el recuerdo de María se le estaba borrando y había dejado de creer en las profecías.

Su Madre instruida por sus muertos, o clarividencias le sugirió que viajara a La Habana, así veía a su hermano y respiraba otros aires, aunque le dijo sin saberlo ella ni comprenderlo él, que su destino

estaba cerca de un muerto, él lo guiaría y que se dejara guiar. Incontables fueron los esfuerzos que hizo para tener contacto con algún ser ya fuera del mundo ultra tumbas o extraterrestres de moda, sin conseguir resultado ninguno. Se había acercado a Paquito en muchas ocasiones pero decía no saber nada y dejó de preguntarle porque llegó a la simple conclusión de que él también estaba enamorado de María, cosa que nunca pudo tener claro ni cuando fueron muy buenos amigos ni cuando llegaron a compartir juntos la misma mesa, ya en la vejez. La Habana si era un torbellino de revueltas, huelgas tiroteos, asesinatos, detenciones. La Universidad era todo un hervidero de ideas progresistas, reformas, cosas que Manolo no conocía, y fue dándose cuenta de lo difícil que era ser comunista allí, en una ciudad inmensa donde todos se conocían y gritaban sin tapujos sus ideas a costa de que pudieran ser asesinados, detenidos, desaparecidos. Solo por sentirse una vez más algo diferente a todos los de su pueblo, entró en manifestaciones para tener algo que contar, desafió el peligro, burló la muerte y llegó a pensar que su muerto no iba a aparecer a menos que fuera él mismo.

Su hermano no era dado a ninguna filiación política, no tenía tiempo para ocuparse de ello, trabajaba para pagar los estudios, y en el tiempo de las revueltas tenía que estudiar, prácticamente Manolo fue

un estorbo para él en aquellos días, que en La Habana se produjo un paro general y escaseaba hasta el agua.

Manolo comenzó a trabajar de mensajero, su dinero se había agotado, ayudaba a su hermano, seguía en las revueltas y ensayando por las noches la comunicación espiritual que lo conectaría con su destino, hasta ahora bastante incierto, pero que no le molestaba tanto.

Escribía a su madre y le contaba todo como si estuviera descubriendo un mundo nuevo como si el campo y La Habana fuera lo mismo que decir negro y blanco. A su madre le sorprendía su adaptación a la vida de ciudad. En sus adivinaciones no estaba que el fuera a quedarse allí y aunque no fue en esa época, echó raíces en La Habana años después.

A principio de año el partido comunista, sufrió la pérdida irreparable de uno de sus dirigentes, alguien importante que había jugado un papel trascendental en la lucha obrera y que ahora yacía tendido y se le rendía póstumo homenaje. Este muerto había sido víctima de una enfermedad incurable, que él conocería después con la muerte de su hermana Cañita y comprendió todo lo que aquel hombre hubo de sufrir en su agonía. Sus amigos le invitaron a pasar por el lugar del mortuario, para sentirse aunque sea conocido del hombre que todos hubiesen querido ver de cerca y estrecharle la mano, era un privilegio

al menos merodear por donde sus restos mortales se exponían, por su puesto, esta oportunidad no la desechó, tendría algo más para contar y que lo hiciera grande ante los ojos de sus coterráneos.

Hacía frío, pero la multitud, transmitía calor y solidaridad, era una muerte esperada y de algún modo los más cercanos y menos cercanos estaban preparados para ello, así que lágrimas pocas, conversaciones muchas, halagos de todo tipo, y gentes de la más alta intelectualidad, se referían al hombre muerto con pasión y orgullo al saberse su amigo verdadero.

Manolo escudriñaba cada rostro fijándolo en la memoria, fotografiándolos para no olvidar tanta personalidad y poder luego contar con lujos de detalles con quién se había reunido. En uno de esos pases de revista, vio un rostro, no era de la intelectualidad, ni dirigente obrero importante, sino una agitadora política, una luchadora por los derechos de los tabaqueros torcedores, una apasionada de las ideas comunistas, que tenía un pelo rizado, unos ojos de gallina y unas piernas de gallega.

El tiempo le pareció detenido, ya no estaba en aquel lugar sino en el espacio real donde la vio por primera vez, en aquella manifestación en su pueblo, que acabó con un tiroteo y le costó la vida a un joven frente a la Tabacquería Relova. Ahí estaba velando un muerto, al que

seguro no le estrechó la mano pero sí las ideas, que los uniría para siempre, porque si de algo estaba seguro era de que esta vez no se le volvería perder aunque tuviera que arrastrarla en medio del funeral, sacarla por los pelos de una revuelta o atarla a la cincha de un caballo, definitivamente se iría con él, la profecía estaba llegando a su fin, solo le quedaba hacerla su mujer y llenarla de hijos, darle todo su amor, para cambiarle las ideas, ofrecerle hogar cómodo para que dejara las revueltas, el comunismo y los escapes silenciosos, la transformaría aunque él tuviera que luchar toda la vida para complacerla, ella solo podría pensar en él.

Levitó, acercándose a ella, pasó por encima de la multitud, tal como lo hacen los ángeles, casi no tenía espacio para ubicarse a su lado, por lo que se volvió más delgado de lo que era, casi un hilo para ni rozarla, quería hacerse imperceptible, que ella lo creyera irreal, una aparición, y logró darle uno de los sustos más grandes de su vida, cuando le susurró al oído: vine a buscarte.

En la penumbra, ella no pudo distinguir más que una figura tan delgada y transparente como el humo, estaba casi segura que la muerte le estaba hablando, y perdió el conocimiento por un tiempo muy largo. Él tuvo que irse abochornado por la estupidez. Nuevamente destrozado, no paró hasta Placetas. Definitivamente era cierto que un muerto, los volvería a unir, por eso al pasar de los años y en honor al muerto, su tercer hijo se llamaría Rubén.

Manolo quedó en un puro desconcierto, ella no lo reconoció, su

desmayo provocó en él un estado de inconciencia, incomprensión, vacío, como si la vida se le adelgazara hasta el punto de extinguirse; vio sus caminos cerrados la existencia dislocada, perdida las esperanzas y los sueños de la mano de otro, que no se parecía a él; odió el destino, perdió la fe, convirtiéndose en su propio mendigo, pidiéndole limosnas al corazón para no sufrir demasiado o por lo menos más de lo que ya estaba sufriendo, pero el corazón lo abandonó como abandona a todos los que se creen abandonados.

Incomprendido buscó refugio en sus inventos, continuó con el estudio de la mecánica y se propuso ser un innovador, revolucionar la técnica, conocer a fondo el movimiento de los astros, aprender de las civilizaciones indígenas y formular nuevas teorías sobre su máquina del tiempo y las medidas de la tierra. No quiso preguntarle nada más a Chencho, perdida la fe en todo lo espiritual solo creyó en lo que su imaginación pudiera inventar, la vida se le convirtió en un columpio, donde las ideas iban y venían al compás del viento, aunque el viento algunas veces no soplara a su favor.

VII

Los Regresos

Rosa La Choricera mandó a buscar a sus hijas, su padre sufría ya del segundo envenenamiento real, pues lo habían sorprendido en varios intentos. Carmen contraería matrimonio a pesar de su locura, pero el gallego, viejo para ella, aun con boina y ferretería, le venía bien lucir a una

joven hermosa aunque no fuera cuerda. Carmen era una especie rara de mujer, tan hermosa que espantaba, de un cuerpo voluminoso, donde todo era exagerado, desde las piernas, la cabellera larga, y los ojos inmensos, amplios y rasgados como los de una faraona; lo único pequeño en ella era el busto, cruelmente aplastado en los años del convento. Ya había rebasado la edad del matrimonio, La Choricera preocupada veía bien el enlace, la sangre española se mezclaría para mantenerse pura, además ella era un gasto tremendo, y en su locura no podría escoger mejor marido que un gallego come mierda, que desde ese día estuvo corriendo detrás de ella para que no se levantara la falda y le enseñara las impurezas a los hombres. Nunca levantó sus faldas ante una mujer, pues las creía monjas.

Enriqueta estaba de novia con otro gallego al que no quería, pero trataba de librarse del cautiverio de su madre, prohibido su amor adolescente pensó que la vida no le depararía otra cosa mejor, se lamentaba haber perdido la oportunidad de ser feliz con su mulato, desaparecido para siempre como si la tierra se lo hubiese tragado, lo creyó más muerto que vivo y no perdió la oportunidad un día de casarse y de embarcar para España de Luna de Miel. Se convirtió en una exiliada cubana siendo española. Rechazada por la familia política, la llamaron siempre la cubanita, más tarde la cubana. Por desprecio la sembraron en su propia tierra, la encerraron, maniataron y no le enseñaron nunca más el mar, quedando

cautiva después de no ser feliz, por el resto de su vida.

Años más tarde cuando fuera madre, agradecería a La Choricera el encierro con la máquina de coser que le permitió hacerle cobertores a sus hijos para el frío y le suplicó el dinero para el regreso, su madre nunca pudo mandárselo, desde entonces y para siempre cuando era ya La vieja

Choricera, lloraba por los nietos mulatos que pudo tener y no tuvo, por no verla nunca más y la llamó en la hora de su muerte a pesar de no saber que le había sobrevivido.

María llegó a tiempo para ambas cosas: El matrimonio de Carmen, que no les interesaba mucho y para la partida de su hermana Enriqueta. Siempre lo recordó como algo muy triste, jamás se conformó con su ausencia, y prefirió guardar su imagen intacta en el recuerdo, cuando en la vejez comenzaron a llegar fotografías de España de una señora gorda y rosada como La vieja Choricera, dueña de una carnicería, se negó a aceptar, que esa era su hermana.

VIII

La soledad, buena consejera

Manolo entre tanto, continuaba en la búsqueda de ser feliz sin María, la soledad le enseñó que uno está solo cuando quiere, adquirió la manía de acariciar gatos y esto lo llevaba a un estado de éxtasis comparado con un orgasmo onírico. Estar solo le dio la posibilidad de amar sin medidas, a su antojo. Se creó fabulosas historias a modo de novelas,

descubrió viajar en el tiempo y colocó a su amada en el pedestal de una diosa al estilo de las musas. La vio danzando estirando los brazos a su cuello, colmándolo de caricias, él era el adorado de todas, porque todas tenían la cara de ella.

Continuamente sus sueños se renovaban, y olvidó sus ideas de justicia, desatendió la bodega y se colmó de papeles llenos de números, incluyendo en ellos el sistema binario de los Mayas, que nadie podía entender. Lo juzgaron loco o apunto de perder la razón, pero no le interesaban las opiniones de nadie, en aquel momento ni las de Chencho que dicho sea de paso le hablaba muy poco y lo dejaba vivir su fantasía, al fin y al cabo despuntaba como un genio porque nadie había escrito tantos números como él, ni había inventado un disco para medir la tierra; ella sabía que se había encerrado en su soledad en busca de compañía y la encontró, a pesar de no saberlo.

Mucho tiempo después comprendió el abandono de su corazón y agradeció no haberlo rechazado, aceptó la vida y la modificó a su forma, los sueños que le dieron la fuerza suficiente para esperar las premoniciones de su destino con calma, lo hizo sin desesperarse ni pedirla más, que el tiempo suficiente para volver a encontrarla. En este caso la soledad no fue más que una consejera.

IX

Él y Ella

Aun no conocía el amor María, la curiosidad de aquel fantasma la comenzó a corroer poco a poco, tal como la curiosidad envenena el alma hasta querer conocer el final de las cosas aunque estas sean lo peor de la existencia, cambiarte hasta el suspiro y te corte en dos para siempre. La curiosidad incierta se vuelve desmedida, desesperada y no te percatas que muchas veces es mejor no saber, lo que ocurre alrededor del amor. Ella no conocía todavía lo que era el temblor del estómago, las ansiedades, las manos frías y el dolor de amar, ignoraba que: Estar enamorado es tener la alegría de sentirse triste.

Hizo varias preguntas a Rosita pero esta apenas le dijo que hacía tiempo él la andaba buscando, le recordó que meses atrás él investigó su paradero y ella lo mandó para Caibarién.

María se contactó nuevamente con sus amigos comunistas, le contó de su experiencia en La Habana y su velada en el funeral de Rubén aunque no le contó lo del fantasma aparecido, que por poco la entierra allí mismo. Trató discretamente de averiguar por nuevos simpatizantes del partido y esto mantuvo a Paquito alerta que conocía de las investigaciones de Manolo, y sabía bien de su interés por ella. Le pareció coincidencia por lo que se aventuró a preguntarle si en el funeral no

había visto a alguien de Placetas, ya que él había llegado haciendo sus respectivos alardes, de las personalidades que había conocido incluyendo a aquel venerado muerto.

María comprendió que aquella pregunta tenía sus intenciones.

—¿Acaso conoces el fantasma?

Paco dudó en decir la verdad, pero estaba claro que no podía ser otro que Carlos Manuel más conocido por Manolo. No respondió.

Con la mirada encendida ella supo que estaba cerca de su espíritu andante, aquella alma errante que la estaba persiguiendo y buscando sin ella saberlo.

—Quiero conocerlo.

—¿Seguro? —preguntó con las cejas bien arqueadas.

—Seguro —María apenas sonrió, su fantasma cobraría ahora cuerpo, porque alma ella sabe que tenía.

—Será en cualquier momento yo ni te voy a decir quién es, él va a llegar a ti y tú lo reconocerás enseguida.

Hubo nuevamente una predicción en el aire, esas a las que se tendría que acostumbrar de ese día en adelante porque solo mediaron para el encuentro apenas pocas horas, casi minutos casi nada, la suerte estaba echada y contra la curiosidad no existe remedio, el cerebro no reconoce

cuando se debe detener, tiene vía libre para bien o para mal, y en este caso para el amor.

Los allí reunidos apenas entendieron aquel lenguaje de fantasmas andantes y almas en pena, no prestaron mucha atención al asunto y prosiguieron tratando de ordenar las cosas que sucedían y ponerlas justo en el lugar que ellos entendían debían ir.

Aquel grupo informal donde la pasión era más fuerte que las propias ideas, se podía advertir que no todos pensaban igual con respecto a la toma de dediciones, proyectos y ejecuciones de algún plan, estaban algo contrariados por la pérdida del poder que había tenido el partido dentro de la pentarquía, que había resuelto algunos sueños y que ahora quedarían quizás en el olvido.

Una voz interrumpió la discusión, tal como pasa en las sesiones espirituales, alguien que se presentaba como un golpe de viento revolviendo lo que ya estaba revuelto, desordenando la imaginación y echando a volar lo que creía una verdad absoluta.

—La única forma de mantenerse en el poder es tomarlo por la fuerza, ejercer la fuerza y suavizarla cuando ya esté consolidada.

Atentamente todos lo miraron, avanzó con el paso de un caballo en trote, elegante, fingiendo ademanes para sorprender. Habló despa-

cio y claro exponiendo un discurso como si mucho supiera de lo que estaba hablando, tan señorial como un patriarca, pero su intención no era otra que impresionar a María.

Paco se cubrió el rostro con las manos, como si viera una aparición, se sintió culpable del discurso absurdo que estaba pronunciando su amigo, sintió vergüenza de sus aires y prepotencias, ¿acaso él no se sabía un guajiro, conocedor de números y de ideas locas, para venir a bailar en la casa del trompo? Todo tenía un por qué.

Ella lo miró profundamente, entrándole por los ojos hasta el alma, colándosele por cada palabra, tratando de detener el movimiento de sus labios y tembló por primera vez frente a un hombre, fue suave el estremecimiento imperceptible ante los demás, concentrando todo su temblor en los pies retorcidos debajo de la mesa, hasta que en uno de esos temblores nerviosos saltó un zapato; corrió por debajo de la mesa y fue a detenerse justamente, en las botas de vaquero de Manolo. Era un presagio, su corazón latió, terminó ahí mismo el discurso, lo tomó como la zapatilla de cristal. Era de cristal, brillaba en sus manos ante el asombro de todos, puso rodilla en tierra y le calzó el pie a la única mujer presente. Pudo ver su formada rodilla de gallega nacida en Cuba por casualidad. Pudo ver su rostro de cerca y sentir el olor

de su cuerpo tembloroso, absorbió hasta el último fluido y se excitó tanto que apenas podía cambiar la posición sin que se percataran de su erección impúdica y simple, esa, que solo le había ocurrido, cuando acariciaba los gatos.

Pasados algunos segundos interminables para ambos, Paco rompió el hechizo, él permanecía inclinado todavía sujeto a la pierna de María.

—Esto se dice y no se cree, venir a decir que la igualdad es puro romanticismo ¡y entonces! ¿los rusos son unos mentirosos? Compañeros no podemos dejarnos llevar por cualquier opinión de farsantes que ni siquiera saben qué es la libertad porque no la ha experimentado, desde la independencia, la igualdad tiene sitio en los hombres, hasta los más brutos conocían de sus derechos, es absurdo creer en la teoría de que no es lo mismo igualdad que igualitarismo, ¿de dónde vienen esas ideas?

A él no le preocupaba que su discurso no fuera entendido, en resumen ya había conseguido lo que quería, su princesa estaba hechizada. En cuanto pudo se incorporó acomodó sus ropas, disimulando aquella situación penosa, buscó sitio en la mesa, ya estaba sentado cuando alguien dijo:

—Por hoy hemos terminado.

Se sintió un estremecimiento del correr de las sillas, todos de pie se despedían. Continúo sentado junto a Paquito que tampoco se para-

ba de su puesto, lo miró y le dijo bajito.

—Tú siempre vienes a joder las cosas, coño, cómo me arrepiento de haberte traído.

Pero él se rió, estaba inflado, no como un globo sino como un sapo, lucía una sonrisa con su boca bien grande de labios finos, y se frotaba las manos como el que amaza una gran fortuna. En ese momento no parecía el hombre de tiempos atrás, arrastrado por la incertidumbre, el dolor, abatido por la soledad y confundido con la búsqueda de un tiempo inexistente. No era el callado calculador de números ni el bo-
deguero inexperto, afloraba una personalidad distinta, prepotente, que lució desde ese momento hasta el final de su existencia.

Él, no la vio en el lugar, se sobresaltó; perderla otra vez sería ridículo, pero ella iba caminando despacio esperando con aquel andar silente que él la alcanzara... Iba sola por la acera opuesta, al grupo, abochornada quizás, pensaron ellos, por el incidente del zapato, pero ella lo esperaba, quería ser alcanzada por ese hombre, tan seguro e inteligente, que le calzó el pie y le recordó el tiempo en que encendía su fogón de leña y ahorraba un centavo para leer novelas rosa, por primera vez estaba enamorada de algo real.

Al acercarse un calor le atravesó el cuerpo algo no experimentado,

ella, esperaba una palabra cualquiera, para decir, sí; pero él se mantuvo en silencio caminando a su lado, le faltaba la palabra precisa para decirle todo lo que había andado tras de ella, cómo la había soñado y la

deseaba. Tendría que ser cuidadoso para no parecer vulgar, se notaba

en ella la dulzura de una joven sensual dada a la desilusión, una palabra mal dicha sería un fracaso, un error irreparable, sin embargo ella

esperaba una simple palabra, repetida en tantas novelas, algo tan cursi como un: te amo y caería a sus pies.

—El amor es algo extraño —murmuró Manolo en su oído.

Ella, sintió un escalofrío por el cuerpo hasta la punta de los pies,

de vuelta nuevamente hasta el cerebro, ya un poco más cálido. Manolo

le volvió a susurrar:

—Lo extraño del amor radica en su simpleza, no hay necesidad de complicar lo simple —la voz sonó tan firme que él se alarmó.

Se quedó sin qué decir, ahora menos encontraría la palabra que

buscaba, le tomó la mano como viejos conocidos, le invitó a tomar

fresco al parque, a ella le pareció romántico, aceptó con el silencio que no dijo, él pensó que se había complicado más, estaba más tembloroso

que ella, y no aparecía el comienzo de su conversación, la exactitud se

había perdido, entonces solo se le ocurrió decir:

—Ya hice la cama de nuestro matrimonio, es de cedro, tallada la

cabecera y pintada, tiene un hermoso rosal, donde te gustará perderte,

también hice la mesa y la vitrina, en cuanto quieras, armaremos una casa, tendremos hijos, y te saco de todos estos enredos, estoy seguro que conmigo no te faltará nada.

Ella siguió en silencio, ¿cuáles enredos? ¿Qué cama extraña era esa? Por la mente aún no le había pasado lo de los hijos, se atemorizó tanto de aquel hombre que solo le dijo:

—Esta bien, lo hablaremos mañana.

—¿Dónde te puedo ver?

—Al medio día en mi casa, por supuesto.

Le soltó la mano y se fue desilusionada; ni te amo, ni eres hermosa, nada de romanticismo y se apenó mucho. Creyó que las ideas materialistas habían acabado con el sueño de los románticos, que al echar abajo el idealismo también se había llevado consigo lo espiritual, no le parecieron entonces las ideas muy claras, acaso como dijo Manolo, la igualdad no existiría nunca, y el amor era cosa de jóvenes adolescentes, ¿la fuerza regiría al mundo aunque este se opusiera?

Pero sabía que ya su suerte estaba echada, a pesar de lo práctico y de su poca espiritualidad era el hombre con el que habría de hacer su

vida y no se libraría de él ni cuando llegó el tiempo de perder la razón; sin embargo lo amó siempre, igual que él la amó.

Él se fue con la certeza de haberla confundido, se sintió torpe,

algo no estaba bien, se odió por no encontrar la palabra justa, tantas veces que la buscó a ella sin embargo nunca ensayó lo que tendría que decirle. Fue a donde Chenchó y se lo contó todo, desde lo del zapato hasta lo de la cama, ella lo consoló: Si fue eso lo que te vino a la mente será por algo, te recomiendo que empieces a levantar una casita con el permiso de tu padre, puede ser cerca de la bodega tuya, no te la vallas a llevar, su madre es La Choricera y no sé por qué pero todo el mundo la conoce, y se manda sus leyes, cuídate de ella más que del jardinero. La familia se levanta con dignidad y unión para que sea para siempre, los rencores, están ocultos pero se ven, sobre el rencor no se construye nada bueno, hazme caso por esta vez, no insultes a esa gallega. Pero ella sabía que él no iba a esperar, se la traería una de estas noches, luego levantaría donde vivir, Manolo era demasiado calculador, y amaba mucho el tiempo para perderlo, en una casa desconocida, donde le darían agua en un tabor si la pedía.

Ella, lo esperó como aquellas tardes de viernes que cambiaba a escondidas de su madre las revistas para leer los capítulos de sus novelas rosa, tal como el intercambio, estaba tensa, él iba a aparecer en la tarde noche silenciosa y todavía su madre no lo sabía.

La Choricera estaba feliz por los matrimonios de sus hijas, María y Rosita también un día llegarían con algún pretendiente, pero tendrían

que agradecerle, tal como lo fueron los de las dos primeras, por otra parte estaba preocupada por Ramón, no andaban bien de salud, decía que tenía enfermedades de mujeres, cosa que no se entendía mucho, lo real era que una enfermedad de bayú no se quitaba tan fácilmente y casi siempre se padecía para toda la vida. Los malos ejemplos de su hijo estaban ocultos para los de la casa, La Choricera tenía que hacer muchas veces de hombre o casi siempre, porque su marido apenas podía conseguir un envenenamiento completo, menos manejar situaciones delicadas como esas.

La madre trató de conseguirle un trabajo, pero solo mostró algún interés por la carpintería y se dedicó a ello, aunque siguió peleando gallos, jugando lotería, apostando a dos hormigas caminando y visitando

el bayú en las noches, propagando el contagio que ya era inevitable.

Ella esperó a que él llegara no fuera cosa de arrepentimientos, no antes de decirle a su madre que un amigo interesado la visitaría y quería su consentimiento para conocerlo mejor, solo le preguntó ¿es negro?

Llegó el pequeño ruido que no quería ser sonido, apenas un murmullo en la puerta y corrió al encuentro, tanto era el temor que, con

los ojos le dijo: sácame de aquí. Él lo advirtió, le leyó el pensamiento, recordó lo que su madre dijo y hasta sintió vergüenza por decir lo que no debía:

—será pronto —solo le dijo —yo vendré a buscarte, te aviso con Paco.

Y se fue sin ver a La Choricera. Y no la tuvo en frente de él hasta que no fue a nacer su primer hijo, que apareció en la casa tan silenciosa, y preocupada que no creyó todo lo que le habían contado de aquella gallega, o montañesa enérgica a la que había que tenerle miedo.

X

La convivencia

Chencho y María hicieron buenas migas, las dos con la barriga en la boca, llevaban los quehaceres de la casa, las hermanas de Manolo más pequeñas, aun jugaban con sus hermanos, mientras las mayores hacían labores y cuidaban de Cañita que se mantenía en cama casi todo el tiempo, atendían también de sus dos hijas pequeñas. El último parto la debilitó mucho, y apenas salía a tomar un poco de sol o ver el atardecer en el campo, encima de aquella loma, donde se divisaba un panorama impresionante, le gustaba oír a diferencia de todos, la sirena del central Fidencia, le pedía a todos los que supieran la versión de la sirena o pito que se la contara. Lo cierto era que sonaba distinto a todas, un escalofrío recorría a muchos cuando la sentían en las madrugadas o al final de cada jornada, era tácitamente un alarido desgarrador, sobre el cual se tejían versiones de una misma historia. A Cañita le interesaba todo lo que se hablara de aparecidos y la vida de otro mundo, quizás

se sentía próxima a la muerte y quería conocer los caminos por los que ella pudiera volver a través de una existencia espiritual.

Aquella tarde María también oyó lo que se decía del alarido, y a pesar de haberlo oído muchas veces esta vez le pareció aterrador.

—Pues bien: La gente cuenta, a mí no me creas, que el hombre era el dueño del ingenio y que sorprendió un día a su mujer en esos asuntos de infidelidad, que la mató y después se ahorcó. Eso dice la gente más vieja, pero ni ellos mismo vivieron eso.

—Yo me lo sé de otra forma, a mi me contaron que ella andaba con el primer puntero del ingenio y que cuando el marido lo supo la tiró por la torre, que por eso es que suena, así como si estuviera gritando, pidiendo auxilio, el caso es que se fue en el humo, se volvió humo, bruma, aire, que sé yo ...

Cañita sonreía, con muy pocos deseos, pero satisfecha, tal vez podría convertirse en algo y regresar, aunque fuera en un silencio, ver a sus hijas tan pequeñas destinadas a la ausencia materna. Conmovero era su dolor, apacible, soñador y equilibrado, salvo en los excesos de tos, se ocultaba, como una vergüenza. Su madre solo clavaba la vista en el infinito tratando de detener el momento que habría de llegar, escudriñaba el cielo en busca del ángel que vendría por ella, y rogaba porque fuera en una noche tibia y su hija no tuviera frío al cruzar el

espacio, esa pena quería ahorrársela, y ya que habría de suceder, que fuera lo mejor posible.

Había sufrido mucho al no poder amamantar a su hija pequeña, los médicos lo prohibieron por el contagio, y asentía cuando la consolaban diciéndole que era para no debilitarla más en su enfermedad y se pudiera recuperar rápido. Dentro de ella agonizaba sabiendo que su fin estaba cercano, y no permitía que sus hijas las acercaran más que hasta la puerta del cuarto, cuando su tos era serena y poco maliciosa. Jamás se quejó, ni gritó, ni pidió nada extraño, no tuvo más antojos que el día en que iba a morir:

—Hagan un panteón grande dónde quepa toda la familia, no me gusta la soledad, quiero estar acompañada, el resto de mis días.

Apaciblemente abandonó la vida, o la vida la abandono a ella, una madrugada tibia, el central anunció el comienzo de su jornada, cuando todos destaparon sus oídos, ya había dejado el cuerpo y nadie lo supo. No quisieron cubrirle el rostro, estaba tan serena que la dejaron dormir un poco más.

Chencho dudó acerca de qué hacer con su larga trenza cortada por su esposo, Generoso, en los primeros meses que la supieron enferma. Ella le prohibió lavarse la cabeza; pero su pulcritud le hacía pedir a

sus hermanas cada día que limpiaran el cabello con colonia, mojándole el cráneo cuidadosamente sin empapararlo y sin que su madre lo viera, era un ritual misterioso y oculto, como el de la unguida que va al encuentro con Dios sin saber que va al abismo. Una mañana, Generoso, su esposo, le dijo risueño:

—Esto tiene que acabarse.

La llevó del brazo como a una niña, y jugando le puso la trenza en el picadero y se la cortó con su machete, ella le sonrió cuando vio la trenza, suspendida en lo alto del cielo, colgando de su mano, a él le pareció un sacrilegio y no comprendía bien por qué lo había hecho; con los años supo que quería quedarse con algo de ella que tuviera su olor y que con tantas colonias lo iba a perder.

Chencho le preguntó qué hacer con la trenza y él se la pidió con mucho respeto, no quiso que la enterraran con ella, y lo acompañó secretamente en las noches y en todos los días de su vida, hasta que una vez se le perdió y no pudieron enterrarla con él.

No hubo tiempo para el panteón, ni dinero suficiente en aquella época para construirlo, años después, más estabilizada la familia, Chencho le recordó a su esposo Juan, el único deseo de su difunta hija y comenzaron a construir un panteón que estuvo listo para enterrar a su segundo muerto.

El retrato de Cañita estuvo por generaciones colgado en las paredes de cada casa familiar, acentuando la nostalgia. Era una fotografía rara, opaca, donde resaltaba su pelo negro y su tristeza, tenía la propiedad de seguir con su vista infinita todos los rincones, nadie se escapaba de su mirada y las generaciones que no la conocieron comenzaron a sentir miedo de aquel extraño suceso que acaecía todos los días del mundo, mientras tuvo lugar en una pared. Con el tiempo se agudizó esta situación, con el segundo muerto; pero habría que esperar otros años de luto para que las generaciones sucesivas, por fin, quitaran las imágenes de lugares visibles, y las fueran escondiendo, hasta que un día solo quedaran en la memoria.

XI

EL bautizo

María y Manolo disfrutaban como pareja, el hecho de que fuera a ser padre lo conmovió mucho, para ella no fue trascendental, una mujer solo podía esperar un hijo, para eso estaban hechas, pero él que tanto andaba buscando por la vida no se dio cuenta de su gran acierto hasta que vio crecer la barriga de su esposa y ella le dijera que eso también era parte suyo. Se volvió un poco más loco y se creyó con todo el derecho de hacer con su hijo miles de cosas antes que naciera, tenía que ser algo importante, pretendía que fuera un emperador, o un faraón, estaba en esa disyuntiva, pero comprendió que la gente conocía más

a Julio Cesar que a Akenatón y decidió que fuera un Cesar, y le leyó literatura griega, y Romana, le habló del teatro griego, de las grandes esculturas, del Partenón y de Fideas.

Hablaba del bautizo, el que habría de celebrarse, antes de nacer,

él conocía de un lugar único y efímero que se renovaba como el Ave

Fénix pero cada primavera, solo él lo conocía, lo visita a diario, y esperaba que su hijo estuviera un poco mayor dentro del vientre para llevar a su madre al lugar y hacer una especie de bautizo.

A Chencho esto no le agradaba mucho, no podía saber si era

herejía o no, sus muertos estaban muy callados desde la muerte de

su hija, ella estaba retraída y preocupada, había olvidado el cálculo

de cuando debía parir, con la gravedad de su hija y luego su muerte,

se quedó prácticamente vacía, no se dio cuenta que su barriga crecía

también, hasta que sintió la primera patada, se avergonzó, acarició la cabeza del que estaba por nacer, y le dijo:

—Anda tranquilo Rito las cosas por aquí están, como no debían,

va a nacer un emperador, y tú serás guitarrista, ¿dónde aprendiste eso?

A nadie le dijo que su fecha de parto estaba perdida, no sabía si

debía parir antes o después de María, pero tan poco le preguntaba a ella

para no alarmarla, por eso cuando Manolo le preguntó si ya podía bau-

tizar a su hijo le dijo que estaba en el justo momento, luego se pregunto

¿Cuál será ese momento que anda perdido? Invocó a sus espíritus, y solo le mostraban a un joven de pelo rizado muy negro con una guitarra, también comenzó a ver un retrato colgado en una pared, con más de una imagen y no podía descifrar su significado ni quién era, solo pensaba que en las paredes se colgaban cuadros de niños y muertos. El día del bautizo, llevó a María a un cañaveral y la hizo entrar en él, le tapó los ojos antes de mostrarle el lugar sagrado, único e irrepetible, porque cada año era distinto, cada primavera era nuevo, aquel pequeño arroyo que apenas abarcaba dos surcos de caña, pero tenía el encanto mágico de un arcoiris, su cauce tan breve, para el pico de los pájaros, estaba cubierto de bellas piedras que podías tomar y acariciar con las manos, las que más resaltaban eran las rosadas, tenían el sobresalto de la piel bajo el agua, parecían rosas, rostros. Las negras brillaban mucho más, las azules claras y oscuras, eran similares a las mariposas, tenían dos alas como si las hubiera tallado para ese pequeñísimo cauce del arroyo.

Realmente María sintió que amaba más que nunca a aquel loco que bañó su barriga con aquella agua, le hizo cruces y círculos con las piedras de colores y le pidió no sé por qué razón al cielo que su hijo César naciera bien.

No preguntó por qué sabía varón a su hijo, no recordaba que Chen-

cho se lo dijera, pero él solo murmuró en voz susurrante:

—Hace muchos años que en mi familia, el primer hijo es macho, fíjate que hasta en los animales pasa eso, a no ser en las gallinas que uno no lo sabe hasta que le sale la cresta al gallo.

¿Por qué tengo yo que ser distinto a todos?

—Y si no fuera así.

—Ni me voy a preocupar por eso, va hacer como yo digo y punto.

Chencho los vio volver, después de todo venían felices. Notó el cansancio de María al caminar, se veía lenta, sofocada. Su rostro ya cambiaba, sus facciones se denotaban hinchadas, le había afeado la cara, de tal manera que cada día parecía más gallega. Era el momento de hablar, cuando llegaron le dijo:

—Es hora de que visites a tu madre, el parto está cerca, parir tiene cara de perro y es mejor estar en paz con todos, cuando uno no sabe si puede o no dejar este mundo.

Se sintió sola por vez primera en tantos meses, aquella sentencia le sonaba a estar fuera de lugar, quizás mal interpretaba las palabras de su suegra que apreciaba, pero de algo si estaba segura, un golpe de nostalgia la invadió, se culpó de no recordar a Rosita, su hermana y compañera en cada escapada. Sintió que le faltaba el olor de las plantas de su padre, rememoró sus envenenamientos y se horrorizó con la

posibilidad de que hubiese conseguido concretar alguno; tembló con la posibilidad de acercarse a su madre, pero al fin y al cabo, no tenía otra, y Chenchó se lo había dicho bien claro.

No había visto a su madre desde que estaba embarazada, las pocas veces que la vio de lejos le dio tristeza y miedo, no podía imaginar la reacción, no creía a su madre capaz de perdonar, lamentaba que tampoco dejara que Rosita la visitara.

Por su parte, La Choricera, la extrañaba, después de todo, sus discursos no le desagradaban, era una de las hijas que más quería a su padre, lo complacía mucho, lo ayudaba a sembrar flores raras y creía en los cambios de olores, él fue el que más sufrió con su ausencia; pero Rosa, La Choricera, tenía que dar un escarmiento, a pesar del dolor de muchos y del suyo propio, no perdía la oportunidad de decir que estaba desterrada por el resto de sus días. El pobre José solo le replicaba: —Pero es tu destierro, ella es feliz, sin embargo tú no lo has sido nunca, a menos que vuelvas a correr como salvaje detrás de las cabras, te hundas en la nieve, y ahogues gatos, es lo único que te gustaba hacer en la vida, antes de conocer que podías ganar dinero, eso de la moral, lo aprendiste en Cuba, siempre fuiste un animal salvaje, debí dejarte donde te hallé.

A La Choricera le importaba poco lo que dijera, nunca le importó

él, ¿quién lo mandó a pedirla en matrimonio, cuando ella no sabía ni quién era? por eso le contestaba con frases como; cada cual tiene en la vida lo que se merece, el que muere por su gusto la muerte le sabe a gloria, ¡chúpate esa!

Por un trabajador de la colonia supo de su hija, sería la primera vez que recordara que claudicaría por algo, pero se acordó que era católica aunque nunca iba a la iglesia. No creía en los curas que la cohibían comer carne en semana santa, pero si pagaban, le extendían un permiso, para disfrutar de lo prohibido, siempre decía que eran unos ladrones, y que la excomulgaban a pesar de saber que decía mentiras porque para sobrevivir en las montañas nevadas, no se podía creer mucho en lo que los curas dijeran. Pero por esta vez iría al parto de María.

Sus hijas apenas entendían su cristianismo, en aquel momento, le animaron diciéndole que solo Dios podía perdonar que no juzgara con su propia mano, que el señor tomaría la venganza tal como estaba escrito en la Biblia, aunque ella no la leyera mucho le tenía respeto.

Preguntó dónde vivía y le pidió a Rosita que la acompañara un día de poco trabajo, al fin y al cabo era su hija y no se la iba a regalar a nadie así como así, pero María llegó antes cuando ya en su corazón había pasado la furia de la desobediencia. Los problemas de moral, nadie los sabía, pero le importaban poco, ella misma era muy criticada, por

llevar la vida como un hombre, y por su recia actitud, así que nunca se queda bien con nadie por eso solo le interesaba lo que respectaba a ella, que sus chorizos si quedaran bien, lo demás, eran cosas del diablo, pero no perdonaba la desobediencia porque eso dañaba su autoridad, que era lo mismo que decir, lo que ella entendía por bien y mal.

XII

El Encuentro

La hora sagrada, el almuerzo, igual que en la comida la mesa, recinto de beneplácito, y aunque se discutían algunas cosas nunca problemas, a Rosa La Choricera le degustaba que disfrutaran de sus potajes o fabadas como solía decir, siempre había caldo, carne y vegetales, acelgas, coliflor, rábanos, zanahorias, remolachas, lo que estuviera de temporada. Las carnes eran bien cocidas y condimentadas, los potajes casi rellenos de todo lo que ella hacía con el puerco y los mondongos, casi nunca fríjol negro, no le gustaba un potaje que no admitía viandas, aunque ella se lo echara y enseñara a sus hijas a cocinar frijoles negros con patas de puercos, patatas, calabazas y tocino bien curado y sin rancio, seco al sol. Realmente se comían muy bien.

En su casa abundaba la comida, siempre había un plato para algún visitante o hambriento que pasaba, nunca le gustó botar ningún alimento. Tenía fama de buena cocinera y enseñó a algunas mujeres a

hacer sopas de pan y de ajo, lo que fue bien agradecido, porque mitiga el hambre de los que tenían poco que comer.

José lamentaba que él no pudiera disfrutar de los apetitosos banquetes, a causa de sus envenenamientos, su estómago era tan delicado que admitía solo leche, Martina, algún helado y pequeñas raciones de caldos de gallina con poca grasa y condimento, apenas con sal y aromas de hierbas extraídas de sus plantas como las rosas manzanilladas, o las albahacas, moradas o blancas.

Justo cuando había terminado el almuerzo llegó María, esperó a que degustaran sus platos para entrar, también sabía que a su madre no le caía bien los disgustos después de comida por lo que trataba de no incomodarse. Cuando su padre la vio, le tendió los brazos aun sentado, apenas podía ponerse en pie a pesar de su juventud, pero ella no se movía, la última palabra era de Rosa, la matriarca y patriarca de la casa, pero ella la miró con deseos de ir al encuentro, se contuvo, miró la mesa aún servida, y la invitó a sentarse, luego le dijo:

—Ese nieto mío va a nacer sin saber lo que es una buena fabada.

Ella comió con el hambre que da la tristeza, la nostalgia, la ausencia de lo tuyo, lo que sabes que ya no te pertenece y tienes que renunciar, hasta ese momento no se dio cuenta, que aquella mesa suya, ya no sería más que la de otros y que ella tendría que hacerse de la suya

propia, como hacerse de una nueva personalidad, o de una nueva vida, el tiempo que había transcurrido no le enseñó nada y en un instante había comprendido que no tenía vida propia, que estaba en un lugar donde nada era suyo, y no tenía definido su mandato, su reinado, como su madre o Chenchó, y ella quería también un día mandar.

La acogieron con alegría y tristeza, ellos también sentían que no volvería a ser suya, que estaba de paso como lo iba a estar siempre de ahora en adelante, aunque un poco más cerca que Enriqueta.

María iba a perderse, pensaron todos, hasta Ramón, por casualidad presente, pasaría a ser parte de una familia un poco más acomodada que ellos, como siempre, se iría olvidando de todos aquellos años, de niñez y juventud, que pasaron juntos, los que solo tendrían cabida en la nostalgia, esa enfermedad de la que nadie escapa, ni se cura, y solo tiene una palabra mágica para que te invada de tristeza o añoranzas, cuando solo dices ANTES.... ¡Es un ábrete sésamo! Antes, todo era distinto, la gente era diferente, éramos más felices, si volviera lo de antes...

Y así sin decir apenas palabras para despedirse, se iba en la conciencia de María una amalgama confusa de ideas independentistas, separatistas, y de pertenencia, mientras en los del otro lado se quedaba el hueco de una ausencia irreparable, la sensación de una pérdida, la rabia del que le arrancan algo suyo, y el consuelo al saberla aún viva, cuerda y

cerca de Placetas, allá en la punta de una loma, llegando a Fidencia. Esa tarde María subió la empinada loma con mucha dificultad, las lágrimas junto a los sollozos apretados en la garganta apenas la dejaban respirar, no comprendía como había sido feliz tantos meses lejos de los suyos y sin lo suyo ¿a qué aspiraba?, no podía quejarse, bien tratada, alimentada y querida, ¿por qué se sentía triste?, apenas tenía explicación.

Llegó sola a la punta de la loma el aire entraba por su nariz, y hasta por los oídos, pero ella no lo sentía, no se sentó a descansar, siguió directo para su cuarto sin decir nada, lo miró por un rato y se dio cuenta que a no ser su cama tallada, otra cosa no le pertenecía, ni siquiera el espejo manchado por el tiempo, en el que tenía que hacer pericias para verse la cara completa, los viejos cuadros que le parecieron hermosos, ahora desteñidos e insuficientes para calmar su sed de soledad e independencia, los retiró de las paredes, y los tenía en la mano cuando Chencho llamó.

No los ocultó, apareció en la puerta con ellos en la mano, dispuesta a dárselos al primero que los quisiera, y no iba a explicar nada, solo que no los quería, en fin en su casa nunca hubo cuadros en las paredes ni siquiera de familia.

Chencho los tomó de sus manos apenas entró, no era necesario

que ella se lo dijera, sus muertos comenzaban a aclarar las cosas.

—¿Qué más no quieres? Seguro que el espejo ya no te conviene, te entiendo —asintió con la cabeza —Ya sé que se ve tan mal que ni los truenos se reflejan, pero eso es ventaja, párate frente a él y dime si no te ves hermosa.

María se miró pero no se veía nada en el espejo, apenas una sombra de alguien que intentaba verse en él y tuvo miedo, Chéncho se le revelaba como una hechicera en potencia.

—Si, realmente me veo hermosa.

Y su suegra supo que le temía porque allí no se veía nada. No la desmintió para que no tuviera vergüenza.

—Si no lo quieres, me lo llevo también, sobra donde ponerlo, lo único que no puedo sacar de tu cuarto es la tristeza que llevas dentro, pero te aseguro que no durara más de tres días.

Se retiró con sus cuadros, pasó cerca de una de sus hijas, Juana, a la que le gustaba pintar y se los dio.

—Retócalos con algo, avívale los colores de nuevo, busca algo mejor, lo último que le diste lo hizo envejecer más.

Al tercer día de la conversación, María se puso de parto, veinticuatro horas después, no tenía tiempo para estar triste, su primer hijo varón, como estaba dicho, éste le ocuparía la tristeza, la alegría, y el

tiempo que aún Manolo no había podido inventar, tal como los emperadores, César, no le dejaba momento libre ni para un sueño.

Los días para María eran infinitos, su hijo no respetaba las noches tampoco, todo se volvía tragar con un hambre desesperada, mamaba, lo rellenaban con leche de vaca y antes de las tres horas había que callarlo con alimentos nuevamente. Rosa La Choricera que había estado en el parto, y daba sus vueltas por la casa cada vez que podía le sugirió ponerlo a mamar de una chiva parida como ella le hizo a su primer hijo, Hipólito, que murió de mal de ojos, por que todo el mundo iba a verlo mamar del animal.

—¡Y cómo ella se dejaba! —se reía La Choricera —Yo ponía una alfombra en el suelo y ella se acomodaba, para apoyar la leche, el niño chupaba y alaba la leche como si fuera un chivito, Criatura de Dios, mi madre era quien lo atendía, mi suegra vino a verlo por curiosa y lo mató de mal de ojos. Mi madre sufrió mucho, yo lo sentí pero no más que ella, la verdad estaba muy joven, para creer que la muerte existía.

Chencho se oponía a tal cosa, repostaba ásperamente:

—Aquí no hay chiva parida, y si la hubiera... es mejor darle lo que hay que darle y dejarse de inventos, a lo mejor eso funcionaba allá, pero aquí, leche de vaca y de cristiana.

María no sabía que hacer, la suerte era que su madre no venía muy

seguida y antes del mes Chencho se encerró un día en su cuarto y no abrió hasta que Rito estuvo listo para ser observado.

Después del parto de Chencho, María le insistió a su esposo, por la casa que le había prometido, cerca de la bodega, aquella que él le había hecho ver cuando la llevaba rumbo a su casa la noche de la fuga.

Poco a poco comenzaron a levantarse los horcones de la casa, a modo del estilo campesino, dos cuartos a cada lado de la sala, comedor cocina y baño por último, que por su puesto estaba bien retirado

de la casa por no ser sanitario, aunque muy curioso, Manolo lo hizo de un estuque blanco parecía un trono, lo adornó con Volutas y le hizo una especie de capitel, como las columnas griegas, que apenas podían sentarse con comodidad. Con el tiempo quedó solo para echar la mierda de los tiboires, por lo que la fantástica taza de escusado tomó el nombre de Tiburcio.

Las casas no estaban distantes se podían ver, y si fuera muy necesarios hacerse señas, en busca de alguna ayuda, pero no se podía escuchar, lo que se hablara por mucho que levantaran la voz. María comenzó a sentirse dueña realmente de algo, por lo menos ya tenía la delantera de un sueño realizado, su casa, hecha de tabloncillos de madera, pintada y con tejas criollas, su sala aun sufría la desolación, pero el comedor estaba hermosamente decorado con la mesa de cabezas de

gatos y la vitrina con cabezas de indios.

Manolo seguía en la bodega por las tardes, después de ayudar a su padre con los asuntos de la colonia, ya no trabajaba en el campo, la situación había mejorado mucho para la familia; sus hermanas además habían tenido buenos matrimonios, ya casi un hijo era médico y el panteón familiar comenzaba a levantarse.

Por las mañanas a veces María abría la bodega para entretenerse más bien, ya César se comía al menos media lata de galletas que era lo preferido, estar siempre mascando algo; con los años no fue tan comilón, pero le gustaba cambiarle el nombre a las cosas y decía: Las mitades, por las medias, y así, todo para él tenía un sinónimo tan suyo, que conformó su propio lenguaje incluso con mímicas.

La bodega era lugar para enterarse de todo, casi siempre eran los hombres los que iban con el comentario sobre algún detenido, o de algo que estuviera pasando por el pueblo o los alrededores, muchos no querían complicaciones, otros apoyaban las cosas que se hacían, mientras María callaba y añoraba los días del pueblo, las huelgas, los velorios, las comidas de su madre, las boberías de Rosita y hasta los miedos y sustos que pasaban con la policía. Algo si era cierto, el matrimonio la había alejado de sus participaciones en las actividades comunistas, pero aún estaba a tiempo habían sido solo unos meses, quizás un poco

más de año y medio así que le pediría a su esposo volverse a incorporar con su grupo, vería a Paquito y se conectaría nuevamente, pero estaba muy lejos de lo que pensaba, su proposición, produjo en su esposo la primera gran rabieta de celos, la alteración que ella nunca pensó, y la desilusión de saberse en matrimonio con un hombre que parecía tener dos personalidades, una tan agresiva que le produjo un miedo, que por algún tiempo trató de no contradecirlo en lo más mínimo.

Lo primero que dijo fue:

—Paco, Francisco, Paquito como tú dices, está para Venezuela, eso es, en primer lugar, en segundo, los partidos se están acabando y en tercero, no tienes necesidad de andar en revueltas ¿A causa de qué o de quién?

—Es que a mí siempre me interesó.....

—A ti lo que te interesa es tu casa y tu hijo, ¿para eso querías casa?

—Pero quién te dijo que yo voy a vivir aquí encerrada toda la vida, mirando potreros por todas partes, caña a cada lado y oscuridad, cuando cae la tarde, estoy harta de lo mismo y lo mismo y lo mismo...

—Muy rápido te cansaste, pero es así, aquí tienes todo, menos luz

eléctrica, y si quieres revueltas ármalas con las gallinas, haz un sindicato con las reses, y búscale sitio a las hormigas cuando va a llover, o a las auras tiñosas, las pobres no tienen donde vivir, ¡pero mi mujer no va a

ninguna reunión con machos porque a mi no me sale de los cojones!

Y levantó en alto una silla del juego de comedor hecho por sus manos y la tiró al suelo quebrándole una de las patas, fue el primer mueble que rompió, a partir de entonces en todas las casas que vivieron siempre hubo muebles de dos colores, pues nunca encontraban la misma madera para repararlos, por lo que siempre había un brazo a pata más claro que las demás partes.

Muy pronto le pareció a María que aquello no era lo que ella esperaba, acostumbrada, a que la madre llevara las riendas sin que nadie la mandara, que Chencho hiciera su voluntad, sin pedir permiso a su esposo, que Carmen su hermana, loca y todo, tuviera a su marido trabajando para sus caprichos, cómo es que a ella le había tocado este hombre mitad poeta y la otra mitad dividida entre loco y sinvergüenza.

Lo que más le dolía eran sus celos injustificados, comenzó desde aquel día una especie de encierro, que la asfixiaba, no se sentía cómoda ya en la casa, Manolo constantemente estaba haciéndole preguntas que iban más allá del razonamiento normal, e inquisidoras, apuntando siempre a recitar lo que había hecho cada hora del día en que él no estaba.

Buscó la manera de irse siempre para casa de Chencho a tejer, tejía a cuatro manos con Estrella, a Juana le interesaba la pintura, y cuidaba

de las hijas de Cañita, Andrea se había casado, con un buen hombre, que resultó ser un gran vago como la bautizo Juan, pero atendió a su familia, como Dios manda, pero un buen día se los llevó para Los Estados Unidos y murieron sin volverlos a ver, tampoco se lamentaron de ello, porque Estados Unidos era un país donde todo el mundo vivía bien, aunque ganara poco dinero. Eso se decía.

Las tardes las pasaban bien César y Rito, eran los niños-juguetes de las muchachas de la segunda generación, nada más faltaba por nacer una hembra. Chencho y María comenzaron a unirse más espiritualmente, sin entender ella mucho, las adivinaciones de su suegra ni siquiera las cosas que podía predecir.

De ese modo María, dejó de ser menos triste, pero no tuvo mucha más alegría, comenzó una etapa de conformismo y resignación, que apagaron por completo sus ideas, Manolo para entretenerla la enseñó a fumar, a tentar gallinas, ordeñar vacas, a predecir los aguaceros, los vientos, las sequías y el buen tiempo para una cosecha, pero no le dejó espacio en el corazón para que aprendiera, que el alma también es predecible y puede enfermarse para siempre sin cura, sin remedio, porque perder la orientación de la vida, es peor que perder la razón y ella estaba perdiéndose, irremediabilmente en la tesis de la vida que él

le había planteado, a su conveniencia y no despertaba, aún del letargo.

Su letargo duró menos de lo que otros suponían, revelarse contra la voluntad de su esposo no era lo que le preocupaba, pensaba más en su nuevo modo de vida, siempre había estado gobernada por alguien, su madre, un capataz, la señora de una casa, la suegra y por último su marido, su hora de mandar ¿cuándo llegaría? Pasaron meses de tristeza, se le enfermó el alma tal como Chéncho dijo, y no había cura, ella solo debía expulsar los malos demonios que estaban dentro de sus sentimientos confusos, unas veces lo adoraba y otras lo aborrecía pero nunca le estaba claro lo que estaba sintiendo por Manolo, muy confundida, lloraba a solas, en las noches cuando él roncaba y el ruido ocultaba el sollozo, que apretaba contra la garganta para que no saliera y fuera a convertirse en un ruido más alto que el ronquido. En esas noches triste se levantaba a fumar los chester largos que manolo le traía, hasta eso tenía que aceptar que escogiera sus propios gustos. A solas la vida le era la misma mierda, la monotonía le comía las entrañas y la convertía en un ser derrumbado, por otra parte el cambio brusco de su esposo la llevó a la pérdida de la fe en el amor, e intento recuperar lo que había perdido, en este caso la fe en sí misma.

Dejó de ir a casa de Chéncho a tejer y se castigó tejiendo sola, su soledad ya le era tan familiar que la acompañaba, perdió el deseo de

hablar y hasta de escuchar historia, se volvió una autómatas como querían que fuera, soñaba mirando la Luna en las noches con un mundo diferente e idílico fuera de la Retenía, nombre que por fin había adquirido la colonia de su suegro ya legalmente.

Manolo comprendió que su estado casi elíptico debía estar provocado por todos sus descuidos, su falta de atención; la quería más que a nada en el mundo, y no aspiraba matar el amor que ella sentía, porque amor en una sola dirección no existe, de nada valía quererla ni llenarla de hijos forzados, si bajo su piel no encontraba el temblor que necesitaba para seguir una vida feliz, la que experimentó en un inicio cuando se querían sin importar, lo que les rodeaba, ni pensaban en la luna, ni en las promesas que se hacen los enamorados, y que nunca se hicieron, no gastaron tiempo en lo que pensaron no le hacía falta, ahora estaban desprovisto de esas pequeñas cosas que hacen grande la vida; por eso una noche cuando ella pensaba sola en el portal en sus sueños idílicos, él por temor a ser ridículo le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Hace tiempo que estoy por regalarte, la mitad de la luna.

Ella se sintió agradecida, al menos era más que algo, pero también pensó que acostumbrarse a algo, era renunciar de por sí a todo. No

dijo nada siguió mirando la luna e interrogándose cuál sería su mitad; años más tardes se preguntaría, por qué solo una parte.

Esa noche durmió con la sensación de un cambio, habría de producirse algo, su sexto sentido se lo anunciaba.

XIII

Los cambios

Manolo empezó a hacer cambios en el pedazo de la Retenía que le había dado su padre, se propuso hacerlo sin decírselo a nadie, comenzó cavando un largo surco que se perdía dentro del cañaveral e iba a salir a donde nadie lo veía, tal como los topos, perforaba la tierra con tal profundidad, como su deseo de hacer las cosas con rapidez. Lo cierto era que a él todo le salía diferente, por tales cosas, lo definían como una persona conflictiva y fantasiosa, adjetivos que lo acompañaron por el resto de su vida, en él, lo sencillo se volvía complicado, y lo complicado casi absurdo, pero nunca abandonó un proyecto por imposible, ni siquiera el de la máquina del tiempo o la del movimiento continuo, que lo acompañó hasta que le hicieron creer, cuando ya poco veía, que las había construido.

El surco profundo vino a desembocar en el jardín, María vio como se ensanchaba un gran hueco que daba al traste con sus rosas manzanilladas, sus clavos de olor y su galán de noche, todo el perfume deleitado en las

noches, cuando interrogaba a la luna sentada en su sillón, hasta altas horas, en tiempo de zafra y él no estaba. Se sentía provocada, esperaba

una palabra suya, un solo gesto de desaprobación para hacer valer nuevamente autoridad, y no lo iba a lograr porque aunque destruyera

la casa como parecía que iba a suceder no iba a decir nada. Después

comprendió que estaba equivocada, que solo quería llamar su atención,

hacerse sentir, restablecer el amor, y no supo verlo.

Él siguió insistiendo, y a la vez que iba abriendo huecos, comen-

zó a traer madera, muy bien aserradas y brillosas, las iba colocando

dentro de la casa, las medía constantemente. Necesitaba agilizar el

trabajo, pues el tiempo muerto se acababa, la zafra estaba al despun-

tar, quería que todo estuviera listo para cuando los carreteros pasaran

frente a su casa admiraran su obra, y poder lucir con orgullo el castillo construido para ella, pero lo cierto era que la casa se iba rodeando de

grandes lomas de cocoa blanco que casi la tapaban, si no se apuraba

en terminar su obra complicada y que todos desconocían, las carre-

tas iban a pasar por encima del portal, atravesar la casa, y salir por

la cocina. Con todas estas cosas la obra pasó a ser preocupación de

todos, realmente Manolo estaba más conflictivo que de costumbre,

su imaginación ahora si que volaba alto, se preguntaban qué obra es-

taría realizando, algunos especulaban que, con su delirio de antiguas

civilizaciones, estaría imitando un acueducto, ya fuera maya, griego o romano, el caso es que la construcción, iba en ascenso como las Pirámides, y no tenía fin.

María no entendía nada, su sexto sentido le avisó de un cambio no de aquella demolición que estaba experimentando, nada se terminaba, los pisos de tierra bien pulidos por ella, estaban siendo agujereados, removidos y ella ya no tenía espacios ni para moverse, por otra parte, él no le dirigía la palabra en lo que respectaba a la construcción, derrumbe o terremoto que allí estaba sucediendo.

Un día cuando ya casi ni cabía en la casa ella le dijo:

—Me voy con Chenchó, tu sabrás lo que haces, creo que nos quedamos sin casa.

Él la miró y le dijo

—Debías irte para Caibarién con tu hermano Ramón hasta que yo vaya a buscarte, esto demora un poco, para la zafra estará. No te asustes, yo sé que la luna tiene dos mitades, pero con el Paraíso que te estoy haciendo no te va a importar de quien es la otra, ve para Caibarién, mira el mar por las mañanas y la luna por las noches, yo también la voy a mirar, será una forma de recordarnos, de saber que estamos juntos.

En ese momento no le importaba de quién era la otra mitad, se preocupaba por la solidez con que hablaba sin preguntar opiniones,

sin manejar estados de ánimos ni presupuestos de dinero que ya escaseaba, para él la solución era mandarla bien lejos, y aceptó sin decir nada porque el orgullo se la comía, recordó lo que su madre decía cada vez que José se iba, “Nunca le digas a un hombre que se quede o que no te abandone, porque te pierde el respeto” y ella calló y se fue a Caibarién pensando que sería la última vez que vería la Retenía, echó una mirada a todo el desorden de su casa, lo fotografió, y se guardó en la memoria todos los buenos recuerdos, se despidió con la certeza de que era para siempre.

XIV

Caibarién II

Su llegada a la ciudad fue intrascendente para ella, su hermano la recibió con mucha alegría, estaba acompañado por una de sus hermanas y se sentía responsable de su sobrino el único que podía cargar y pasarle la mano. Los hijos de Carmen no se podían tocar, solo verlos a través de balaustres de la casa, su locura le había enredado el sentido a tal forma que todo lo que no fuera su mundo, era maldito, le temía a los viejos espíritus del convento, que en las noches atormentaban su cabeza acusándola de haberlos abandonado, le temía hasta a la sombra de los árboles, al vuelo de las aves, al olor de las rosas. Tapaba los espejos, y se embadurnaba la cara de polvos blancos, a veces pintaba los labios

bien oscuros de rojo, soltaba el pelo hermoso que caía hasta la cintura, y se iba a levantarse las faldas a la ferretería de su marido. Sus hijos iban creciendo dentro de un mundo dividido entre lo absurdo, y la realidad mezquina de su padre, estaban presos sin saber cual era el mejor partido a tomar.

Ramón estaba feliz, en contraste con la poca alegría de su hermana, a medias disimulada, escondida a flor de piel, como una erupción, esperando romper el silencio más propicio o menos adecuado, daba igual, estaba seguro que su tristeza se desbocaría en cualquier momento.

Se iba a caminar hasta cerca del puerto donde trabajaba su hermano en los astilleros haciendo trabajos de carpintería, había dejado un poco el juego y las putas, en los ratos ociosos hacía pequeños barcos de velas, a veces los vendía y otros los regalaba.

María miraba el mar de día y de noche la luna, pero no con la ilusión de que él la estuviera mirando, de sobra sabía que no tenía tiempo de mirar al cielo, y si lo hacía desde el portal, la loma de cocoa o tierra blanca se lo impediría. Algunas noches caminaba hasta el muelle a desbocar su tristeza, veía las puestas de sol, la luna en el mar, y escuchaba el alboroto de algunos bañistas en las noches calurosas. La gente comenzó a acostumbrarse a sus paseos, y crearon como siempre leyendas sobre su andar silencioso y callado, sin mirar a quienes la ro-

deaban, su tristeza era tal en esos días, que ni ella notaba las murmuraciones, ni las preasignaciones a su paso, era como un ángel caído, una viuda, una madre desolada, una santa en comunión con Dios, alguien dijo que no hablaba porque era extranjera, pero nunca nadie oyó una palabra hasta el día que el mar se iluminó por la noche.

XV

El milagro

Caminó María por el viejo puente de madera que cada vez se inclinaba más hacia delante como hundiéndose en la misma punta del mar, el desvencijado camino lo estaba más por los bañistas que por el tiempo, y ofrecía resbalones a los transeúntes nuevos que no conocían de sus tablas, de sus huecos e inquietudes marinas, como el vaivén de las olas en las noches de furia o de marea alta. María resbaló, se incorporó sin darse cuenta que la observaban, no le importó el resbalón, siguió andando hasta la punta del puente a mirar un mar que lo habían enjaulado en una playa, por deseos de unos cuantos que querían un pedazo de mar donde bañarse para no ser menos que los cienfuegueros.

La playa no tenía nada de atractivo, fango en el fondo donde crecían algas y se enredaban en ella las aguas malas, asechando para atacar invisibles dentro del monte marino. Caibarién no pareció nun-

ca una playa, sino un mar represado, donde la arena se convirtió en piedras y dientes de perros, caracoles partidos, y el “ansia tremente de ser algo hermoso.”

Lo atractivo de las noches estaba en el milagro que ocurría en las aguas nocturnas de la playa, lo llamaban el suceso, otros, simplemente la noche de las estrellas, o la fosforescencia marina, el caso es que esto ocurría sin predicción una noche cualquiera, con luna en menguante, creciente, llena o nueva, en eso no había coincidencia, podía haber llovido en la punta como decían o no; haber tormentas eléctricas o no haberlas; no existía momento preciso para que ocurriera. Muchos ve-laban de noche, algunos creían en la buena suerte que esto le traería y no avisaban a nadie, querían la suerte para ellos solos.

María sintió dolor en el pie, pero llegó a la punta del puente y miró asustada las pocas personas que estaban en el agua, eran verdes fosfo-rescentes. Cuando emergían, resbalaban por la piel diminutas estrellas brillantes que se enredaban en el pelo; el agua que desplazaban con las manos parecían alas de mariposas bril antes, luces que se agitaban al movimiento, eso era algo de lo que no se habían percatado, para que resplandeciera la luz debía haber movimiento. Alguien subió al puente por un lateral, se puso de espaldas a María y orinó, tal fue el asombro de los reunidos, que discretamente ella también se acercó a ver el su-

ceso; en el agua el orine fue haciendo círculos luminosos de menor a mayor, ampliándose hasta el infinito, los del agua se alejaban de los círculos por temor a ser tocados por el orine luminoso, ella volvió a su lugar, vio la quietud del mar, sintió deseos de lanzarse al agua tibia, y verse iluminada, recordó el bautizo de su hijo primogénito, en el arro-llo, y se prometió que su próximo hijo sería bautizado en una noche de aquellas, y murmuró en voz alta:

—Así será

Los que la oyeron hablar pensaron en alguna profecía, y esperaron más palabras, pero ella no los veía, echo a andar por el viejo puente, seguía cojeando, olvidada de su dolor, porque esa noche le pareció que el triste era el mar, y no quiso echarle más tristeza.

XVI

El fin de la jornada

La parte de la Retenía que Manolo estaba transformando en agujeros, fue emergiendo poco a poco del derrumbe para convertirse en un pequeño paraíso, la casa fue transformada, los pisos terminaron siendo de la madera pulida que fue amontonando sin saber nadie para que era, el gigantesco hueco del jardín se convirtió en fuente, a la que le llegaba el agua del río traída por aquellos conductos, igual que lo hicieron los Mayas y las civilizaciones antiguas, Manolo nunca subestimo

el conocimiento de la humanidad por anterior a él que fuera, mientras más antiguos más sabios, decía y creo que en eso le iba mucho de razón, a pesar de ser fantasioso y a la vez conflictivo, nunca dejó de poseer una gran inteligencia para darse cuenta cuando las cosas tenían que tomar otro rumbo a favor del viento, por eso las grandes lomas de cocoa que se fueron achicando con la lluvia las dejó en el lugar donde cayeron por primera vez y se las entregó a una pareja de conejos, que pronto llenaron el lugar de conejitos y de cuevas, parecían de juguetes aunque la verdad, eran de adorno. Nunca se supo la cantidad que llegó a haber, en realidad, fueron incontables, mansos, hermosos y adorables, como dijo y repitió años después cuando hizo crecer una colonia de gatos.

La casa de la Retenía fue recordada por todos, por los que allí nacieron y los que la vieron de lejos, también por los que no la vieron nunca y les contaron como era, jamás tuvieron un lugar tan agradable como aquel, jamás fueron tan felices, a pesar de los problemas, jamás debieron salir de allí, se lamentarían el resto de sus vidas por haberlo hecho, pero el destino no es cosa de gitanos solamente, existe, se cumple y hay que hacerlo cumplir, sino la vida sería un simple itinerario.

Cuando todo estuvo listo, buscó a Chencho para que sembrara el jardín, pero ella no tenía los galanes de noche ni las rosas manza-

nilladas, entonces Manolo fue a ver a José para que le diera algunas posturas de los que él tenía sembrados en latas y allí se encontró con Ramón. De golpe se dio cuenta de que su familia estaba aun muy lejos, no recordaba la cara de su hijo Cesar y sintió vergüenza ante su cuñado, ¿qué tiempo había perdido? Él apenas lo saludó le hizo saber que María estaba embarazada, y muy delgada. Le contó de sus paseos nocturnos por la playa, de su tristeza y su poco hablar. También le hizo saber que su hijo estaba rollizo y que ella apenas podía cargarlo, así que era hora de buscarle compañía dado su estado y por eso había venido a buscar a Rosita.

Fue un manotazo lo que Ramón le estaba dando, sin levantar mano alguna, tal parecía que él había abandonado a su mujer e hijo, nadie comprendía que solo quiso ofrecerle mejor lugar para vivir y en ningún momento pensó en el abandono.

Buscó las plantas que José sabía le gustaban a ella, las plantó y antes que Ramón estuviera de vuelta en Caibarién ya él estaba con su familia.

Llegaron de noche, cansados María solo noto que el piso no era de tierra, se le pareció al viejo puente de la playa, pero no quiso encender ninguna chismosa o kinké, calló rendida en su cama, que extrañaba, aspiró el olor de la madera tallada, estaba recién barnizada, aun pega-

josa, pero sintió la respiración de su esposo muy cerca en el oído, como una caricia, y el susurro preguntándole:

—¿Desde el muelle se ve igual que aquí la luna, o es más hermosa?

—La mitad que yo vi, era hermosa y triste, sin embargo se dejaba mirar con vergüenza.

Él la abrazó como la primera vez; mas, experimentó el miedo del embarazo, y la fue soltando poco a poco, dejándola caer de su cuerpo, como si fuera un niño recién nacido, depositándola nuevamente en la cama, acariciándola como si fuera una virgen, mientras ella se fingía dormida.

A pesar de su deseo morboso y apetito carnal, le pareció impuro hacerle el amor a aquella mujer, con un hijo en el vientre, no supo porque experimentó eso, no recordaba que le hubiera sucedido durante el otro embarazo, sintió cierto rubor sin saber que decir, y se alegró que estuviera dormida. La contempló infinitamente con las manos; en la oscuridad apenas se distinguía su pelo que había crecido lo suficiente para llegarle hasta el pecho, lo dispuso suavemente en sus senos que descubrió, electrizándose, sintiendo un corrientazo desde la punta de las orejas hasta los vellos de los muslos, desplegando una erección en toda su virilidad, que ya no se podía contener. Ella abrió los ojos pero él no los pudo ver, ya estaba encima de su cuerpo y le prometió en el

oído que esa sería la única vez durante el embarazo. Ella tembló como primeriza, pero fue breve, antes de que el temblor llegara al cerebro y volviera a bajar para hacerse cálido, sintió los espasmos de otros temblores, y un beso suave, amoroso, agradeciendo el momento sublime de un orgasmo.

XVII

El noviazgo

Manolo le llevó temprano café a la cama pero al levantar el mosquitero no estaba, eso era algo que ella siempre había esperado y él quiso hacerlo por primera vez, empezando un largo camino de conquista. La buscó por la casa y estaba en el portal contemplando su obra maravillosa, aún las plantas estaban algo marchitas pero se veían presas, despacio la miró sin hacer el mínimo movimiento para no romper aquella sonrisa que a floraba a sus labios. Vio los dos conejos comiendo temprano las hojas mojadas por el rocío, no parecían reales. Él fue y abrió el conducto de la fuente y comenzó a brotar agua, ella se puso las manos en la cabeza, se creyó soñando, al fin había encontrado un lugar idílico, solo le faltaba el cetro para mandar, ejercer su propia monarquía. Él la sacó de su meditación, ya con el café frío en el vaso, de todas formas lo tomó y nunca supo que se lo había llevado a la cama.

—¿Desde cuándo haces café primero que yo?

—Siempre supe hacer café carretero, pero desde que te fuiste, lo intenté y me sale bueno

Ella quería decir algo sobre los cambios pero esperaba que le preguntaran su opinión, sabía que lo haría.

—Me demoré pero valió la pena, ahí tienes jardín que cuidar, fuente que limpiar y conejos que contar, además hay que buscar peces, quizás una trucha o dos. No hice pajarera porque no me gustan los pájaros encerrados.

—¿Todo esto por qué?

—Porque tú eres mi mujer, este es tu castillo, y no tienes que andar buscando líos con las revueltas, ni mandando en casa de nadie, ahí están tus gallinas, tus hormigas, tu fuente y flores, si quieres algo más solo tienes que pedirlo, desde ahora eres mi novia. —Y la abrazó.

— ¿Qué gano con ser tu novia?

—Recuperar el tiempo perdido, o mejor el que no disfrutamos

—¿Habrá tiempo para ello?

—¿No te parece que nueve meses es bastante?

Ella renunció sin querer a todo lo que era su labor militante, realmente en casa de Chencho no se podía hablar de nada que fuera estar contra el gobierno, a ellos no le importaba mucho quienes estuvieran en el poder, ni quien era el alcalde o el concejal, solo pre-

tendían trabajar, ganar dinero y cuidar de la familia, así que poco a poco su ideas y actividad política se fue borrando como los cuadros de Juana, que mientras más los pintaba menos se veían.

María se convirtió en la novia, no le permitía que se levantara en las madrugadas cuando él iba para el central, buscó a Rosita para que la ayudara y le hiciera compañía. En las tardes la llevaba a dar vueltas por el campo, a recoger flores de mariposas blancas y amarillas que crecían en un pantano cerca del río. Los domingos hacían comidas ligeras y se iban a la cascada a bañar, era un lugar muy hermoso, rodeado de helechos gigantes, las rocas estaban impregnadas de fósiles, cualquiera sabía de que tiempo podían ser, Manolo decía que eran de muy pocos años pero María guardaba las piedras para enseñárselas a sus hijos; Cuando ellos sean grandes, estas piedras serán más viejas aún, y quizás esta cascada ya no exista, decía y acariciaba cada roca que tenía dibujado hojas, saltamontes, escarabajos, y hasta letras o jeroglíficos de enamorados.

Fue en uno de esos paseos y a consecuencia de los fósiles que años más tarde, Manolo cuando ya era Amaya hizo el descubrimiento de los polvos de fundición.

El noviazgo fue hermoso, disfrutaron en esos meses lo que habían perdido. Él le trajo buena literatura para que leyera, así María descubrió

que existía Calderón de la Barca, y memorizó parte de La vida en sueños, leyó a Bécquer, Lorca, y miles de revistas de Selección americanas donde se contaban historias inauditas y creíbles, alejadas de su realidad, pero cerca de sus sueños. Comprendió que las novelas rosas solo sirvieron para enamorarse de Manolo y lo agradeció, después de todo no era tan malo.

Para ella, él se fue convirtiendo en una especie de hombre perfecto, reunía las cualidades que le gustaría decirle a sus amigas, si tuviera con quién hablar, era ese tipo de persona que suele ser dulce cuando hay que serlo y severo cuando se necesita, amante de la buena literatura, cosa extraña en el campo donde apenas algunos sabían leer, conocía de las civilizaciones antiguas, y también lo llamaban poeta, desde el día que siendo casi niño escribió Simoniaco III, todavía se preguntan de donde la vino la inspiración del tema.

Lo único que María no soportaba era esa absurda manía de tener siempre la razón, de no equivocarse nunca, las cosas tenía que ser como él dijera, y lo peor de todo nunca reconoció los errores cometidos, para él jamás hubo fallo en las teorías que planteaba, ni siquiera en lo más simple, tal era su forma de ser que no hubo de reconocer nunca la pérdida de la llave de la vitrina a consecuencia de habérsela echado él en el bolsillo de una vieja levita, el día que la encontró de un invierno a otro, por casualidad y la reconoció en su mano, se la tragó para llevarse el secreto, para toda la vida, lo que no podía adivinar era que un día la encontrarían, cuando hasta a él se le había olvidado.

El noviazgo fue perfecto, duró solo el embarazo, él perdió su capacidad de erección cuando la acariciaba, casi siempre la barriga que esta vez le creció menos, por lo que estaban seguros que sería hembra, la promesa de que su segundo hijo se llamaría Rubén, como el muerto no iba a poder cumplirse, pero en su honor la niña llevaría por nombre Lila, como el color de las cintas fúnebres, y sería una niña raquítica, dulce y melancólica, maltratada por la vida y el destino la laceró como a casi todos, lo único que ella pensó que su desgracia siempre fue mayor.

La niña tuvo la desgracia de romper el hechizo del noviazgo, además era tan pequeña y fea cuando nació que pocos se alegraron con su llegada. En cambio su madre la cuidó más que el primero, porque estaba segura que no se iba a lograr, pero además la quiso con lástima, desde el día que Chencho le advirtió que tanto cuidado la hacía débil que la dejara comer tierra y andar descalza, chuparse los mocos y todo lo demás que hacen los niños con la mierda, que ella iba a vivir para enterrar a los que aún no habían nacido. Y así fue, aunque María en un principio no le creyó.

Lila vino al mundo un día cuando nadie la esperaba, desde ese momento comenzó a ser inoportuna, a pesar del amor que le tenían sus padres, nunca se sintió realmente la hija, sino la hermana de María, ella llevaría el peso de sus hermanos que fueron muchos, desplazó al mayor

o la hicieron desplazar, sin darse cuenta comenzó a ser la mayor de todos, la responsable de su limpieza y cuidados, la que sufriría, cuando las penas de su familia comenzaron a caer sobre ellos, la que se convirtió en madre antes de tener hijos, la que en fin de cuentas llevó el nombre mejor puesto y vivió lo suficiente como para sobrevivirle a la muerte de los que eran menor y mayor que ella. Todos pensaron que al deceso de Juana la pintora, su tía, sería ella la que llevaría al cuello la llave del panteón, pero no quiso, la rechazó por miedo a no morir nunca, tenía el presentimiento que su desgracia sería eterna.

Después del noviazgo las cosas comenzaron a ser igual que antes o peores, Juanillo el padre de Manolo le compró colonia a sus hermanos Cuco y Serafín si embargo para él solo había trabajo en el central, y el tiempo muerto lo empleaba en sus inventos, continuaba con las matemáticas, y la búsqueda de un movimiento continuo y un tiempo manejable por el hombre, realmente su padre sabía que él no era hombre de campo y que un día abandonaría aquel lugar para irse a pasar hambre al pueblo, a meterse en líos de política y cosas que eran injurias, Juanillo como la decían sus hijos, jamás vio en él nada importante, como Chéncho le decía, sin embargo reconocía que era más inteligente que los demás, mas su inteligencia, nunca estuvo a su servicio, por eso prácticamente lo desheredó sin decírselo a nadie, jamás Manolo obtuvo

algo de los bienes de su padre, a pesar de eso, que lo quiso y lo respetó.

Vivió Juanillo tantos años que llegó a ver los bisnietos de Manolo.

XVIII

Un pedazo de la Retenía

El pedazo de la Retenía de María y Manolo seguía siendo un lugar maravilloso, los conejos rumiaban todo el día echados debajo de los rosas manzanilladas, los clavos de olor y jazmines, se asomaban a la fuente demasiado alta para beber agua pero se quedaban embobecidos mirando nadar las carpas, meciendo las orejas al compás del movimiento de los peces, en ocasiones se reunían en el borde de la fuente en círculos, moviendo las orejas como un coro de voces, asombrando a las personas con tal curiosidad. Manolo se inflaba y decía que estaban amaestrados que todo eso se los había enseñado él. Tiempo después esa experiencia le serviría para de verdad amaestrar sus gatos.

Los conejos trajeron la tranquilidad, una especie de paz que no se turbaba más que con el imperceptible ruido de sus orejas. Sus patas de algodón apenas rozaban la hierba, parecían animales etéreos, nada se les acercaba, ni siquiera los pájaros. Espantaron los sonidos, a tal punto que muchos se atormentaban con tanto silencio.

Chencho empezó a creer que lo que ocurría eran cosas de otro

mundo, pero no podía vaticinar nada, simplemente miraba a los conejos de reajo y con temor a que alguno quisiera irse detrás de ella, cosa que no iba a permitir, para parir en su casa estaba ella, y llenarla de los ruidos de los muchachos que ya iban desde nietos hasta el más mocososo de todos que era Rito y todavía le faltaba una para completar los seis de la segunda generación. Conejos no quería en su casa ni para comer, cuando le preguntaban por qué les decía:

—Acaso no ven que en Casa de Manolo han espantado el ruido, hacen tal silencio que parece que no vive nadie y no falta el aire aunque no lo sientas, cosa rara.

—Imposible, ¿cómo va a faltar el viento si se pasan el día moviendo las orejas, como abanicos?

—Así es, mueven el aire pero no arrastran hojas y mira que hay, si yo hubiera visto algún encantamiento, podría decir algo de lo que pasa ahí pero realmente no puedo, solo he visto en sueños que Manolo abre un hueco en la tierra pero no es para enterrar a nadie porque es estrecho y redondo, tan poco cabe un conejo es algo muy, muy raro.

—No adivines tanto Chencho que tus avisos nunca han sido buenos, pon los zapatos en cruz como tu dices y sueña menos. —Le aconsejó Juanillo que jamás la aconsejaba porque todavía le tenía miedo a sus arranques pero más a sus predicciones, que aunque a largo plazo,

se cumplían.

—No es mi culpa, nací así, es una desgracia pero no me puedo callar, ni el día que sepa que te vas a morir.

—No te atreverás a decírmelo

—Intenta morirme para que veas.

Todos hablaban a espaldas de los dueños, que vivían los momentos más idílicos de su vida, como si su casa fuera una extensión del paraíso ahora recobrado por los amantes esposos, sin darse cuenta que la niña apenas se volvía persona, Lila sin posibilidad ninguna de achicarle el nombre, estaba rodeada de cuidados; sin embargo seguía siendo fea y delgada con una rala caballera en la que no se esbozaba señal de ser alguna vez blonda y hermosa.

Comenzó a ser preocupación para La Choricera que siempre parió hijos fuertes y por casualidad se le ocurrió preguntar por sus padrinos, porque le veía la muerte más cercana que otra cosa, fue el punto clave que les hizo recordar que no estaba bautizada, ya casi al terminar los once meses de vida. El noviazgo le hizo olvidar el bautizo y María recordó la noche triste del mar y su promesa. No le había contado a Manolo lo de aquella noche y su historia fue para él irreal, pero quedaron en que el verano estaba cerca, e irían de nuevo a Caibarién, esta vez para ver la tristeza del mar, según María y para Manolo descubrir que

fenómeno físico o químico se estaba produciendo o si realmente eran imaginaciones de la gente, que querían hacer de su pedazo de mar represado un lugar místico ya que no parecía hermoso.

El verano era tiempo de zafra, para entonces Manolo tenía buen puesto en el central atendiendo los mecánicos, las roturas, cualquier eventualidad que hiciera que algo pudiera fallar para comenzar una molienda, sin embargo no era jefe de nada aunque su inteligencia lo valiera, se sentía, minimizado por sus actividades políticas, en el fondo seguía siendo un agitador, defensor de los derechos laborales, un comunista imprescindible en el central en aquellos momentos, con deseos de echarlo al camino real, solo esperaban una oportunidad que él no sabía, mientras tanto lo seguían usando, y tratando que sindicalizara la menor cantidad de gente posible, hasta que él solo se fuera, pero costó trabajo, porque aguante como el que él tenía quedaban pocos. La mecánica le gustaba más que la política así que a veces aflojaba la mano y se metía en sus innovaciones, que le era de más provecho, aunque ya les había encendido el alma con el comunismo a algunos, y les daba tareas de propagarlo como una religión.

El viaje a Caibarién fue demorándose, Chencho buscó padrinos y bautizó a la niña en la iglesia católica, a escondidas de los padres, y se culpo siempre porque a Lila nunca le salió el cuarto diente, tenía tres

cuando el bautizo y con tres se quedó para toda la vida, a partir de ella en cada generación habría un miembro con esa marca, y mientras más se alejaban disminuían los dientes, los hubo con dos y con uno, lo que nunca Chencho comprendió fue por qué su última hija Magüi nacería igual que Lila, con tres dientes si ella era la tía. Manolo explicó que solo era un adelanto hereditario, por decirlo de alguna forma y no utilizar la palabra gen o genes cosa que ni él bien comprendía pero sabía que tenía que ver con eso, Chencho lo tomó como un castigo o maldición y fue cuando vaticinó que Lila viviría más años de lo que ella hubiera querido vivir.

XIX

De regreso

Chencho se sintió demasiado vieja y cansada para seguir en el campo, sus hijos mayores estaban encaminados, con buenas tierras cerca del central, La Retenía además se consolidaba como una gran colonia que les daba buenos provechos para vivir de ella, realmente ya estaba cansada de andar detrás de las gallinas, espantando moscas, hirviendo leche, y criando chiquillos mocosos.

En la parte de Retenía que era suya, había perdido a una de sus hijas, casado a otras y traído al mundo a más de un nieto, era hora de regresar a donde quizás ya muy pocos la recordarían, no tenía muchas

deseos de volver como curandera, sin poder arrancar el mal de la miseria, porque pensándolo bien, ricos nunca fueron a buscarla, tenía que agradecerle a la pobreza su buena fama, porque jamás pudo negarse, por eso se fue y ahora quería volver, no a desandar las calles polvorientas de Placetas, sino a abanicarse en un patio interior sombreado, con altas arecas y helechos, talvez algunas de esas plantas aromatizadas del jardín de María, algo que no fuera siempre lo mismo. Hacía tantos años que estaba cansada, no de vivir, y de hacer vivir a los demás, quería darse una oportunidad, dejar de mandar, de adivinar y santiguar animales, se sintió una mujer, después de tanto tiempo, y quizás vio a Juanillo como el hombre que era y que estuvo a punto de perder, y no pudo explicarse porque volvió, si ella solo le ofrecía un amor cansado y marchito de rezos, sin pasión, sin estremecimientos, sin amarguras siquiera.

Se miró en el espejo que María le devolvió, el que estaba segura espantaba los truenos, demasiadas manchas para verse bien, pero si era así, estaba bien quemada del sol, muy triste y fea, en la boca apenas tenía un rictus empobrecido que no se dejaba adivinar, y tuvo un deseo terrible de que los años no hubiesen pasado, de ser joven y haber aprovechado su vida de otra forma. ¿Qué le estaba pasando?, pensarían lo mismo las mujeres a su edad, las pobres, las ricas, las cuarentonas, las que ya no tenían periodo menstrual como ella, las

desamoradas, las infieles, las traicionadas, quién como ella pensaría que al termino de los años, debió vivir la vida de otra manera y lo que es peor, lo que le queda por vivir sería de forma diferente, ella a partir de ahora iba a ser más hermosa, y joven, entregaría su mandato se dejaría conducir, hasta en el lecho matrimonial, y quizás por alguna vez en la vida le encontraría el gusto a algo que hasta entonces no le había encontrado.

Qué sola se sentía, que sensación de vacío, de lagrimas que necesitaban salir desde hacía muchos años, dolores, reminiscencias, angustias y frustraciones, todo conjugado con la tristeza de sentirse vieja, y lo peor con la amargura de no haber vivido de otra forma, en contradicción con su forma de actuar, la única manera de desterrar la tristeza era llorando mucho.

Todo eso pensó muy para adentro, no quería que ningún espíritu se enterara, iba a ser distinta después del llanto y esa noche le prometió a Juanillo no decirle nunca el día que él se iba a morir, aunque bien claro lo tenía, sería muchos años antes que ella.

XX

Coco o Rubén

Comenzó María con un tercer embarazo antes de lo deseado, su organismo se debilitó mucho, las hermosas piernas de gallega se sombrearon y estrecharon hacia debajo, enflaqueciendo a tal punto que parecía

que no podría sostener un peso muy grande.

A su marido no le hizo mucha gracia esto de parir todos los años, teniendo que asumir largos períodos de abstinencia, aunque en esta ocasión se hizo el de la vista gorda hasta que la barriga creció y le fue imposible hacerse el tonto, de cualquier forma seguía deseando a su mujer y amándola como el día que la vio encima de la mesa con su vestido rojo, pronunciando el discurso para él más elocuente del mundo, aunque solo gritaba: ¡abajo el tirano!

No mucho tiempo atrás, era hermosa, tierna y dulce, la pasión la hacía saltar, sin embargo ahora la veía de forma diferente, ella era además de todo, su responsabilidad, él su apoyo y sus hijos unos jodedores que le llenaban la vida de alegrías y tristezas.

Tendrían que buscar la forma de alejar los hijos, o terminarían como sus padres que mezclaban las generaciones y alteraban la genética de la familia.

Este embarazo fue muy largo más que todos, duró hasta el mes de noviembre, Chencho estaba desesperada por hacerle el parto y mudarse a su nueva casa, pero María lo tomó con tanta calma que parecía no iba a parir nunca. Ese mes fue el más frío de ese invierno y la noche en que nació el niño, se coló un aire que cortaba, con llovizna que luego se transformó en escarcha sobre las hojas. La criatura fue pequeña, y

blanca transparente, Chenchó la agitaba igual que a las botellas de agua caliente que se le ponían a su alrededor para calentarlo, pero no tomaba color ni calor, La Choricera le soplabá su aliento porque estaba dormido y palidúcho como si hubiera nacido sin sangre, decía.

La madre apenas lo había tomado en brazos, fue un parto difícil, al parecer había demasiado frío para salir del zurrón, lo forzaron, decía Rosa la Choricera, y Chenchó la miraba de reojo pensando que tenía razón.

No quedó más remedio que llevárselo a María, parecía un cadáver o mejor un pedacito de algo inútil. Ella lo puso a mamar y el condenado afincó y comenzó a tragar ante el asombro de los demás:

—Coño, si es más blanco que un coco —y se sonrió pasándole la mano por la cabeza como hacen todas las madres, rezando en secreto y dando gracias de que su hijo estuviera en sus brazos.

—Bueno y cuál es el nombre.

La vista se le perdió, y prefirió no decir que debió nacer en enero, y tener los ojos grandes y claros y ser poeta y rebelde y tener el pelo ensortijado. Recordó el tiempo pasado como si estuviera enamorada de ese tiempo, murmuró —Rubén —y muchos pensaron que tenía un amante.

Rubén a quien le dijeron siempre Coco, tenía los ojos claros, el único que los sacó de su abuelo Juanillo, algo raro, decía Manolo dando golpes en la mesa y tirando las butacas, pateando el piso, amenazando cada vez que lo miraba.

—Coño, nadie sacó los ojos del viejo, ni los hijos, tengo que creer que este cabrón tuvo la suerte esa, esto no me puede pasar a mí.

Chencho que quería irse dejando todo tranquilo, buscó todos los parecidos posibles, habló con su hijo le sugirió que lo dejara crecer.

Manolo se tranquilizó cuando al niño le comenzó a salir en el pelo un lunar blanco igual que el de su padre, crecía en el centro de la frente hacia arriba, destacándose su ensortijado cabello oscuro. Fue un niño hermoso aunque delgado, tenía la apariencia de un hombre que tenía muchos deseos de vivir, se apasionó por la vida, a tal punto que buscó la forma de vivir con la muerte, experimentar el peligro y desafiarlo, hizo todo el honor que pudo a su nombre y también escribió poesías.

Rubén no adivinaba el futuro, pero adquirió la manía deshonesto de decir que veía muertos, entierros y todo tipo de cosas espeluznante, solo por imitar a Chencho, lo que hizo que se le diagnosticara terror infantil por parte del médico que atendía a la familia, pero su abuela supo que era un farsante y que jamás vio nada, solo quería asustar o parecerse a ella. Por muchas razones antes de morir hubo de perdo-

narlo, y no lo condenó porque la imitara sino por desobedecer.

Segunda Parte

I

De vueltas a Placetas

Placetas, en el interior de un patio se puede respirar la vida, Chencho sentada, recordando, a veces soñando, siendo ella, la que no fue nunca y quiso ser.

Su familia desmembrada, se acercaba poco a su casa o quizás ella poco a la de ellos, no sabía si era cansancio de vivir o si quería que cada cual, rigiera su destino. Desde que vino del campo se dedicó un poco más a ella, sin dejar de ponerse siempre su ropa blanca de hilo, trabajada en labores finas hecha por sus hijas.

Manolo había abandonado la casa de la Retenía como bien pronosticara su padre y estaba de vuelta en Placetas. Dejó el central porque sus ideas políticas impidieron que le dieran el cargo de primer maquinista y se lo otorgaron al marido de su hermana Juana la pintora, un hombre que era no menos instruido que él pero menos capaz en la mecánica, el caso es que no encajaba aquello de hacer comunismo, sindicalizar, abrirle los ojos a los demás. Ese mismo día Manolo llegó a la casa con sus cantinas, las vació, buscó un pico e hizo un hueco

redondo en la tierra, las enterró y juró no volver nunca más a ese trabajo. Luego le dijo a su mujer que los días en el campo estaban contados. Vendió la bodega y compró un terreno en Placetas comenzó a construir la casa más desgraciada, en la que hayan vivido.

Chencho siempre lo pensó, ese hueco que Manolo abre en sueños no es para un muerto ni conejos pero su felicidad y la de su familia se va en ese vacío tan oscuro, que no se verían ni siquiera las penurias que le seguirían.

Chencho respiraba los olores de su patio, cuanta tristeza, cuanta soledad. No había forma de evitar lo que estaba por venir, ella solo le quedaba respirar aquel aire a rosas manzanilladas sembradas por María y esperar. Esperar como siempre a los cambios, al juego de la ruleta rusa que ella entablaba en su silencio.

II

Rosa la Choricera o La vieja Choricera

La Choricera, andaba casi sola por la vida, casada Rosita, con un hombre mucho más joven que ella, sin explicación ninguna y ella además no se lo buscó, pues al cabo de veintisiete años se aparece un galán a casarse con una hija solterona, no muy hermosa ni sana de mente, ¿Qué iba a averiguar? Era casi un regalo. Por otra parte Ramón logró un matrimonio con una mujer mucho mayor que él, que lo amaba des-

medidamente mientras él se seguía escapando con putas, y gastando el dinero en los mismos juegos de antaño, la vida para él seguía siendo el mismo cachumbambé de siempre, la única forma de vivirla era al descuido, sin importancia, colgándola en cada rincón como un abrigo o una camisa, riéndose de su sífilis mal curada, que le dejó el sabor triste de morir sin herederos, por eso la vida le fue mierda, y su madre quiso estar a su lado y él se lo permitió porque la quería y dejó que experimentara lástima mientras fingía que no necesitaba de la felicidad para ser feliz.

Las aspiraciones de La Choricera no iban más allá del dinero, sus noches fueron siempre la misma, sin más estremecimiento que el crujir del bastidor, jamás supo el sabor de un orgasmo, ni del peor, pero acudía al reclamo de su esposo, porque era cristiana, a su modo y conocía el temor de Dios, pero evitó todo contacto después de los últimos envenenamiento a pesar que José siempre venía medio muerto y le gritaba, ¡Vengo a morir en tus brazos!, y ella con mucha tranquilidad le obligaba a tomar una botella de aceite para que vomitara. Después de su remedio si le parecía lo llevaba a la Casa de Socorro que casi siempre le hacía lo mismo, un enjuagatorio de estómago.

Los hijos nunca se explicaron por qué este hombre se enamoró de una mujer, que tenía la facilidad de ser tan ruda y poco sentimental,

mientras que él a pesar de ser fuerte, se sentía minimizado, e incapaz, incluso de lograr un suicidio, aunque realmente todos pensaban que solo aspiraba a la lástima de su mujer; él quería al menos ser tratado como un niño pero Rosa la Choricera no entendía de gente blandengue y adquirió por su marido una especie de odio, que con los años fue quedando atrás, sin embargo pudo dejarlo de odiar, pero jamás volverlo a querer. Nunca vuelves a querer a quien has odiado, decía con toda razón. Rosa la Choricera nunca lo quiso, lo compadeció y lamentó no haberlo dejado morir en el primer intento.

Rosa, La otra, pregunta:

—¿Abuela no te daba lástima ahogar gatos?

—Lástima me hubiera dado dejarlos vivos, qué iban a hacer unos gatos recién nacidos en plena nieve sin tener que comer, lo mejor para ellos era lanzarlos al río en una bolsa, en la casa sola había comida para uno.

Eso lo aprendió desde muy temprano, el padre no le dejó margen de aprender sentimientos, ella fue producto de un acto de violencia, cuando su madre fue atada a un árbol para ser preñada, Apolonia había perdido el juicio cuando abrió los ojos después del tifus y se enteró que todos sus hijos habían muerto por causas diferentes, ella bien sabía que a falta de sus cuidados, sus hijos quedaron prácticamente desamparados a cargo de un hombre irracional a pesar de ser su padre. Ella, fue la cura de su madre y el hombre que necesitaba su padre para trabajar la tierra, guardar provisiones para el invierno en las montañas y la pastora del rebaño, la que subía a las cabras a los lugares donde quedaba solo un recinto de hierba fresca sin estar quemada por el río, para que la leche fuera más abundante y los quesos más grasosos.

A todo aprendió Rosa menos a querer, a las únicas personas que quiso antes de su segundo hijo, fue a su madre que la protegía lo más que podía y a un hermano de la beneficencia, que fue ella prácticamente la que lo terminó de criar y lo protegió primero de su padre y después de su esposo hasta que un día pudo mandarlo a Cuba, para alejarlo de los maltratos y humillaciones de los hombres que no aceptaron nunca que ella podía querer a alguien que no fuera ni su padre ni su esposo.

Rosa, cuando no era La Choricera, pastoreaba en el invierno, con hielo y nieve cayendo, sacaba las cabras que caían en los huecos, amarrados ambos por una soga, y espantaba las manadas de lobos que venían por sus indefensos animalitos. A veces se unía, al joven pastor cercano a su casa para juntos protegerse, entre ellos comenzó a surgir una necesidad de compañía, ambos querían siempre andar juntos, unir los rebaños espantar los lobos, reírse y correr loma abajo aun cuando resbalaban por la nieve y llegaban tullidos y mojados a su hogar, sin saberlo ellos, esa necesidad se convirtió en los sueños nocturnos, ansiedades e inapetencias que pronto fueron descubiertos por su padre. Nuevamente, el destino le jugó una mala corrida, le fue prohibida la compañía del pastor, porque en su familia había nacido un niño mitad persona y la otra mitad perro o lobo no se sabía bien, pero los rumores que corrían eran que estaban malditos y él no iba a permitir que su hija se liara a gente así.

No supo nunca más lo que era enamorarse, desde que dejó de experimentar esa sensación de compañía y calor entre los pechos, muchos años pasaron para que se diera cuenta que aquello fue amor, y en honor a ello lo único que pudo hacer fue venderle las tierras de su propiedad al pastor, cuando fue en su segundo viaje a España a traer

a su hija y a curarse de la influenza española, para ella fue un acto heroico, desafiar a todos los parientes que querían sus terrenos, se dio cuenta entonces que se había enamorado o que quizás aún lo estaba, eso nunca le quedó claro, pues ella creía haberlo olvidado, hasta que lo vio nuevamente. Rosa ejerció su voluntad, él se quedó con sus tierras y seguro la recordaría cuando anduviese por los caminos de las cabras, o tuviera que atar a uno de sus hijos a una cuerda para sacar algún animalito extraviado, como habían hecho ellos.

Cada recuerdo de Rosa fue triste como si toda la alegría de su vida estuviera liada al dinero y nunca fue rica, a pesar de tener mucho colgando entre los pechos, se sintió pobre, sola, incomprendida, y valorada injustamente, porque nunca supieron la verdad.

Ahora respiraba dentro de su soledad, el aroma a rosas manzanilladas, a jazmines y clavos de olor, y se dio cuenta que ya no odiaba a José, tampoco lo quería solo supo que existía por ella y sintió lástima. Si la vida le diera otra oportunidad, no hubiera venido a Cuba, pensaba, jamás abandonaría a sus cabras, a su pastor, a su pueblito en las montañas, Bárcena de Cícero, en Santander, porque era montañesa y no gallega. Si la vida le diera otra oportunidad, volvería a hogar gatos, matar puercos y enterrar dinero, comería carne en semana santa y jamás se casaría con José, por ninguna fuerza posible. Si la vida le diera otra

oportunidad, no le creería a las gitanas, por una predicción vino a Cuba y ya casi estaba a punto de morirse, si volviera a nacer iba a vivir de otra forma, se dejaría mandar, se enamoraría, y buscaría la forma de hallar placer en las noches, porque se sintió un animalito, usada y poseída sin su consentimiento.

Todo eso se supo cuando era ya La vieja Choricera, jamás cantó esa historia antes de los ochenta años, cuando solo había bisnietos para oírla, y propagarla a las demás generaciones, nadie quería que desapareciera La Vieja Choricera, pero nadie quería ser como ella.

Rosa La Choricera visitó a María en su nueva casa en construcción, le pareció un palomar, se erguía hacia arriba, estrecha, con un ancho alero. Las ventanas eran tan pequeñas que apenas se distinguían de lejos, jamás se supo quién hizo tal diseño arquitectónico, ni por qué Manolo lo aceptó, tal vez por falta de dinero para pagar otro mejor.

La casa era inmensamente grande pero hacia arriba, muy alta y estrecha, La Choricera solo le pregunto a María qué iba a hacer con ese cajón de aire tan grande que quedaba entre el piso y los cuartos superiores, pero no tuvo respuestas, La Choricera dio varias vueltas en redondo y dijo disgustada.

—Suerte de no ser perro, porque aquí no hay espacio para menear el rabo.

María lo sabía, la casa era realmente estrecha y cuadrada, como un rascacielos; pero contra la tozudez de su esposo nada se podía hacer, él pensaba que estaba realizando una obra maestra, hizo que el gasto fuera inmenso, tan inmenso que pronto comenzaron las penurias de su familia, la primera fue el hambre luego vendrían otras.

La Choricera se fue disgustada, sin ser adivina sabía que a su hija le esperaban momentos duros, se había unido a un loco de remate, y le parecía además sinvergüenza, tal vez porque fue de esas pocas personas que ella no pudo tener en un puño.

Se despidió y miró a su hija con el amor escondido que no le enseñaba a nadie, la abrazó con uno de esos pocos abrazos que había gastado en su vida, y ella no lo notó, luego le dijo.

—Voy a vivir para La Habana con Dulce, ella tiene un Novio que trabaja en la marina, es militar, quieren casarse, las cosa van a ir mejor allá, Rosita se va también con el marido después de mí, tal como veo todo no sé cuándo nos volvamos a ver, te avisaré cuando tenga dirección fija.

María solo pensó que Dulce su hermana menor no era la mejor elección para vivir, siempre fue egoísta y mimada, se sentía superior y ella estaba segura que odiaba a su padre, ya para entonces inútil pos-

trado, oliendo nada más a sus injertos de plantas.

—Mamá, si no le va bien regrese.

—Seguro que me irá mejor que a ti pero si extraño mucho, viro, no te preocupes, la cabra siempre tira al monte.

—Papá, ¿qué dice?

—Qué va a decir, él tiene que ir para donde yo diga.

—Déjelo conmigo.

—Hija a ti te esperan días de hambre por si no lo sabes, cómo vas a cargar con una persona enferma.

—No exagere.

—Si no me crees, cuando venga la adivina de tu suegra pregúntale, eso es si ella no te lo dice en cuanto llegue, eso se ve venir, sin ser bruja.

María frunció el ceño, ¿tan ciega estaba ella que no se daba cuenta? Entonces vinieron los abrazos de su madre y su mirada, la escondida, con la que se despedía tan pocas veces en la vida, las que no quería gastar, y supo de pronto no su miseria sino que jamás habían valorado a su madre como debían, al menos ella alguna vez hizo injustas valoraciones.

La vio irse con su cesta en la cabeza despidiendo el olor inconfundible de sus chorizos y pensó que si en La Habana no podía matar puercos y rellenar mondongos ella volvería porque no había nada en

la vida que le gustara más que andar por las calles despidiendo el olor que ella misma había fabricado.

III

Entre rosas manzanilladas

La nueva casa no tenía nada de atractivo, realmente tampoco se había terminado, como todo lo de Manolo, murmuraban a escondidas, ¿qué hace fabricando una casa tan alta si no tiene ni para comer? Las desgracias empezaron cercándolos primero la comida se volvió escasa y mala, los muchachos más remendados y María más triste.

María quedó prácticamente sola, su madre en La Habana, Rosita también, y Chéncho perdida del mundo terrenal y espiritual, se había dedicado al cuidado de su apariencia cuando ya todos se acostumbraron a verla como lo que era, una mujer cansada de hacer vivir y hacer creer a los demás que la vida era más llevadera de lo que pensaban.

Sola, María, sin parientes a su alrededor, no tenía espacio en el día para disfrutar aunque fuera un poco de su tristeza, el jardín daba a la calle, casi era la misma calle polvorienta lo que había plantado, su portal no tenía techo, apenas corría en su dirección la brisa nocturna, trasladó las plantas en macetas para el pequeño patio de altos muros que en buena medida la ayudaban a represar el olor de las rosas in-

jertadas de su padre, su aroma subía en las noches y se colaba por la estrecha y ridícula ventana, entonces ella bajaba y se quedaba parte de la madrugada recordando desde la primera vez que sintió el olor a rosas manzanilladas hasta el último momento en que rompían su hechizo, con un llamado, una urgencia, o simplemente, algún gallo que anunciaba la hora de colar café y trocar los olores por otro que también era de su agrado.

Las rosas, jazmines y clavos de olor que inundaron el barrio, le ayudaron a cambiar la apariencia de pobre a las calles quinta norte y quinta oeste, invadidas de tales olores. Desde lejos los visitantes pensaban que era un barrio de ricos, sin embargo la pobreza tenía cara de lo que era, aun disimulada con mucha limpieza, parches bien zurcidos y olores inventados.

Se fue acostumbrando María, a las personas de su entorno, algunos raros y extravagantes como Don Ruiz, que repartía todas las mañanas a los gatos del vecindario piltrafa, pellejos, algunas carnes de segunda, molida. Lo esperaban en las puertas de las casas y él le pasaba la mano por la cabeza a cada uno y ellos le devolvían la caricia lamiéndose una de sus manos y pasándosela por la cara a modo de baño matinal. Don Ruiz era viejo, muy viejo, tanto que no aparentaba edad ninguna y vivió más que la sociedad protectora de animales que fundó.

Rosa la Mora, un ser extraño pero afable y bondadoso, al contrario de La Choricera enseñaba sus recetas sirias, en buena parte porque sabía que le gustaban a pocos y que negocio no iban a hacer con ellas. Tenía un mortero inmenso de granito blanco fijo en la cocina, en él mezclaba las carnes molidas con trigo remojado, iba agregando especias aromáticas, y polvos condimentados de su país, pero realmente todos dudaban que eso fuera cierto, lo real fue que incorporó a sus recetas pétalos de rosas manzanilladas, y de otros injertos del jardín de María que mejoraron el paladar cuando la carne de carnero estaba bien desbaratada con el trigo y los demás ingredientes, entonces hacía pequeñas bolas a las que le hundía el dedo como si tentara una gallina y las echaba a freír en aceite de oliva.

María aprendió sus recetas y buenas voluntades, su conversación gangosa y su usura, siempre tenía un dinero a mano cuando nadie lo imaginaba. María aprendió además que su tristeza era mayor que la suya propia, y que el refrán de que siempre hay alguien peor que uno, funciona. Ambas se consolaban y se hicieron muy buenas amigas hasta el punto de guardarse grandes secretos.

La vida le fue dura en el barrio al pie del tanque del acueducto, inmenso y grande tanto que se veía desde los elevados a la entrada del pueblo cuando se viene de Santa Clara, era un lugar sin pérdida, pero

María parecía estar extraviada donde nadie la hallaba, apenas era visitada por sus familiares. A Manolo no le gustaban las conversaciones con amigas que le hacían ver fantasmas donde no los había, y hacer barbaridades como querer abrirle las orejas a Lila, para ponerle pendientes, cuando eso solo lo hacían los indígenas.

Manolo comenzó también a sentirse solo, trabajaba en una fundición haciendo moldes, se especializó en eso, siempre fue curioso y aunque no ganaba mucho se sentía atraído por un trabajo que a pesar de ser duro le gustaba, era una forma de creación. El dinero que ganaba le alcanzaba para comer y pagar algunos gastos de la casa escasamente, sus hijos comenzaron a usar ropa quedada de otros, María los mantenía limpios y calzados todo el tiempo, siempre decía que la miseria se disimulaba, no había porque aparentarla. Recordaba con tristeza la casa de la Retenía, aquel lugar maravilloso, seguramente a esas alturas invadidas de conejos. No dejaba de pensar que fue una locura abandonar aquel lugar, total ahora vivían en el pueblo, tenía luz eléctrica pero menos que ver, allá se había acostumbrado a su portal alto, sus olores esparcidos y a la mitad de la luna cuando era llena, ahora sus olores represados en muros, sus plantas presas en macetas, se ahogaba en una habitación con una ventana ridícula y que por desgracia era de hojas, que había que cerrar por temor a que un niño cayera

por ella, vivía en un palomar pintado de verde azul, color que nunca se le pudo quitar, aun cuando ya no le pertenecía y otros dueños lo intentaron, aquel color se perpetuó en aquellas paredes y se hizo parte de la referencia del lugar, todos señalaban la casa verde azul, la más alta la de las ventanas estrechas.

La fundición quebró, su dueño hizo mal negocio y cayó en bancarrota, como siempre le pasaba a los pequeños propietarios, no había quien los amparara, cada cual cómo podía se iba defendiendo, Manolo llegó totalmente derrumbado, pensaba en desenterrar las cantinas pero algo le decía que no, preguntó a María si ella tenía algún dinero guardado a lo que respondió con insolencia según él.

—Jamás yo veo dinero, tú lo manejas, porque según tú yo lo gasto en boberías, de dónde voy a tener dinero, a no ser que me venda...

Y se sintió un estruendo, al quebrarse una pata de la butaca, luego otra silla, y fue barriendo con la mano, cuanto se encontró a su paso, la culpó. humilló, insultó y le dijo la misma frase de siempre:

—!Tú nunca sabes nada, ni tienes nada;

Y se fue dando un portazo por no reconocer que ella tenía razón, porque no hay nada tan cruel como saber de quién es la verdadera culpa. Ni nada tan sórdido que te culpen, por algo que no tienes el más mínimo sentido de veracidad.

Así sucedía constantemente, ella era víctima de acusaciones sin fundamento, y fue perdiendo la ilusión, la docilidad, volviéndose cínica y diciendo palabras hirientes

Su amiga Rosa La Mora ese día en que mucho lloraba, le advirtió:

—Tú necesitas más que venganza, recuperar tu voz, sobre todo tu deseo de ser joven y vivir, no sea que después te pase como a Chenchu que se ha convertido en una vieja ridícula, lo que ahora no hagas te pesará.

—Lo que necesito es valor, el que no tengo, lo perdí con este loco de mierda.

Y se sentó en el patio a oler sus injertos, a calmarse y pensar en el día que experimentó esa sensación de venir de un lugar muy lejos a través de los olores, se vio deslizándose por la nieve, trepando a los arbustos de manzanas, sacando gatos del río, y arreando cabras con un pequeño bastón, ¿quién era realmente ella? o mejor, ¿quién fue? Rosa La otra la miraba desde adentro, en el confín de sus genes, con ganas de llora ese llanto que no quería salir, ¿para qué? Lo que estaba viendo no le gustaba, pero el curso de la vida continuaba y un día cuando saliera iba a contar la historia de María, porque era inevitable, no podía quedarse adentro, en ella también germinaba el olor,

el sustrato estaba hecho a base de locuras, poesías y otras rarezas que aún no podía definir, como el odio y el temor a la nostalgia ¿Qué cosas eran esas?

IV

Reconciliaciones

Ya estaba acostumbrado Manolo a las reconciliaciones, primero sentía tal vergüenza que pasaba días sin hablar, iba arreglando poco a poco los muebles él mismo aunque fuera con maderas diferentes, a veces más blancas, otras con vetas más oscuras, el caso es que todos sabían que eran remiendos, después se acercaba con algún halago, o frases dichas indirectamente y ella que lo conocía, estaba a la expectativa para decir oportunamente lo que necesitaba, pero no le daba oportunidad, era demasiado inteligente para dejar que ella hablara, la endulzaba con un libro, chocolate, una planta, o simplemente con la forma de mirarla, pellizcarle una nalga e invitarle a hacer el amor. Ella se dejaba seducir, era en esos pocos momentos en los que se sentía verdaderamente necesaria, no era madre, ni hija, tampoco esposa sino mujer, a diferencia de los que la creían una masoquista, esa era su venganza, él la necesitaba, deseaba y parecía quererla, porque le hacía el amor tiernamente, pidiéndole perdón en cada embate, y besándola

sin agradecerle el orgasmo, sino el haberlo perdonado.

Esta vez hablaron en su cama incomoda sin colchoneta, y se sintieron peores porque sabían que ahora si no tendrían ni cómo ahorrar para al menos comprarle una cama a los niños, hablaron de rellenar sacos con pajas, pero al final llegaron a la conclusión que era mejor seguir poniendo lo que se encontraran en los bastidores de alambres vencidos, heredados de alguien que ya tenía otros mejores. Hablaron de mantenerse unidos, de buscar trabajo y de mandar sus hijos a la escuela, los dos mayores, aunque ya María le había enseñado buena parte de letras dejándole a él la parte de números, la aspiración de Manolo eran la escuela privada de las hermanas Águila, pero tendría que esperar por otros hijos para cumplir su deseo.

Lila creció más rápido que César, con sus tres dientes, delgada y a pesar de su carita pequeña como la de las princesitas de Walt Disney, su nariz sobresalía un poco más de lo que debía ya en su corta edad se visualizaba que iba a ser algo narizona, tímida, triste y llorona. Igual que su tía Juana, pintaba, pero ella lo hacía en la tierra, en los muros del patio, en alguna hoja blanca que por caridad caía en sus manos, dibujaba las letras que le enseñaban y hasta los números, sin saber lo que era restar o sumar, mucho menos dividir o multiplicar que le parecía abstracto porque jamás vio que en su casa las cosas aumentaran,

a no ser la miseria. Lila lloraba cada mueble roto, cada escapada de su madre en las noches a llorar entre los muros del patio, Lila lo supo siempre todo sin que nadie le dijera, porque heredó la inteligencia de su padre y el dolor de su progenitora, solo faltaba saber de quién había sacado su silencio, seguro que de Juanillo o José que hablaban uno por necesidad y otro porque había perdido la dirección de su vida y no le hacía falta hablar, mucho menos vivir, solo se entendía con las flores. Manolo tenía ahora tiempo para dedicarles a sus hijos, sin trabajo permanecía en la casa leyendo, dando vueltas y planificando cómo terminar aquella vivienda sin fin, que llevaba el dinero que él no tenía ni que volvería a tener.

Coco el más pequeño jugaba una tarde con una de aquellas piedras que tenían incrustados fósiles, recogidas por María en la época del noviazgo y que ahora no significaban nada para ella, hasta se olvidó, por qué una vez se guardaron. Coco lanzaba la piedra de un lugar a otro y se iba desbaratando, menos la figura incrustada, Manolo lo encontró en un principio extraño tuvo la sensación de que eso marcaba un presagio para su vida solo tenía que pensar.

Ya en aquellos tiempos había adquirido la manía de pedir café por chingo, así que pidió su Chingo de café y le dio muchas vueltas en la

mano a la piedra, acariciándola con la punta del pulgar, María le sugirió que pensara en el patio al olor de las flores; pero s que el olor le entraba tan fuerte que le daba dolor de cabeza, mejor era pensar caminando que según él era la mejor forma de encontrar las soluciones. Era un caminador rápido, de grandes zancadas y levantaba una gran nube de polvo a su paso, como una locomotora, hacía un camino de ida y regreso, pero esta vez se fue caminando y se perdió, en el polvo, en el humo de su cigarro y en el que le salía de la cabeza. Llegó ese día muy tarde a la casa, María ya estaba preocupada porque no era costumbre sin avisar, venía con otras piedras en la mano, marcadas de fósiles unos extraños y poco definidos otros bien marcados perpetuados por el tiempo como una fotografía en la piedra, algo realmente de admirar.

Cogió un papel de cartucho y lo extendió, llamó a María para que le ayudara a planear o a organizar mejor sus pensamientos, tomó una de las piedras y presionándola con el pulgar la convirtió en polvo, que se esparció por el papel, luego le explicó:

—Si este polvo pudo aprisionar una imagen por un tiempo indeterminado, que no importa ahora cuál es, simplemente tiempo, y no se ha desbarato a pesar de las inclemencias de la intemperie, ¿no crees que esto pueda servir como arena para moldear en los hornos y fundir?

María se quedó pensativa, ¿qué sabía ella de fundición? Pero la lógica indicaba que según aquella teoría fundamentada por el tiempo, podría ser cierto que sirviera para fundir, todo estaba en probar, para corroborar la tesis.

—Puede ser —dijo para alentarlo —puede ser, pero hay que probar.

En caso que dé resultado ¿qué ganas?

—¡Hombre! ¡Una fundición!

—Con qué dinero, señor mío, vamos a poner una fundición y dónde.

—Ya eso habrá que pensarlo, lo que ya tengo decidido es como se llamará.

—Como qué

—Se llamarán, Polvos de fundición, “Amaya.”

—Si tu padre se entera no le va a gustar que cojas su sobre nombre. para esas cosas.

—Pues que le guste porque si me vuelvo famoso me voy a cambiar el nombre. Seré Carlos M. Rodríguez Amaya Hernández. ¿Qué te parece?

Y María se rió porque le pareció graciosa la forma en que lo dijo con aires de gran señor saboreando una victoria que aún no le pertenecía, siempre supo que famoso no iba a ser.

No adivinó María que con el tiempo se cambiaría el nombre y que iba a morir siendo conocido como Amaya, quizás medianamente famoso, ilustre, ocurrente, y como siempre conflictivo y fantasioso.

V

La fundición

La fundición se convirtió en una obsesión para Manolo, apenas podía hablar de otra cosa que no fuera la manera de volverse medianamente ricos con los Polvos Amaya. Su padre no pretendía invertir ni prestar dinero para algo que de antemano creía un fracaso, pensaba que era un mero capricho porque en realidad no sabía cuál era la verdadera situación de su hijo, estaba seguro que recibía ayuda de las colonias de sus hermanos pero jamás verificó esto, y acusaba a Manolo de gastar el dinero en lo que menos le convenía, sin saber que su hijo estaba en una miseria arrolladora como decía María.

Los más expertos en las fundiciones no se atrevían a arriesgar ni siquiera en una prueba, entonces Manolo hizo lo que nadie esperaba, cargó la arena del río y la depositó en el frente de su casa, muchos pensaron que era para terminar el palomar verde azul que había comen-
zado años atrás, y quedaron sorprendidos cuando lo vieron todos los días haciendo moldes diferentes con la arena como esculturas y las tenía muchos días expuestas al aire, al sol y en último caso a la llovizna, que era lo

único capaz de destruirlos. No podía fundir porque no tenía horno, ni metales que derretir pero los moldes se mantenían intactos a pesar de todo.

Los fundidores comenzaron a pensar si sería bueno cambiar de arena, quizás aquella contenía más sílice y era mejor. En pequeñas cantidades fueron probando y el resultado era increíble, Manolo tuvo que alquilar un camión de volteo, y palear él solo toda la arena, pero no le importaba, mayormente no por lo que iba a ganar sino por el descubrimiento, el hallazgo valía para él más que todo, los polvos llevarían su nombre y se haría famoso en poco tiempo.

Y poco tiempo fue lo que duró su fama, otros emprendedores descubrieron de donde sacaba la arena y que no era de él ni de nadie, así que saquearon el lugar, se llevaron toda la arena que quisieron, hasta un día que los vecinos y los bañistas ocasionales protestaron, porque habían dejado el río, con la arena del lecho, con los helechos partidos, y lo peor de todo, los fósiles, que guardaban el recuerdo de antaño, desaparecieron en las grandes turbas de arenas.

Luego se supo que no eran cuños las marcas que se quedaban en las piezas fundidas, sino dibujos de los fósiles impregnados en las piedras, que nada pudo contra ellos, ni la avaricia ni el desespero de un

hombre que no tenía futuro.

Pronto la arena del frente de la casa se fue perdiendo con el viento, cuando los vecinos protestaron porque sus casas parecían pintadas de blanco, Manolo tuvo otra idea, convertirla en pintura, y la batió en una vieja lata, echándole harina de trigo para que espesara. Tomó la mezcla un color espeso de blanco parecido a un beige quemado, y la guardó porque, en la pared de su casa no pegaba pero en la madera sí.

Decepcionada María, sus hijos siguieron durmiendo en los bastidores sin colchonetas, abrigándose en invierno con lo que podían, y yendo a la escuela más remendados que nunca, lo único que no faltó fue la limpieza.

Fracasado todo intento, se fueron a Caibarién a la casa de Ramón, en el tiempo muerto iban a hacer carbón, y aunque ya no estaba en la zafra, el tiempo muerto para ellos se hacía interminable, como interminable era todo, igual que la construcción de la casa.

María no tenía opción, su amiga La Mora le ofreció ayuda para que se quedara, pero ella quiso esta vez ir, Caibarién era un lugar donde se podía vaciar la tristeza, perder el habla, ver cosas fantásticas, soñar con la luna, sentarte a acariciar las puestas del sol frente al mar sin ahogarse, respirar a plenitud y olvidarse de una ventana ridícula, única para contemplar el universo. La miseria allí era más llevadera, al menos se

hablaba poco de ella, y era un buen lugar para decirle a Manolo que estaba preñada otra vez, buscaría la ocasión, quizás una de esas noches en que el mar se volvía fosforescente, sabía que los hijos no son tristeza, tampoco podía en esta ocasión ser alegría, lo habían evitado, no tenían para tres menos para cuatro, pero tampoco iba a tomar ningún brebaje como quería su amiga, bastante hacía con los lavados vaginales de vinagre que según Rosa la Mora no te dejaban embarazar, capaz, pensaba María, que la criatura salga con algún defecto, este cargo de conciencia la acompañaba sin decírselo a nadie, error grave, porque su madre tiempo después le explico que ella hacía lo mismo y tuvo doce embarazos, se lograron seis y eran perfectos, o mejor perfectos como ella decía.

Caibarién volvió a ser su escenario de soledad, y no salió de él hasta que nació su cuarta hija.

VI

Caibarién III

Más de una vez había tenido que volver María a Caibarién, lugar que no sabía si le gustaba, deja en ella una mezcla de sentimientos disímiles, pero el que más afloraba era la tristeza. La ciudad nunca le supo a alegrías y su playa llena de arrecifes triturados, donde apenas las olas

subían con desgano y silenciosas sin apenas rumor en las noches, como si sintieran vergüenza, le acrecentaba la sensación de ser tan triste como ella.

La última vez salió embarazada de Caibarién y ahora regresaba con el vientre lleno otra vez y la cabeza preñada de preguntas sin respuestas, ya nada le interesaba, no le movía la pasión, ¿qué había hecho de su vida? ¿En qué se había convertido? Cuando aún era soltera pensaba en la libertad, ser libre para expresarse, amar, vivir y gritar lo que se le antojara, y de pronto no sabía si ya era vieja, estaba cansada de sobrevivir, de ver como sus piernas cada día eran más delgadas con los embarazos, sus manos más manchadas y embrutecidas, su cabello rizado elevado encima de la nuca, definitivamente ella no era ella, nada quedaba de la agitadora, perdió la fe en lo que había predicado, y ahora tendría que llevar a casa otro hijo que nuevamente alimentaría con sus pechos mal nutridos y flácidos, que ni siquiera podía mirar. Tantos cambios y sufrimientos aceptados calladamente, sin suspirar siquiera en tono alto, solo se repetía a si misma ¡hasta cuando!

No se creía tan bruta, se expresaba bien, escribía con buena ortografía podía establecer cualquiera conversación sin avergonzar a nadie, ja-más dijo palabra mal dicha, hasta que un día sin saber por qué, adquirió la manía de decir como muletilla: ¡cojones!

En Caibarién estaba sola la mayor parte del tiempo, Manolo se iba a los cayos a hacer hornos de carbón, era esto una paradoja; de hornos de fundición pasó, a hornear hasta marabú, pero a él no le golpeaba la tristeza, sino el pesar de no hacer lo que realmente le gustaba, perdido el sueño de la fundición estaba decidido a poner un taller de mecánica, vendería la casa, y esos sueños lo impulsaban con sus hornos, cuando se sentía minimizado, o mejor un carbonero, pensaba en que estudiaría ingeniería en cursos dirigidos por radio, y se veía importante, con traje y corbata, sus sueños no lo dejaban ponerse triste, al contrario volvía de los cayos rebosado de felicidad, por eso el anuncio de su cuarto hijo no le preocupó, porque él iba a ser ingeniero.

En una de esas noches en que María paseaba con sus hijos por el viejo y desvencijado puente, recordó el milagro ocurrido años atrás cuando ella era muy triste tanto como ahora, (¿acaso más?, no importa, triste que es como decir triste, no hay otra palabra más completa que esa) vio que el mar se iluminaba, esta vez no había bañistas la noche estaba fría y el aire soplaba hiriente, los niños acurrucados como pollos en su amplia falda, de la que se asían, trastocaban los pasos como si fueran a caer por una de las hendidias del puente pero emergían nuevamente y seguían andando, mientras el aire les golpea-

ba. Señaló el agua, las olas que se insinuaban pequeñas pero ágiles, se volvían verde brillante, si se miraba hacia el infinito el mar era un plato dorado, los niños sintieron esa necesidad de tocar el agua para quedar embarrados de aquello luminoso, como si se les fuera a quedar pegado a la piel. Se acostaron sobre el puente pero sus manos no llegaban al agua, entonces Lila, que se había convertido ya, en la mayor de todos, se le ocurrió sostener a Coco por los pies que era el que menos pesaba con ayuda de César, e introducir sus brazos en el agua, con el fin de atrapar algunas de aquellas diminutas estrellas, mas su madre la advirtió : Cazar estrellas no es entretenimiento de niños, eso lleva un tiempo muy largo, los mayores aún no han podido, al menos no conozco a ninguno, embárrense las manos de esa luz y vamos a casa, alumbren el puente a ver si no nos caemos. Coco salpicó agua luminosa a todos, y ellos iban caminando con la alegría de alumbrar el camino, María se sintió muy feliz después de tantos días de abandono, su tropa marchaba ajena a las penurias, agitando las manos sin darse cuenta que ni ellos mismos podían verse.

Manolo fue el único que nunca pudo ver el suceso, sus hijos se lo contaron como algo maravilloso, lo mejor que habían visto después de los conejos de La Retenía. Él se propuso descubrir que sucedía en aquellas aguas, pero primero debía ser ingeniero, luego se dedicaría a

la química que de eso ya sabía algo de cuando trabajaba en el central, él pensaba que las aguas tenían un alto contenido de azufre, la cuestión estaba en buscar con qué fenómeno natural reaccionaban para que se volvieran fosforescentes, que era la palabra que ellos no conocían. Nada de eso le preocupaba no quería romper el encanto mágico que provocaba en su familia aquel extraño suceso que era la forma de nombrarlo, de cualquier manera producía alegría tanto en los niños como en su esposa, y él también se alegraba de verlos felices.

VII

Rosa La mora

Regresaron a Placetas un día en que ya casi todos los habían olvidado, hasta ellos desconocían su casa a un a medio terminar, y que refulgía con aquel color verde azul que jamás nadie pudo quitarle, era como una maldición pegada a las paredes, que ni el viento ni la lluvia podían desteñir. María no se cansaba de decir que de igual pegajosa eran sus penas, tenía la esperanza de que el día en que se volvieran medianamente ricos o por lo menos mejoraran, el color iría suavizándose y dejando de ser tan intenso, realmente aquella casa alta y estrecha en aquel barrio polvoriento y pobre parecía un letrero lumínico, solo el olor que salía de sus adentros la hacían soportable.

María se extrañó que su amiga Rosa no viniera a saludarla en todo el día, ya había acomodado sus bultos y organizado la tristeza de su hogar, abrió las ridículas ventanas para que entrara la luz y sacó la soledad que se había adueñado de las habitaciones, desplazando esta vez la miseria.

Se preguntó varias veces qué le pasaba a su amiga, ni siquiera había venido a conocer a su hija recién nacida. Se paró en el portal sin techo y trató de adivinar qué sucedía tras la puerta de Rosa la Mora, cerrada extrañamente como nunca, se volvió sin saber nada y sin preguntar, no quería importunar a nadie y mucho menos dar riendas a la lengua de otros, pero estaba adivinando que algo había sucedido y pensó en sus niños, sintió un escalofrío muy grande y sacudió el cuerpo quitándose de encima los malos pensamientos; luego se conformó, no era posible que algo malo sucediera y no se lo hubieran mandado a decir, pero estaba segura que aquella casa se estaba pareciendo a la suya, lo supo desde que estuvo parada en el portal, le vino de golpe un olor a flor de muerto y eso según Chenchó, presagiaba desgracia y recordando los aromas de sus flores represadas se fue a su patio amurallado donde sus plantas en macetas estaban resacas, tostadas por el sol y cocidas como el mismo carbón. Con paciencia comenzó a removerlas y a sacudir sus olores que venían desde la misma raíz. Cuando terminó ya

todo el barrio supo que habían llegado, entonces sintió los primeros toques en la puerta, eran débiles, pero le fueron conocidos; su miga estaba tocando, y aun de espalda la percibió llena de tristezas. ¿Acaso estaba adquiriendo los dones de Chenchó?

La Mora parecía gastada, su piel aceitunada estaba más oscura y encogida como si se hubiera consumido en un aceite, extracto y amargo; el rictus de su boca decía que aquella mujer estaba atravesando por momentos muy difíciles, secretos que se volverían confesables sufrimientos, retenidos por orgullo que necesitaban salir y expandirse a pulmón partido sin nada de suavizarlo, un odio contenido buscando perdón, un perdón que solo podía encontrar en su propia venganza, sin dejarle a Dios otra cosa que perdonarla.

Habló al fin con las palabras entre los dientes y las lágrimas resblando por las mejillas endurecidas surcada de tanto llanto, bajaban por una pendiente muy vieja e inclinada que se vacía en el infinito.

—Se fue, después de tantos años se fue con la puta del barrio, con la que más maridos ha tenido, pero diez años más joven.

—¿Con quién?

—Con Eva...o Eve...

—¿Con esa impertinente?

—Y puta además, que no tiene ni nombre

—¿Desde cuándo se fue?

—Desde que te fuiste, pero las cosas venían desde hacía ya, lo que yo porque el Diablo no me oyera, nunca se lo dije a nadie, aunque yo creo que todos lo sabían.

—Yo no.

—Yo sé que tú no, tú nunca sabes nada, como bien dice tu marido, eres demasiado buena para creer que alguien esté haciendo mal, ojalá yo fuera igual para poder perdonar, pero mis instintos son tan violentos, quiero matar, hasta que yo no me la desquite no podré estar en paz. Yo no sé si tú podrás entenderlo algún día.

—Si todo eso es cierto, creo que uno se vuelve una mala persona.

—Mala persona es esa puta.

Comenzó a llorar quedamente con un sufrimiento contenido. María no supo consolarla, jamás la había oído decir una palabra fuera de tono, pero la perdonó, no sabía cómo se experimentaba un dolor de ese tipo, ella sentía otros dolores, y le pareció que el ser abandonada o víctima de una traición no haría mucha mella en ella.

Realmente María estaba lejos de la verdad, en el mismo momento que experimentó el primer síntoma de traición se sintió tan infeliz, desarmada, e inútil, que comprendió que la venganza no siempre es

un sentimiento mezquino, por el contrario es la única fuerza que te mantiene viva hasta consumir y consumir el odio, es entonces cuando das rienda suelta a tu espíritu. Lástima que en la mayoría de los casos cuando la venganza se la dejas a Dios casi siempre llega cuando has perdonado, es una estrategia del Señor, para no hacerte pecador: No tomes la venganza por tu mano “mía es la venganza” y aunque María trató de consumirla, tuvo que esperar muchos años, muchos para sentirse aliviada.

¿Quién era su amiga?

Rosa La mora le había transmitido siempre un sentimiento de seguridad, era una mujer instruida, conocía de libros y poetas, le gustaba la buena música y escribía alguna que otra rima suelta, amaba a los poetas españoles del Siglo de Oro, sobre todo a Bécquer, admiraba a Cervantes y excomulgó a Byron por tantas malas habladurías , nunca mencionaba de los poetas de su tierra, María llegó a pensar que en Siria no había escritores sobresalientes, ella humildemente le había dicho que sí pero nada más. En realidad se avergonzaba de que la creyeran tan Siria, de allá no tenía recuerdos ningunos, solo los oídos por sus padres, que la trajeron muy pequeña y la educaron a su modo, pero era una muchacha inteligente y estudió todo lo que pudo hasta venir a enamorarse de un pobre diablo que la sumiera en la miseria y

el dolor de haber dejado todo, por alguien que lo merecía. Sus padres le volvieron el rostro, y ella prefirió decir que venía de Siria a contar que fue echada de su familia.

Rosa La Mora era un ser apagado por fuera, mas por dentro, llevaba la inspiración de las grandes heroínas románticas, pasiones contenidas a caudales incomprensibles, como las quemadas en la hoguera no entendió nunca porque un poema valía menos que un beso, odió al hombre que le dijo un día: ¡Es mejor un beso que un poema! Desde ese instante se sintió tan ridícula, que prefirió ser La Mora torpe, mujer de hogar, madre protectora, y esposa engañada; escondió su sabiduría para no sentirse diferente, y se reveló contra el buen gusto, y las comodidades, se refugió en la limpieza y la cocina y guardó todos sus libros en cajas. De ese modo imbecil de disfrutar la vida, a su marido, solo le quedaba admirar sus cejas grandes y arqueadas, sus pantorrillas y su amplio culo, y con todo eso no le bastaba.

Ahora al sentirse abandonada su autoflagelación era merecida, ella abandonó todos sus proyectos por unirse a un hombre que la trajo a un barrio pobre a conocer la miseria, la llenó de hijos y la hizo olvidar que una vez pudo ser poeta, se mordió la conciencia y se sintió avergonzada de su ridículo amor, y maldijo el día que le envió flores a un hombre que nunca, pudo contemplar la luna.

El silencio del abandono, le dio rienda suelta a su imaginación

contenida, a la pasión encerrada por años, y comenzó desde su tristeza a contar historia, hacer poesías. Le llevaba a María sus escritos y sus rimas casi todos sonetos y la fue instruyendo, en el buen gusto por los poemas, en poco tiempo Rosa la Mora rehízo su vida sentimental, sacó sus libros abandonados de las cajas, y en las tardes se sentaba a oler las rosas en el patio de María a leer y tomaban café juntas, ella le enseñó a María el buen manejo de las tazas, el dedo estirado como signo de refinamiento, y comenzaron a reírse mucho. La Mora siempre la decía que era una guajira que aprendía rápido, pero además que no tenía alma de pobre, y en eso se equivocaba porque María jamás tuvo grandes aspiraciones como no fuera una vida mejor para todos, por lo que luchó, además no era guajira.

—La otra tú, debió ser campesina rica.

—¿Qué otra yo?

—La que reencarnaste.

—No creo en eso pero si fue así, debió ser otro tipo de persona.

—¿Por qué un día no nos echamos las cartas?

—Eso no me gusta. Mamá siempre dice que son falsedades, que inventan cosas aunque...otras son verdad —se quedó pensativa recordando aquello que desde siempre le contara su madre sobre la gitana , no, es mejor que no.

—¿Miedo?

—Piensa lo que quieras, esa gente también dice cosas malas que van a suceder y yo no quiero saber nada, con mi suegra me basta.

—Tu suegra es una bruja —y comenzó a reírse muy alto.

A María no le gustó aquello, Chencho siempre fue amable con ella.

—No me gusta que digas eso, ella no se ha metido contigo.

—¿No?, por quien tú crees que yo supe que mi marido andaba con esa.

—Tú misma me dijiste que lo sabías desde hacía tiempo, pero no querías aceptarlo, te estabas engañando, traicionándote tú misma.

Rosa La mora agitó la cabeza y levantó las manos a la altura del pecho —No quiero discutir, tienes razón, pero no olvido el día que estuvo aquí, yo vi la casa abierta y pensé que habías llegado de Caibarién, ella estaba mirando todo, creo que era la primera vez que la veía en tu casa, no me dijo ni siquiera que entrara, pero no dejó de mirarme, luego bajó la vista y me dijo —Va a llover mucho, las hormigas andan locas, así como tu cabeza, busca sosiego hija y déjalo que se valla, vas a ser más feliz. —Yo no pude decirle nada, me sentí primero toda desnuda, vacía, jamás imaginarme que otros lo supieran, yo creía que era mi secreto, mi sufrimiento, y ella sin conocerme lo dijo.

—Ella sabe muchas cosas, yo no sé cómo es que puede acertar, yo

diría siempre, porque jamás ha dicho algo que no se cumpla, alégrate dijo que vas a ser feliz.

—Si pero no llovió. ¿Nos tiramos las cartas?

—Ni loca. No importa que no llueva ya lloverá, es una forma de hablar a lo mejor quiso decir que ibas a llorar mucho y en eso no se equivocó.

Rosa La Mora sacudió la cabeza como espantando los recuerdos, ¿qué tiempo hacía? Hasta eso se le estaba olvidando, no debió llamar bruja a Chenchó, al fin ella había acabado con su agonía, definió su vida, ahora más ocupada, y cerca de su familia que le ofrecía apoyo para educar y alimentar a sus tres hijos.

Su madre quería sacarla de aquel barrio pero ella se opuso, la convenció enseñándole varias construcciones nuevas, de gente de la clase media o menos media como los hermanos de Manolo que comenzaron sus viviendas con un estilo muy moderno sobre todo sin ridículas ventanas, además su madre siempre estaba maravillada del olor de aquel barrio, ¿Dónde había en todo Placetas un barrio pobre, con aquel olor a gente rica?

—Lástima de que esté tan detrás este lugar pero nunca he sentido un aroma tan diferente, el aire es dulce, la brisa corre distinta, apenas te roza y te embarraras de algo pegajoso; pero no te incomoda, no

es más que olor, de eso si te das cuenta, te embarras de olor, porque cuando sales de estas cuatro esquinas la gente lo nota, llevas un aura suave de olores enervantes, excitantes... —hizo una pausa y se calló, pero para sus adentros se dijo —Morbosos.

La Mora comenzó a dar algunas clases particulares de tejido, bordado y cocina, pero era muy poco lo que se pagaba decidió dedicarse a pasar un curso de mecanografía para poder trabajar como secretaria, su ortografía era buena igual que su redacción, necesitaba probarse a sí misma y saber que era mejor ella con más de treinta años, que la puta que escogió su marido. Trataría de ser alguien que respetaran y confiaran, subiría por sus propias actitudes.

En poco tiempo su amistad con María se fue distanciando, apenas tenían tiempo para alguna conversación en el portal, o un saludo a distancia, ya no había conversaciones junto a las rosas, ni lágrimas, ni penurias que contarse.

Con el tiempo Rosa la Mora transformó poco a poco su ropa y comenzó a subir los vestidos hasta las rodillas, se los ajustó a la cintura y se cortó el cabello. Su labios pintados y sus rizos sobre el hombro la hicieron ser una mujer hermosa escondida tras la miseria y la ignorancia y María se preguntó si ella algún día no sería capaz de comenzar esa metamorfosis, era algo que creía necesario, para sentirse un poco

mujer; pero sus cambios eran otros, tenía que sustituir los sacos de yute por colchonetas, los viejos abrigos, los zapatos rotos; llenar la despensa de comida, para luego llenar las panzas de sus hijos y la suya propia , entonces y solo entonces...ponerse a pensar, que le gustaría tener un traje de marinera, y unos zapatos altos, volver a lucir su pelo rizado, ¿lucir? ¿Y las canas?, ya le asomaban escasas pero estaban ahí, fue entonces que se dio cuenta que su amiga no tenía canas, ¿qué habrá hecho? De algo estaba segura, la miseria traía canas, y la tristeza también. ¿Y las canas de La Mora?

Un día Rosa la Mora se fue a otro lugar, se convirtió en lo que había odiado, en la amante de alguien y la vergüenza la hizo salir del barrio. Cuando María, la vio después de algún tiempo, seguía siendo hermosa. María supo qué hacía falta el amor para sentirse bella. La Mora, amaba y sobretodo después que logró sacarse aquel esposo imperfecto, nunca más se sintió un personaje.

VIII

La China

La pobreza de María atenuada; pero latente, le permitía mitigar el hambre de sus hijos, y pensar que era hora de enviarlos aunque fuera a un colegio público. La escuelita privada de las hermanas Águila,

distinguida en su barrio, no les estaba permitido, tendría que llevar

uniformes lujosos y para ellos, imposibles de mandar a hacer. Con mucho esfuerzo Lila, ratificada en su escala de, La mayor, convenció a sus dos hermanos para asistir a la escuela, la más pequeña todavía era de brazos, y requería de muchos cuidados, nacida en Caibarién, traía la pequeña la tristeza que tiene el mar para los pobres, que no pueden hacer otra cosa que mirarlo desde la orilla, con esa ansía desmedida de cabalgarlo en un yate, o de sacar un gran pez para el sustento, La China, se parecía mucho a Manolo y por propiedad transitiva a Chenchó, llevó el primer nombre de su madre y el segundo de alguien más que no supo de quien era. Solo lo utilizó su nombre compuesto para grandes momentos imprescindibles en la vida, como partidas de nacimiento certificados de estudios y del matrimonio, para esas ocasiones era María Encarnación; pero sería para todos, la China.

Los hijos de María nunca fueron mocosos a la escuela ni descalzos, tal vez bien zurcidos y limpios, inteligentes y conocedores, eran aventajados en tanto sus padres les habían adelantado mucho, disciplinados menos Coco que a pesar de su inteligencia y viveza despuntaba como el gran revoltoso que luego fue.

Manolo sustentaba a la familia, a duras penas mientras sus hermanos varones, triunfadores, apenas lo visitaban, además él disimulaba sus escaseces y aparentaba que nada necesitaba. María no menos

orgullosa tan poco se quejaba, se lamentaba que Chencho la había abandonado de tal forma que no pasaba por su casa, enfrascada en la crianza de las hijas de Cañita, descuidaba a la familia y había dejado a un lado sus premoniciones, sus hijos más pequeños eran de la edad de los suyos y apenas se conocían, tíos y sobrinos se veían como algo extraño, la misma María le insinuó a Chencho el dejar que los muchachos se conocieran mejor y comenzaron una relación familiar que diluida en el tiempo ahora crecía con toda la furia, estableciendo las diferencias de quien tenía más, o quien era un poco más generoso y gentil con los desposeídos. Los hijos de María siempre se sintieron diferentes, aunque bien educados, inteligentes y orgullosos de su miseria, con gusto partían un pedazo de coco que tal vez pudiera ser su único desayuno, no le molestaba ser tan pobres, les indignaba más la pobreza ajena, le dolía la hipocresía de los que lo rodeaban y suplicaban primero por estudiar y no por un metro de tela; su madre estaba convencida que un día alguno de ellos subiría una mesa, y daría una arenga en nombre del partido de los pobres porque sus hijos eran como ella, de tan sencillos, queridos por todos, emborrachados del olor a rosas manzanilladas, crecieron conociendo que lo más simple, era siempre lo más sublime, esas pequeñas cosas que hacían grande la

vida y eso también se lo enseñó su madre.

IX

La escuela

A la escuelita de Prieta, la maestra del barrio fueron los tres, Lila delgaducha y pálida, con sus únicos tres dientes ya mudados, sin esperan-

zas de que le saliera el cuarto, Cesar, regordete y de buenas piernas, y

Coco que ya lucía su espléndida cabellera ensortijada, su lunar blanco

en el centro de la frente y unos ojos verdes traslucidos, que eran el disgusto diario de su padre, la inconformidad y finalmente la resignación,

porque en el fondo lo quería como a todos, con lástima de no poder

darles lo que ellos merecían.

Prieta, la maestra, era realmente prieta tanto que asustaba, cor-

pulenta y maciza, difícil de adivinar que en aquella exageración había

detrás una buena persona, en el aula fuerte y enérgica. Tenía un aula

multigrada, enseñaba a todos a la vez realmente nadie sabía en qué

grado estaban.

Aquel no era el sueño de Manolo, que ya por entonces quería lla-

marse Amaya y buscó la forma de comprometer a un amigo, dueño

de una escuela pública. María no estaba muy de acuerdo que sus hijos

fueran donde había gente de verdad que podía pagar las matriculas es-

colares, sus hijos serían los distintos pero contra el ya “Manolo Amaya” no se podía discutir y con la finalidad de que no volviera a tirar más muebles, María aceptó sin mucho agrado que cambiaran su trillo de flores silvestres por una escuela relumbrante y sobre toda impersonal para ellos.

Arrancados del aula de Prieta, dejaron de transitar aquel callejón lleno de flores de maravillas de todos los colores, por el que pasaban a diario, sin embargo Prieta los dejó que en los ratos libres hicieran ensartas con sus flores, ella era negra tizón; pero los quería.

Lila, Cesar, y Coco comenzaron en la escuela “José de la luz y Caballero” el dueño amigo de Manolo estudiaba magisterio y su tesis de grado fue el famoso proyecto de Manolo “Las medidas de la Tierra” aquel exagerado disco de medición que por esta vez sirvió para que este amigo agradecido, incluyera a sus hijos en una escuela privada que gozaba de buen prestigio y competía con la escuela de la de Las Hermanas Águila.

Los hijos de María sabían leer y escribir, así que se dedicaron a la geografía sobre todo, a los números fraccionarios y los decimales, que eran los que no conocían, y se quedaron esperando a que les enseñaran aquellos extraños números que su padre hacía con palitos y bolitas que eran de los indios y que ellos leían tan bien. Un día llegaron con

el proyecto de un reloj de péndulo cuya numeración era así, al principio la maestra pensó en los signos zodiacales, luego supo que era un sistema binario de numeración Maya, cada raya valía cinco, cada círculo una unidad. El dibujo era un templo o pirámide de la cultura mesoamericana, figuraban a la entrada cabezas de animales indeterminados, no llegaban a ser dragones, ni perros, solo seres que alguna vez hemos visto en sueños, y sabemos que son guardianes de algo.

En la puerta del templo estaba el reloj con su numeración extraña, marcando las horas que ni los mayas pudieron determinar a fondo, el péndulo se ocultaba detrás de un volcán. Según explicaron los niños.

Cuando estuviera hecho en madera el reloj, el péndulo imitaría la llama del volcán, a si en su oscilación, se encendería y apagaría en cada movimiento. La maestra dedujo que cuando aquello estuviera realizado, sería tan grande y voluminoso que no podría colgarse en la pared, a lo que respondieron los niños:

—como todo lo que hace papá, es mejor la idea, la realidad siempre es una exageración, no hay nada que haya hecho que no sea chocante.

Así se refirió la mayor, Lila y los demás callaron porque realmente

no había que objetar. Enrollaron su papel con el dibujo como un viejo mapa, y se lo pusieron debajo del brazo, ya le habían enseñado

a la maestra que ellos sabían algunas cosas que otros niños desco-

nocían, por lo menos entraban en un mundo de fabulaciones, sus cuentos no eran los de Hansell y Greteer, ni La Caperucita, ellos tenían personajes tan extraños como Quetzal, Simoniano III, Hatuey, Casiguaya, Mariana y Moctezuma Uinapú y su hermano, y tantos nombres raros que nunca pudieron contar uno de esos cuentos a sus hijos, lo peor de todo era que tampoco aprendieron lo que sabían los demás, siempre trocaron los nombres y la caperucita aparecía comiendo pasteles con Hansell, jamás comprendieron porqué fueron niños diferentes a otros.

En la escuela, Lila seguía siendo aventajada, tenía gran habilidad para las letras, las dibujaba con gran gusto como pintar un cuadro, afilaba la punta que jamás partía, y daba rienda suelta a su imaginación, haciendo letras capitulares, como si fueran diseños. Una de las maestras la inclinó por la pintura y le enseñó a trabajar los colores, prácticamente sus nociones de color eran autodidactas, pero Lila las aprendió para toda la vida y le sirvieron de mucho. En esa escuela estuvieron hasta que a Coco le dio por hacer travesuras, al punto de avergonzar a los padres y hermanos y no le quedó otro remedio que sacarlos de ahí, y llevarlos para la escuela de las hermanas Águila, implacables mujeres, egoísta y falta de una verdadera vocación, aunque,

esta historia alcanzó a la pobre China y hasta Demetrio su sucesor aun no nacido, y que se vieron acechadas por mujeres que en vez de Águilas parecían lechuzas.

María comenzó un proceso de desgaste con otro embarazo, su amiga Rosa La Mora le propuso un aborto pero ella se negó, ya hacía mucho tiempo que la criatura se estaba moviendo en la barriga para venir a tirarlo en un cubo, y arriesgar su vida dejando a cuatro huérfanos, definitivamente era mejor parirlo.

Chencho, después de largos años, alejada de su casa sin motivo, solo por su aislamiento rejuvenecedor, llegó un día a su estrecha y alta casa muy contrariada, lo miró todo, luego repuso:

—Aquí hay una equivocación Uds. no son los que debían estar aquí, aquí debe vivir otro, hay algo raro, tú no vas a parir aquí sino en el primer cuarto de aquella casa —y señaló para un muro que daba al fondo de su casa, detrás había otra de madera grande, con un patio interior, pero sin olor, al parecer sin flores, María creía que aquella casa estaba abandonada.

—¡Si! ahí mismo vas a tener dos hijos más, te vas a enterar de otras desgracias y vas a perder un dedo de la mano. —Vaticinó Chencho.

Luego de dicho esto se sentó y pidió café colado y no carretero, inspiró profundo miró a María que aún no respiraba del susto y si-

guió diciendo:

—No es para que te pongas pálida sabes que no todo lo que digo sucede, pero haces tantos días que los estoy viendo mudarse que tuve que decirlo, sigo pensando en lo disparatado del asunto, pero lo que más me preocupa son las cosas malas que hay en el aire que no van contigo sino conmigo, a mi es a quien van a darle malas noticias en esta casa.

Diciendo esto pidió que le ayudaran a colocar un resguardo que debía ir encima de una puerta que no fuera la de la calle por donde todo el mundo pasara, luego se dieron cuenta que solo estaba la principal y la del traspatio, los cuartos estaban arriba.

—Eso quiere decir —repuso Chenchó —que no es aquí donde hay que ponerlo, esperemos a que se muden, no dejes de avisarme, hay que hacer varias cosas antes de que paras, convence a tu marido para ponerle Demetrio, es un encargo.

Se fue con las manos detrás, cabizbaja, sin dejar que María abriera la boca, sin tomar el café y sin volver la cabeza, en el fondo sabía lo que iba a pasar pero faltaba mucho, le tocó un sufrimiento muy largo y a partir de entonces, se dejaba ver cada vez menos, tratando de detener el tiempo, de convencerse de que aquello no era más que simple brujería, Dios no podía ser tan cruel con ella, Dios sabía que ella solo hacia el

bien, que le costaba mucho luchar contra aquellos malos pensamientos, aquellos sueños, alucinaciones y voces que se colaban en su cabeza desde que era una niña y nadie le creía, su vida se fue dosificando a gotas por ella misma, tratando de buscar la manera de que ciertas cosas no sucedieran, por eso se escondía no tenía necesidad de ver lo que pasaba porque ella ya lo sabía, con paciencia podía modificar el futuro, pero ya estaba vieja y había cosas que no podía hacer, sabía que la muerte siempre era inevitable, antes o después acontecía irremediablemente, como pasó con Cañita y como seguiría pasando, solo le daba la posibilidad de querer de demostrar el amor que sentía, y hasta cierto punto compensaba su sufrimiento.

Otra vez María, se sintió poseída por aquella mujer que le daba tanta seguridad y en la que creía ciegamente, esa misma noche pidió ayuda porque pronto se mudarían para la esquina quinta norte, tendría un patio interior que plantar, esparcir el olor de sus injertos y parir un hijo varón que se llamaría Demetrio igual que su bisabuelo. Una vez más se preguntó cuándo llegaría el momento en que fuera ella quien tomara las decisiones, nunca había tenido las riendas de ninguna casa ni de su familia, siempre venía alguien a decir lo que había que hacer, aunque desde algún tiempo Chencho estaba perdida, pero de igual forma era manejada por Manolo y a veces su madre La Choricera

acotaba decisiones.

Rosa La Choricera había vuelto de La Habana, seguía vendiendo y fabricando sus chorizos, la capital le pareció demasiada grande, invadida de cosas en conservas y chorizos llenos de manteca, los de ella si eran buenos, secos, suaves y aromatizados con hojas de guayaba, además baratos. Mucho más baratos que aquellos importados, como decía ella:

—Vienen de tan lejos que en el camino se les va el olor.

María siguió preguntándose por qué le tocaría una vida tan inestable, pero recordó a su suegra la hechicera que siempre le recordaba que mientras los hijos fueran sanos, no se podía pedir más felicidad. Realmente los suyos eran saludables, jamás habían contraído una enfermedad contagiosa o incurable, pero ella los cuidaba bien los alimentaba lo mejor que podía. Es cierto que en los peores días, solo comían frutas, pero eso aunque no mataba del todo el hambre ella sabía que estaban enriqueciéndose con vitaminas y daba gracias a Dios porque aunque sea había un coco que partir y comer en los peores casos. Ahora se seguía preguntando cuántas veces había sido feliz, o si lo había sido. En qué consistía ese estado de gracia, o si por el contrario enamorarse fue el único momento que ya no recordaba en que le rozó

la felicidad.

—Cuando llegue Manolo le voy a preguntar, cuando hemos sido felices, o si él es feliz, no, mejor ¿qué hay que tener para ser felices? O ¿somos nosotros felices?

Buscó a su alrededor con la vista un sillón, como los que había allá en la Retenía, pero no estaban ¿qué fue de sus sillones?

—¡Cojones! ya no me queda ni eso.

Esperó a Manolo esta vez bien despierta y semidesnuda, por el calor sofocante, hacía rato estaba pensando que el amor era cosa de suerte, o algo realmente mágico, cómo era posible que la gente se enamorara de un tirón a simple vista y para toda la vida, ella lo había experimentado, pero le quedaba por saber si era realmente el amor sinónimo de felicidad, lo cual no le parecía muy cierto, aunque ya a ella nada le parecía bien.

Él nunca llegaba tarde, casi siempre se iban juntos a la cama, pero esa noche llegó silencioso como el que comete falta grande, María pensó que andaba nuevamente en cosas de los comunistas, pero solo fue un pensamiento vago, algo que pasó y no quedó, su actitud de pasar inadvertido le hizo latir el corazón, en señal de peligro, le avisó ese sexto sentido que existe en toda mujer al sentirse traicionada, te lo dice sin miramientos, sin disfrazar las cosas, el que no te engaña, el

que te hace ver los fantasmas que existen, en definitiva el que te tira a la cara que tu hombre anda acostándose con una medio puta, una puta

o requeteputa, al final una cabrona por buena que sea.

El frío le recorrió el cuerpo, como un orgasmo, desde el cerebro hasta los pies, un deseo repentino de vomitar le sobrevino, una mudez impredecible atorada en la garganta la dejaba sin respiración, “por el simple hecho de no tener nada que decir”, se había anulado convertida en nada en menos que un suspiro, ya no sabía si respiraba, y en el vientre comenzó a agitarse la criatura que dentro llevaba. La criatura comenzó a respirar por sí mismo, los pulmones de su madre lo estaban dejando morir, acompasó la respiración, y volvió a su estado acuático sabiendo que en cualquier momento tendría que abandonar aquel lugar si quería sobrevivir.

María, se sintió flotar y solo pensaba que aquello no podía pasarle a ella, en la mente tenía a Rosa la Mora que un día le dijo, qué ojalá a ella no le pasara lo mismo. Se vio abandonada con todos sus hijos y uno más en el vientre, ¿qué debía hacer? Y mientras pensaba lloraba silenciosa mordiéndose los labios, sangrando hacia adentro que solo Demetrio en su lo sintió, lo saboreo y se dispuso a salir en aquella noche fría de noviembre, aun sin estar en el término fijado, pero había que salir de allí lo antes posible, o su madre lo iba a matar con ese

sabor a sangre que se mezclaba con su líquido amniótico, y que sabía a tierra. Débilmente comenzó a patear y retorcerse, apenas sin fuerzas, se estaba ahogando, y su madre lloraba sin saber que él no tenía mucho tiempo ya.

En su agonía sintió una patada distinta a todas, más débil que las acostumbradas, pero dolorosas como un reclamo, luego comenzó a orinarse y se sustrajo de pensar que estaba de parto pero la incontinencia no se parecía a una micción común, trato de detener la micción pero el líquido continuaba saliendo, traspasando los sacos y colchonetes viejas, filtrándose por dentro del bastidor herrumbroso —¡cojones!, estoy malpariendo, Chenko se equivocó.

Tuvo que tirar fuerte de su marido para que se levantara y la ayudara a tener aquella criatura, desconocía la razón por la que lo estaba pateando ese chiquillo.

—¿Cómo es que vas a parir, no faltaba todavía, o es que las cosas aquí son como le da la gana a la gente?

—Realmente no tengo ganas de parir pero estoy pariendo un niño, si tu madre no se equivoca aunque ya se equivocó, debí parirlo en la casa de la esquina, y si es varón sabes cómo se va a llamar, el caso es que quizás no se logre, no hay tiempo para buscar a Chenko, así que

pon a calentar agua y busca botellas vacías, si nace vivo hay que calentarlo, ¡ah! Búscame las sábanas limpias de parir que andan por no sé qué caja metida ya estaba preparando para la mudada, y ahora esto. Bajó hasta la cocina y se paró frente al fogón sin saber cómo encenderlo, al fin ordenó su cabeza abatida por la tristeza, la alegría y los malos pensamientos que le recordaron algunos placeres de aquella noche. Encendió el carbón, y junto con el agua comenzó a colar café, estaba perdido no sabía cómo salir de aquel enredo, buscó las botellas y cuando fue a preguntar si había que lavarlas ya María tenía en las manos un bultito pequeño que respiraba a todo pulmón como si se estuviera ahogando dentro de ella, era más pequeño que su propia respiración, una cosita de nada, tan de nada que cuando le dijo lo de las botellas, ella apenas respondió, llorosa:

—Espera un poco que creo no va a hacer falta, se va a morir.

Lo envolvió en su ropón y se lo acurrucó en el seno, Manolo los tapó con la colcha, casi hasta la cabeza y sintió que ella cantaba o rezaba:

—Muni, munito, eres un muñequito.

Así llegaron los claros del día, cantaron los gallos y subió el olor a rosas manzanilladas por la ridícula ventana, ella se lo despegó del pecho y estaba caliente, succionando, con fuerzas, le puso el pecho pero

el pezón no cabía en su boquita pero además no tenía leche.

—Busca a Chencho, que no se ha muerto, diles a los niños que vengan a verlo.

Los muchachos subieron y lo primero que les chocó fue el olor desagradable ligado a rosas y a sangre, luego vieron aquella cosa que Coco preguntó si era un niño o un...

—Coño que arrugado está, parece un monito

Los demás lo vieron con miedo, en verdad era una cosa rara, tan rara que no parecía humano, sino un juguete feo, pero callaron, hasta que Coco volvió a decir:

—La cigüeña no pudo traer algo mejor, es casi un monito sin pelo.

¡Coño! Le diremos Muni.

—¿De mono? —preguntó Cesar.

—De muñequito.

—¡Ah! —A una voz todos.

—Y comiencen a recoger lo que queda que nos mudamos, hoy no hay escuela.

Cuando Chencho llegó, aún estaban en la cama, madre e hijo. María lo seguía meciendo en el pecho y acurrucándolo como un pañuelo, tan diminuto era que al abrir el puño parecía que iba a salir volando,

respirarle cerca constituía una amenaza, su madre sabía que estaba vivo, por el sonido que emitía al chuparse las manos, era la única señal de existencia viva, por lo demás no parecía ser un recién nacido. Si La Choricera lo hubiese visto antes que Chenchó, hubiera preferido que lo botaran antes de llorar la primera vez, lo hubiese echado al cubo de los mondongos, porque no valía la pena gastar dinero en algo que nunca iba a servir, las inversiones tenían que ser sólidas.

Chenchó sí sabía que iba a vivir, no se preocupó por mirar y no ver nada, aguzó el oído y sintió sus chupetazos:

—Va a vivir, no te preocupes, cuando te mudes hoy, trata de darle aire en el nuevo cuarto, aquí el aire no sube, al menos el que él necesita, este niño nació con problemas en la nariz, y antes de tiempo, pero con mente lúcida, no te lo saques del pecho hasta que no pasen los fríos es lo único que lo puede matar, calienten las botellas y ténganlas lista por si ves que tú no puedes calentarlos, pero acuérdate de que los pollos uno termina criándolos en el seno cuando la gallina los deja, y esto es igual. Después que abra los ojos lo bautizamos, mi suegro, su bisabuelo, será el padrino.

Demetrio vio pasar el cortejo fúnebre de su padrino, recuerda su preocupación y a la vez su dicha, de seguro ya no lo llamarían por

ese nombre que parecía una sanción. Su madre le había suavizado el nombre con otro que nunca nadie le dijo, Iván. Sus hermanos continuaban llamándolo Muni y así fue para casi todos, menos para su esposa que se empeñó en recalcarle el primero, llamándolo siempre con respeto y majestuosidad, sin dejar de pronunciar uno solo de sus sonidos, haciendo reverencias con la voz, acentuando clase, como si fuera un nombre insólito y único, jamás llevado por ser humano alguno. Demetrio.

X

La Casa Nueva

Ese mismo día del nacimiento de Muni, hubo de realizarse la mudanza, Chenco ayudó con los pocos bultos, a fin de cuentas era caminar media cuadra y doblar, no requería de gran esfuerzo, con una carretilla y los niños se realizó en un santiamén.

La casa verde azul de ridículas ventanas se la quedaba el hermano mayor de Manolo y la daría a cambio un dinero para reparar la otra y montar un taller de mecánica en el terreno de la propiedad que hacia esquina.

Supo María que por esa vez la predicción de Chenco fue una farsa, ya todo estaba dispuesto entre ella y el hijo mayor, por eso Muni nació

en la casa de las ventanas ridículas. Jamás Chencho había visitado la casa de madera de la esquina, teniendo en cuenta que aquella casa fue de una bruja con hijas piojosas que dejaron las paredes impregnadas de bichos, y ello fue causa de una desnutrición de La China que padeció de tal pediculosis, que se hizo crónica hasta la adolescencia, que puedo cavar con las liendres a base de tintes y unturas, porque los rezos de Chencho nunca hicieron mella en tales insectos.

Chencho sabía que la casa debía estar protegida por eso buscaba un lugar apropiado para poner su resguardo, una puerta por la que todos pasaran, y sin que nadie la viera, subió en una mesa hasta el poyo que daba a la cocina, era la del último cuarto por la que todos alguna vez en el día tenían que pasar, de lo contrario para pasar a la cocina tenían que hacerlo por el patio, allí como quien esconde algo, colocó una herradura, y para cuando ella ya no ejercía su profesión de adivinadora y se le había olvidado que la había puesto, Lila para desgracia suya, la encontró y la botó sin saber que su buena fortuna se iría en ella, por eso le vendrían los años de penurias y disgustos cuando ya era dueña de aquella casa en la que jamás pudo poner un clavo, levantar un bloque o simplemente raspar aquella pintura del frente, fabricada por su padre con tierra y polvos Amayas que se volvió una lija engarrotada, que acababa con el filo de toda espátula, con la piel de las lagartijas

que dejaron de transitar por ellas y con la de los propios moradores, quienes cerraron el frente y trasladaron la entrada a un pasillo lateral.

La casa era de madera en el frente y toda ella, menos un costado que daba la esquina quinta oeste, que pertenecía a la casa, era la propiedad más grande que habían tenido en Placetas, toda una esquina, sin saber qué hacer con ella, en un barrio pobre donde lo menos que hacía falta era una esquina. Lila, ayudada por sus dos hermanos hicieron una limpieza en la casa, sacaron del primer cuarto, muchas cosas raras, piedras, pedazos de coco, pelos, sapos disecados, manitas pequeñas, piecitos, angelitos con alas, sin alas y Santos. No vieron los piojos. Los niños vieron aquellas figuras y le parecieron raras muy raras, jamás en su casa se había puesto una imagen, ni siquiera la del corazón de Jesús que era mucho decir. La santificación para ellos era Chenko, su abuela, la única capaz de predecir, adivinar, sanar y en pocos casos maldecir, furiosa casi nunca, escéptica casi siempre, triste y melancólica cuando pensaba en sus profecías, atenta a la necesidad de cualquiera, así que no lo pensaron mucho y cogieron los santos y los amontonaron junto a los demás trates recogidos, Chenko no dijo nada, tampoco sabía qué hacer, ordenó que los echaran en una de las cajas vacías de la mudada y la taparan bien. Le preguntaría al cura cuando bautizaran a Demetrio. Ella podía ser adivina pero no santera,

jamás habló como los muertos, ni tocó tambor, ni hizo nada que no fuera su propia intuición, su gracia venía de otra cosa, que no llegó a comprender, su don o su desdicha, porque lloraba los muertos mucho antes que fueran a morir, veía las desgracias también antes de tiempo y muy pocas veces las podía evitar, ahora mismo secándose las manos en la cocina, tuvo la sensación de lo ya vivido, se vio realizando la misma acción y prepararse por una mala noticia, ella la conocía, lo que no podía entender por qué tenía que ser en esa casa si no era la suya, y ese misterio la desconcertaba.

El día del bautizo de Muni poco después que naciera y se sabía que no iba a morir, Chencho le preguntó al cura qué hacer con los santos y demás cosas encontrados en la casa de María y Manolo, la nueva, la de la esquina, la que nunca pudo pintarse de un color que no fuera tierra, la que no tumbó ciclón alguno, en la que habitaron piojos y piojillos de los gorriones, en la que María perdió un dedo y ella, Chencho, sabía que había una desgracia en camino. Todo lo vislumbró, todas las imágenes pasaron y antes que el cura dijera su parecer, ella le respondió, ya sé padre, los tiraré, no irán para el panteón, el que aún no se ha construido, pero se va a hacer. Dio la vuelta y estuvo muda un par de días, no encontraba la manera de saber cuándo iba a morir su hijo Rito.

Después del bautizo Muni comenzó a tomar forma, aunque seguía

siendo un munito, casi siempre tratando de oler más de lo que podía, parecía que se alimentaba por la nariz. La vida tuvo un respiro para todos a pesar de ser la casa de madera ya algo vieja, el patio interior que tenía los acogía como bendición, María plantó sus rosas presas en las macetas y el olor se esparció con más fuerza por el barrio, ya llegaba hasta algunas casas de gente un poco más adineradas, pero que tenían menos que otras que tenían mucho más, como siempre todo en este mundo mal repartido, menos el olor que se esparcía gustase o no. Se iba el olor con el aire y con las ropas se trasmitía y propagaba de mano en mano, de aliento en aliento, al caminar uno se sentía más pesado, fue La Choricera quien un día se dio cuenta:

—Uno entra aquí y se va como llega, yo dejo en el camino los chorizos y cuando me voy la cesta que va en la cabeza está llena del olor de las rosas manzanilladas de José, me pesa igual que cuando anda llena —había comentado una vez.

María, con el nacimiento de Muni se sentía mucho mejor en esa casa, era más espaciosa, comenzaron a mejorar, su miseria se fue atenuando, la esquina comenzó a transformarse y poco a poco a tomar forma de algo que en un futuro sería un taller de mecánica, Manolo siguió pasando cursos con su radio galena, trabajando en fundiciones y modelando en madera los nacimientos para los arbolitos del barrio.

Sus hijos seguían asistiendo a la escuela pública, y María se había cortado el cabello, ahora rizado sobre la nuca, salpicado de canas, había logrado aumentar algunas libras y sus piernas intentaban volver hacer lo de antes. Con el tiempo el patio interior de su casa fue centro de reuniones de sus hermanos y amigos, allí la primera generación de sus hermanos, pudo sacar a la luz todos los versos de Simoniario III y rieron, disfrutaron, se contaron las historias que ya todos conocían, la familia se fue uniendo más y recordaron los tiempos en que vivían en La Retenía, las andanzas de Manolo por La Habana y los estudios de su hermano Humberto que no acababan nunca, decían que iba a ser médico cuando ya no le hiciera falta a la familia.

En toda esa adaptación, María olvidó que una noche tuvo la sensación extraña, tan extraña que la hizo sospechar, por primera vez una infidelidad, aun sin comprobar, y que la convirtió en madre nuevamente antes de tiempo, el disgusto provocado por la sospecha le adelantó un parto que estaba pronosticado por su suegra, para más adelante. María no tuvo esa sensación nuevamente hasta que una vez le dolió la nuca y se pasó la mano, sintió un escalofrío, una pequeña protuberancia, mínima, perceptible al tacto, y pensó que ya no era una persona sino un personaje, abrió los ojos, hasta donde los ojos pudieron, luego giraron, y ella comenzó a mirarse por dentro.

Comprendió, por qué su suegra era adivina y que no era tan difícil adivinar las cosas, solo bastaba con mirarse bien, revisar cada rincón de tus sentimientos, andarse sin tapujos, como palpar el peso de cada víscera, y darse cuenta que no pesan nada, para ello había que tener valor, que era lo que mayormente les faltaba a las personas, mas por esa vez, se miró de sobras hasta que se asqueó de lo que vio y luego trató de olvidar en vano, demasiado tarde.

Resucitó, se vio de nuevo como era por fuera, una mujer cansada de parir, convertida ahora en personaje, ¿qué debía hacer? ¿Pedir consejo a su blandenguerías, La Choricera, iba a decirle que las infidelidades no tienen importancia, y que si te jodía mucho ese sentimiento, que ella nunca experimentó que te la desquitara a trompones, cosa que era bien simple de hacer. En cuanto a Chencho, ya una vez había estado buscando en las corbatas de Manolo nombres de mujeres, pero Manolo no tenía corbatas.

—Las tendrá —dijo con certeza —no me digas que no te avisé, dentro de las corbatas hay escrito nombres de mujeres.

Con la miseria que tenían, María no se preocupó por aquello en aquel momento, pero si Chencho lo decía, algo debía haber de cierto. Ahora, después de descubrir su pequeña protuberancia no le quedaba

más remedio que aceptar que a su alrededor flotaban mujeres que no eran precisamente ángeles.

XI

Un ángel de la guarda

Nunca supo María el justo momento en que quedó embarazada. Era algo que siempre pasaba, su suegra corregía el tiempo, entre el más acá y el más allá, ella sabía cuándo iba a efectuarse el paritorio, sin embargo, esta vez quedó a la deriva.

Entre los trajines del taller los muchachos creciendo, la política dando vueltas, y las altas sospechas de infidelidad de Manolo, María perdió la noción del tiempo. Por esta vez, la miseria la sacó de sus cabales, más de quince años al lado de su marido, conociéndolo y ayudándolo, sufriendo sus locuras y sus incomprensiones, la volvieron insegura, poco determinada para los actos que antes manejaba a la perfección, el dominio de su hogar, de sus hijos y sobre todo su educación. Fue por estos tiempos en que anduvo tan entretenida que perdió la mitad del dedo del medio de la mano derecha, al echar a andar una turbina de agua, justo con la polea del motor dejó una parte de su cuerpo tirado en la tierra, ni siquiera le interesó recogerlo, de antemano supo que ya no tenía remedio. Desde esa época se cambió una sortija que llevaba para la mano izquierda, y siempre escondió el

dedo mocho.

A la altura de los cuarenta, su panza comenzó a crecer. Primero le achacaron a la gordura y cuando se comenzó a mover la criatura en el vientre, hubo la sospecha de un embarazo, pero hasta que no estuvo fuera nadie creyó que fuera verdad.

El parto se presentó un día inesperado, no estaba nada preparado, ni siquiera el orinal que por esta vez podía comprarse. María orinó en una lata de chorizos vacía después de parir. El nombre a la niña que se le puso fue por el santoral, aunque Juana la pintora les pidió, que le pusieran Laura, la madre insistió en que a esta altura de la vida una hija hembra era un ángel de la guarda, por lo que el nombre sería el del santoral por eso se llamaría Elena como la santa del 18 de agosto. Más tarde tomaría el sobre nombre de “La Maga de los gatos”. Juana se conformaría con ponerle Laura a una muñeca de cera más grande de lo usual, que vestía con trajes de muselina y encajes, la adornaba con lazos y era la atención de todas las niñas de la familia y el desvarío de sus hijos varones. Laura llegó a ser como la hija que no tuvo o como la Elena sin Troya, una hermosura encerada que sirvió para la envidia de las feas y la añoranza de las pobres. Muchas veces Elena quiso ser como ella. Juana su madrina no se la dejaba tocar, era una forma de vengarse, de un santoral y de su cuñada María.

Laura llegó a ser la muñeca más hermosa que Elena viera y la más codiciada. Su infancia la pasó mirando los trajes que ella hubiese querido vestir, como de princesa. Su hermana Lila dedicada por completo a su crianza le hacía en su curso de corte y costura, vestido tan lindo como los de cualquiera niña rica, solo que la tela nunca era de la mejor calidad, a pesar de ello, Elena lucía bien arreglada y dentro de la pobreza con un orgullo diferente, como si no supiera que sus telas eran baratas y sus lazos de holganza. Elena demostró con los años que la pobreza es un trampolín, una escuela, una hermandad. La pobreza, es más digna cuantos más deseos reprimidos y callados te escondes sin contárselos a nadie, como esos, los de Laura, la muñeca de cera, la perfecta, la Troyana, en medio de un cuarto para ella sola, poseída por el afán de ser simplemente bella, limpia y memorable, Laura tan real y personificada que nunca pudo dejar de ser como la prima muda, intocable y poco cariñosa que no aceptaba con gusto una amistad, Laura tan querida y odiada, tan persona, tan egoísta.

XII

El penúltimo y último viaje de Laura

Laura envejeció como todo el mundo, Juana su madre de mentiras, dejó de ser la mujer activa para convertirse en una señora gruñona

y obsesiva con todo. Su caserón se le venía encima, aunque seguía siendo místico y mágico, su hijo Fito recuperado del alcoholismo se había convertido en un demente maniático, a quien no se le podía perder de vista. Juana la Pintora aun trastocada, seguía con la llave del panteón de la familia colgada al cuello, era quien autorizaba el pase al otro mundo, por la vía de aquella llave, a pocas personas se la dejaba en custodia, pero Lila la devolvió enseguida porque era una herencia muy jodía, cuando ella precisaba de cosas más útiles.

Laura envejeció sola y abandonada, sufrió una transformación por el calor a que la sometieron durante largos años. Enclaustrada en los cuartos de desahogo, desvanes y closet, trasladándola por último al maletero de un auto que la llevaría a un viaje definitivo, con la ilusión de ser restaurada. Su cabello estaba duro, la cera de su rostro derretida al punto de haber perdido la nariz. La movilidad de los ojos perdida, el cuerpo desarticulado y sucio, no representaban ni por asomo lo que un día fue la aristócrata, la Troyana, la deseada por las niñas y hasta por los mayorcito que soñaban con una novia platónica. Laura, convertida con el tiempo en un objeto a restaurar, en una simple muñeca derretida.

Se asombró Elena cuando su yerno sacó del maletero de su auto, un adefesio que le mandaba su hermana Lila. Para entonces Elena ya era una Dra., con cierta fama, con un millón de gatos, una hija y tres nietos, todo lo feliz que se puede ser a los 50 y un tanto más.

Le pusieron en las manos a Laura la muñeca de sus sueños, sucia vieja y derretida, como si una muñeca hubiese cobrado vida y pudiera envejecer.

Laura estaba en sus manos y podía cobrarse todas sus ansiedades juntas, ahora su destino le pertenecía por completo, solo era cuestión de tomar una decisión.

Elena, después del susto de verla tan ajada, de identificarla y recordar cuánto fue torturada de niña por cuenta de Laura, solo la dejó en un rincón.

—Cuando haya tiempo, la restauro, si me parece, no la tiro por respeto al recuerdo de mi tía Juana, pero nunca debieron mandármela, a ver, ¿por qué Lila no la botó?

—Por lo mismo que tú no quieres botarla, es como si fuera la hija de Juana.

—¡Coño! Que cada cual entierre a sus muertos, no.

—¿Quién va a enterrar a una muñeca? Se preguntó el yerno

—Bueno pero no me traigas más cosa de Placetas, que cada cual cargue con lo que le toque, ¿No? En cualquier momento me mandan la llave del panteón, así que ni se te ocurra coger eso.

Su yerno calló, se encogió de hombros, él había traído a Laura

con la ilusión de que era la muñeca de sus sueños y de pronto, recibió la lluvia de improperios tan solo por cumplir con los deseos de Lila, estaba por pensar que ciertamente se había metido en una familia demasiado rara y con una historia de adivinadores y muñecas personadas, rosas con olor a manzanillas y conejos que habitaban las casas, por otra parte, Elena su suegra era La Maga de los gatos, y estos lo mismo posaban para un cuadro que se ponían en fila en la cocina, igual que los gatos de Don Ruiz, en verdad, la familia era extraña y poco a poco lo estaba notando. Sus propios eran diferentes con respecto a los de su edad, le gustaban los cuentos y leyendas de América e intentaban ser adivinos. Alexeis suspiró con su amplio pecho, y se limitó a decirle: —Correcto, ni la llave del panteón, ni la trenza de Cañita, ni el payaso de Coco, ni ¿qué más no puedo traer?

—Nada no traigas nada sin contar conmigo, de ahora en adelante lo que hay es que llevar.

—Correcto. —Cerró con llave el maletero de su auto —De ahora en adelante viajaremos ligeros de equipaje, como dice el poeta.

Elena quedó aun sin comprender cómo su hermana iba a pensar que aquel adefesio de muñeca que parecía una brujería, la haría feliz, ella que tanto había odiado a Laura y que gracias a Dios no le pusieron

ese horrible nombre.

Laura, siguió condena a un closet, a ser ahora el hazmerreír de todos, aunque recordaban su pasado brillante y aristocrático, ahora le tocaba a ella ser la pobre, fea y mal vestida. Elena, en su interior pensaba, ¿Qué socas tiene la vida? ciertamente solo hay que sentarse a esperar y todo llega, aunque era un sentimiento mezquino se sintió por un momento resarcida de los malos ratos que le ocasionó en su niñez, ciertamente como reza el adagio: La venganza es un plato que se come frío. Laura llegó a su viaje final, ahora asustaba a los niños por tanto había que esconderla, su esplendor pasó, quedó solo una muñeca envejecida, tan arrugada, que parecía la encarnación de Juana la pintora.

Seramente con el tiempo Elena pensó que antes de votarla, era mejor llevarla al panteón y enterrarla con los de la familia, al fin y al cabo Laura sabía tanto de ellos cómo cualquiera, y quizás, con tantos primos enterrados muchos se acordarían de ella y era muy probable que fuera bien venida al otro lado del panteón. Así que la guardó en la caja de un arbolito de navidad y le puso fuera un letrero que decía: “Laura S. o A., (sin otro apellido) Enterrar en el panteón de los Amayas.”

Y la colocó entre las cosas que había que devolver para Placetas.

XIII

La Política y Amor

Quien podría decir que la política tenía que ver con el amor, nadie sería capaz de afirmar, que tuviera relación, a no ser la fórmula que nunca falla: el dinero. La política hace milagros y por tanto el amor juega su sucio papel en pos del dinero. Algo así le explicaba Chencho a María desconsolada desde que Manolo comenzó una carrera política sin futuro a su entender. Los tiempos estaban convulsos. Sus hijos adolescentes comenzaron a ver que su miseria podía tener fin un día, y aunque no era su intención, las ideas de María iban penetrando y sobre todo el más rebelde de todos, Coco, que comenzó a sentir atracción por cada cosa inusual que sucedía en el pueblo y aunque su madre escondía los periódicos por la cantidad de fotografías de muertos que aparecían destrozados, él siempre buscaba la forma de hallar y leer las páginas y hasta recortaba a veces para pegarlas detrás de las camas y asustar a las hermanas, sobre todo a Lila, que andaba mal de los nervios después de la última desgracia que había ocurrido en la familia, la muerte de Rito presentida y anunciada por su madre desde su nacimiento o hasta, desde el mismo engendro, como decía ella, pero esta es una historia que luego Rosa la Otra contará con más tiempo.

Coco comenzó su carrera política haciendo huelga en la escuela primaria, recogiendo los lápices para que ningún niño pudiera escribir.

Sus revueltas fueron muchas y las Hermanas Águila lo aceptaban pues su padre a fin de cuenta había comenzado una carrera y coqueteaba con la alcaldía, ya se sentía su nombre sonando en bombos y platillos, y a la mejor llegaba a algún puesto, pero Coco cada día se hacía más insoportable en la escuela con sus huelgas y actitudes heroicas. Un día se paró en la puerta del aula y le dijo:

—No vengo más.

La maestra aliviada le contesto.

— ¡Solavaya! ¡Llévatelo viento de agua!

Y no fue más, se atrincheró en una cueva llamada La del Indio.

Porque Manolo por entonces era ya más furioso, y por supuesto, conflictivo y fantasioso, eso si nunca dejó de serlo ni de aparentarlo. Coco estuvo allí hasta que se calmaron los ánimos y se dedicó a ayudar en el taller de mecánica junto con Cesar quien llevaba la economía precaria de la casa.

Coco comenzó a reunirse en las noches con los más jóvenes del barrio. El policía que patrullaba le llamaban “Tanque de Mierda”, y a veces los asustaba para que volvieran a su casa, temprano, “la calle está mala” siempre les decía.

Su grupo de reunión era disímil, habían de muchas edades, pero él y su primo Guillermo, “Guille” el hijo de Serafín se contoneaban

como si fueran hombres hechos y derechos y no se miraban edades pues a la revolución le hacía falta gente y ya las montañas del centro de la isla estaban llenándose de buenas y malas intenciones y ellos andaban en pos de unirse a las mejores, con el afán de hacer las cosas más justa.

María sufría con tales propósitos de su hijo, se culpaba por haberle inculcado las ideas sin querer. El problema de cambiar las cosas era de los mayores no de muchachos que apenas sabían limpiarse los mocos. Pero Coco recitaba los versos de Placido al patíbulo, la Plegaria a Dios, los versos del exiliado Heredia y las decimas de un campesino analfabeto que tenía gran majestuosidad.

Cierta vez, cuando Rosa la Otra le preguntó por qué se había ido a luchar, y a jugarse el pellejo, él, tal vez defraudado de la vida le dijo “Por puro romanticismo”.

XIV

Como fue que Chencho supo lo de Rito

Una tarde de aquellas que todos estaban en el patio de María, de aquella casa que parecía por fuera de Lija a causa de la pintura, amalgama “polvos Amaya” y tierra, Chencho se para repentinamente de su mecedora y dejó a un lado el olor de las plantas represadas, se asomó a la

puerta y vio venir a Don Ruiz repartiendo su piltrafa a los gatos, antes de tiempo, en la tarde. El sombrero que acostumbraba a usar apenas le cabía en la cabeza, mirándolo bien, estaba en la punta de los pelos. Don Ruiz conocido por su sociedad protectora de animales, por los años que nadie, nadie podía contarles, por su callar, su andar encorvado su mansedumbre, ese día traía un mal presagio. Chencho le miro inclinándose porque era tanta su encorvadura que apenas podían vérselo los ojos. Se interpuso en su camino y le preguntó:

—¿Sabe usted donde trae el sombrero?

—En la punta de los cabellos, no he podido hoy hacerlos bajar, pero tampoco podía dejar a los animalitos sin comer, usted que es medio adivina ¿sabe por qué?

—Sí, y nada tiene que ver con usted, puede estar tranquilo, mañana lo tendrá bien o quizás ahorita mismo, ya sé lo que tenía que saber.

Secó sus manos en el delantal, que era de María, escurrió en él, no agua sino su sudor, el de las malas noticias, aquella que había aplazado durante tanto tiempo, cerró los ojos y vio el entierro más grande que se hiciera en Placetas, una conmoción general, de jóvenes en motocicletas y en ninguna iba su hijo. Pensó que uno nunca se prepara para la muerte, ella, calladamente durante tantos años desde el mismo engendro sabía que el destino de Rito era no tener descendencia, por eso

lo dejó tocar guitarra, comprarse una motocicleta, parrandear, tener novias de todo tipo, amigos de disimiles estratos sociales, su suerte siempre estuvo echada, igual a la de Cañita, había ahora que unir aquel retrato de Cañita al suyo y lo llevó a una fotografía a hacerse un retrato, con el fin de que los dos hermanos después de muertos estuviesen en las paredes de la familia siempre juntos.

No se supo, cómo fue que hicieron el trabajo de montaje ni quien lo hizo; pero los dos hermanos cupieron en una fotografía y en un cuadro, uno miraba para la derecha, otro para la izquierda y así en cada casa de la familia, Rito y Cañita, Cañita y Rito, vigilaron por siempre hasta la cuarta generación, que alguien ya cansado de hacerle la historia a los nietos y biznietos, retiraron aquellas imágenes grises y cansadas de vigilar, aturdidadas de escuchar una historia que ya ni ellos conocían.

La muerte de Rito por accidente cuando se despedía de su novia, sirvió para que se consumara el pedido de Cañita. Se hizo el panteón de los Amaya en el cementerio católico, porque Placetas tiene dos cementerios, y es allí un lugar de referencia, panteón como aquel no hay otro, y tanta gente enterrada tampoco, hasta del ultimo confín entre hielo seco, caminos y carretera, todo aquel que se sabe “Amaya” va para ese lugar. Chencho nunca quiso la llave, la guardó Juana la Pintora y a su muerte Lila la entregó a Magüi, su tía, después de eso los

nietos y biznietos siguen enterrado a sus padres, menos a María que no quiso ser Amaya y por vengarse de Manolo.

En el panteón se puso como trofeo o como castigo la Harley Davidson de Rito hasta que los depredadores comenzaron a irrespetar los muertos y entonces...nadie sabe dónde la ocultaron, donde la escondieron, ni a qué lugar la desterró su madre.

No permitió Chenko que ninguno de sus hijos volviera a tener ese artefacto de la muerte, ni tocara guitarra, ni piano. Pretendía que nadie fuera músico, y respetaron su decisión hasta la generación tercera, que dejaron de hacerle casos a sus padres, nietos de Chenko.

XV

Decaída y decadencia de Chenko

No volvió a ser nunca más la de antes, el sufrimiento de Juanillo, de sus hijos y de sus nietos crecidos junto a Rito, la llenaron de silencio.

Continúo poniéndose su ropa de hilo blanco, dejó de mirarse en los espejos, de cocinar, de vaticinar de todo, Juanillo murió un día que ella siempre supo, a él tampoco le pudo quitar tristezas, pero su muerte fue apacible, rodeado de muchos nietos que lo quisieron y no le temían como a su abuela.

Cuando Chenko quedó para escoger arroz, le dijo a su hija Vio-

leta que ya iba a morir. Humberto al fin médico la revisó de punta a cabo y estaba perfecta y ella pensó: así es como me quiero morir, sana, lúcida, y cuando me plazca.

Se acostó y pidió el nombre de los nietos bastardos de sus hijos varones, perdonó y rezó por largo rato, cuando pensaron que ya se había dormido de su perreta, fueron a verla y estaba fría y húmeda, como bañada a la vez de algo suave y más delgado que el agua, y no era su sudor agrio, más parecía llanto.

El mortuorio sencillo, los condolientes, apenas se acercaban a ella, por temor a que resucitase, Chenco había hecho todo lo que quiso, hasta morir el día que lo había dispuesto. Humberto era el único que le hablaba y le daba las quejas de los demás, ella parecía tan serena que la dejaron en el panteón en la parte de arriba junto sus hijos, con la tapa del ataúd abierta, por si acaso le daba por revivir, de Chencho se podía esperar cualquier cosa.

Días después, la bajaron y la pusieron junto a Juanillo, seguía tersa la piel. Jamás clavaron su ataúd.

XVI

Lila, su casamiento, y la nueva familia

Lila a la que jamás pudieron achicarle el nombre ni poner apodos, cosa que era costumbre en la familia, a la que nunca le salió el cuar-

to diente, siguió haciendo sus costura refinadas con tela de la peor calidad, la más barata como siempre, pero tenía ese toque mágico de adornar la ropa con una maestría increíble, ella que no pudo ir a la escuela de pinturas y que le cambiaron el caballete por una máquina de coser, se la descombró en la vida, porque bordó con agujas como pintar y cosió vestidos y batas de niñas, como la mejor obra de arte. Lila se enamoró, ni para bien ni para mal, porque el amor es incondicional, de un hombre bueno y trabajador, no bebía, no era mujeriego, no era mal parecido...pero como nunca nada es perfecto como decía La Choricera, era un gran jugador, apostaba, según María, a dos hormigas caminando.

Este era Ángel Ramos, más conocido por Chelo y andaba en un carro de altoparlante haciendo anuncios poniendo música y así conquistó a Lila que no salía de su casa a nada, pero él pasaba mil veces siempre con la misma canción, hasta que de tanto aburrir todos, la misma China le dijo que ya estaba cansada de oír lo mismo que se hicieran novios, y María consintió, en conocerlo.

Rápido fue su consejo, si quieres te casas pero hombre jugador trae problemas, y sobre todo tristezas.

Se sabía que su familia tenía su tara de locuras y que cuando la moratoria de los años 30 su abuelo perdió todo lo que tenía: sus negocios

y el dinero del banco y la cordura. No fue el único que perdió la razón, la gente se quedaron encueras y sin tener a quien apelar, los bancos quebraron y llevaron a los pequeños comerciantes. El pobre viejo perdió el juicio y lo peor, el poco dinero que invirtió en oro y guardó, no supo decirle a nadie donde lo había escondido. Por suerte para él nunca supo lo que paso al final con aquella botija tan bien guardada. Como todo loco, un día cogió la cama y dejo de comer, se puso largo y enroscado, un ovillo y lo alimentaban con goteros. El médico de cabecera, no sabía la razón por la que estaba vivo, los familiares conservaban la esperanza de que en el último suspiro recobrarla la lucidez y dijera dónde estaba el botín. Por muchas sesiones, ritos, hierbas humeantes, habladurías con el más allá, nada consiguieron; el viejo cada día se enroscaba más y más y el médico vaticinó que si a la hora de la muerte no lo estiraban con agua caliente, tendrían que hacer una caja mortuoria redonda y sería la primera, por lo menos en Placetas, y se anotaría algo más ese pueblo que ya lleno de cosas raras, mas lo difícil estaba en: ¿Quién iba a hacer una caja redonda?

Alrededor del viejo moribundo estaban todos Coco, César, Fito, el menor de Juana la Pintora, Chelo, y un millón de muchachos prestos a estirar el viejo, les interesaba más eso, que la botija de oro que hacia ratos ya la habían dado por perdida. Mantenían día y noche calderos

de agua hirviendo con leña que ellos buscaban, era todo un espectáculo, y Coco que ya había adquirido el gusto por vestir muertos y ponerle los zapatos, era el más estimulado.

Una noche cuando Coco fue abañarse decidido a que no iba a morir aquel ciempiés enrollado, pues se murió, y Fito a grandes zancadas fue a búscalos pero ya estaba estirado cuando llegó, tan estirado que ahora la caja iba a ser inmensa de estrecha y de larga. Tampoco habría quien quisiera hacerla, a menos que le pagaran el doble. Y por supuesto en el panteón de Los Amaya no tenía cabida, de locos estaba lleno aquel lugar para aportar un viejo ciempiés, que no era conocido por muertos de la familia; aunque años más tarde aceptaron a Laura.

Su viuda decidió vender la vieja panadería en desuso desde la época de la quiebra, la querían para echarla abajo y construir otra cosa

¡suerte que tiene gente en la vida!, cuando le cayeron a mandarriazos al horno, allí estaba la botija desangrándose en monedas de oro. Los trabajadores se hicieron de una parte y los nuevos propietarios de la otra fortuna. La familia del viejo ciempiés, jamás le puso flores, ni fueron a sacar sus restos que fueron a dar a un osario común, pero de seguro que cualquiera reconocería aquellos huesos largos estirados al vapor.

De ahí que la vida es una ruleta y hay que buscar la suerte y por eso Chelo, dicen...se hizo jugador, torcedor de tabaco, fanático a los

equipos de pelota de los Estados Unidos, conductor y luego chófer de guaguas. Nunca se jugó nada de su casa, sus deudas Lila no las conoció nunca, pero pasó a las anécdotas de los Amayas porque el día de la boda no llegaba al altar a tiempo pues se había jugado los zapatos de casarse. Después de eso, no sabemos si por amenazas de La Choricera, conjuros de Chencho, o despotismo de Manolo, nunca se supo que hubiese jugado nada más de su casa. Cuando triunfó el proceso revolucionario que se había gestado en el país, no lo acepto porque no podía escuchar los juegos de pelota de los equipos estadounidense de forma legal, para ello inventaba estrategias, antenas, artefactos y poder oírlos. Murió con esa satisfacción de haber burlado y a pesar de los pesares escuchó siempre cada partido beisbolero y... por supuesto apostando.

XVII

El no casamiento

Durante 7 años que duró el noviazgo de Lila y Chelo, este traía unas cajas de chicles Adams, y Lila por espacio de dos veces por semanas guardó las cajitas vacías y para día de la boda hacer una guirnalda con ellas.

La novia preparó su ajuar durante los años de noviazgo, con toda

la calma y con toda la paciencia del mundo, seguía ahorrando y guardando las mejores telas para ello, estaba cansada de aquella ropa de luto y de medioluto, que sus primas le pasaban y que por su pobreza no le quedaba más remedio que usar hasta el final, gastarla hasta que llegara el próximo muerto, por eso atesoraba los pedazos de tela de colores vivos para cuando se casara, para entonces no debía haber muertos y ella se iba a poner un vestido amarillo de tela de falla, para que le durara siempre y lo pudiera guardar hasta que sus hijas o hijos lo vieran.

Como toda buena costurera escogió el modelo más rebuscado, el más difícil de hacer, el que todos al verlo exclamarían y querrían uno igual, pero eso no iba a suceder nunca, nadie tendría uno, ni siquiera parecido porque su vestido sería el más auténtico regalo que ella misma se hiciera.

De Lila se puede decir que fue una especie de mujercita fina inte-

ligente y que si no llegó nunca a ser una excelente artista plástica, fue por las decisiones mal tomadas, en realidad ella debió estudiar pintura

y no corte y costura, pero la vida le recompensó siempre, porque trabajo la costura con autenticidad, se las ingenió en los peores momen-

tos para ganar dinero forrando zapatos, hacer adornos de pelo, tejer

medias, incluso cocer azúcar para melcochas. Siempre las habilidades

manuales le dio el sustento y eso también se lo transmitió a Elena, La maga de los gatos, la que luego de costurera se hizo cirujana y cogió las tijeras distinta a todos los médicos; sin embargo Lila solo tuvo un gato blanco y sordo, la afición de Elena por los gatos le vino de su padre Manolo, porque a María le gustaban las perras. A Lila le gustaban las plantas represadas y como heredó el patio interior de la casa de lija, la que se reconstruyó sin haberse pintado jamás, y conservó siempre el olor de las rosas manzanilladas, hasta que los injertos envejecieron sin relevo, y sin el jardinero José para reponerlas. El barrio volvió a adquirir sus aires de pobreza y la gente olvidó que un día se iban embadurnados de un olor que no encontrarían nunca en ninguna parte. Las únicas flores que se conservaron por tiempo fueron las del trillo de la maestra Prieta, siempre florecidas de colores llamativos e intensos, pero carentes de olor, eran simple flores hermosas, silvestres, sin nada de personalidad.

Por esas ironías de la vida cunado José murió un día cualquiera sin hijos a su alrededor, tan solo con los cuidados de la ya Vieja Choricera, que por bondad no lo dejó mal morir, tuvo un mortuorio lúgubre, sin flores y largo hasta reunir los dispersos hijos que quedaban en Cuba. María se lamentó al llegar y ver cirios funerarios, no había siquiera ese mal olor de las flores marchitas y ajadas de las coronas,

no había nada, ni siquiera olor a muerto. Las rosas manzanilladas se habían extinto, pero María se conformó con buscar rosas frescas y rojas, jazmines, clavos de olor, y una maceta de manzanillas, y armó ese olor inconfundible que solo él supo hacer, y por unas horas el barrio volvió adquirir por última vez aquella sensación de grandeza. Las flores fueron pocas para un jardinero, pero nunca ningún velatorio o muerto olió tan agradablemente.

Lila señaló la fecha de su boda mas no ocurrió, era como la mala suerte lo que pendía de ella. No puedo menos que encerrar su grito y volver a callar, Coco se había alzado en las montañas del centro uniéndose a la lucha armada, y por si fuera poco se había llevado con él a Guillermo. La familia no se podía permitir una boda estando ellos jugándose la vida, y Lila tuvo que posponer su boda y rezar mucho porque no hubiese más muertos, para no tener que casarse de luto, tan solo porque a ellos les dio la gana de jugarse la vida como dijera Coco: “por puro romanticismo”.

Lila la de los tres dientes, la costurera pintora, la que fue obligada a ser la mayor, la que crió a Elena, la delgaducha, que movió por siete años con un hombre jugador; tuvo que guardar su vestido de tornaboda, el exquisito, el único, el que sería envidiado por todas y todos, en una caja, y ... silenciarlo, además llenarse de valor, subir armas a las

lomas ocultas bajo sus sayas, con el fin de evitar más muertos.

Para cuando acabó la guerra, Lila tuvo que modificar su precioso vestido. Era solo un modelo viejo y pasado de moda.

A ella siempre le cayeron las desgracias de la familia, los enfermos, los viejos, los locos, los sobrinos malcriados...mas siempre estaba ahí, por eso no quería la llave del panteón, tuvo miedo de vivir tanto y a no morirse, sabía que un día le va a tocar llevar la llave al cuello, como siempre supo que la trenza de Cañita iba a llegar a sus manos en aquella caja de fotografías ya gastadas por el tiempo, llena de gentes que ella nunca conoció y que sin embargo la atormentaron. A ella le tocaban las desgracias, y la llave del panteón fue la herencia que le dejó Juana la Pintora y la rechazó con honor.

XVIII

El alzamiento

Cuando Coco subió a las lomas del centro de la Isla, dejó una novia, ojiverde y bonita, casi una niña, que le demostró su amor subiendo a las lomas a llevarle armas, escondidas debajo de la falda, con Lila. María, resignada a que su hijo se jugara la vida, quería que al menos tuviese un arma responsable con qué defenderse, al menos en buenas condiciones para que su conciencia y su “yo” pudieran estar en paz consigo culpándose de inculcar esas ideas de justicia. Ella también subió a las

montañas, a llevar cartas, medicinas y uniformes verdeolivos.

La Choricera le corregía y le aclaraba que no era su culpa, ¿Acaso todos no recibieron la misma educación? Y María le respondía que los dedos de la mano viven juntos y ninguno se parece. Chencho por el contrario la acusaba de tener otro nieto jugándose la vida, y que ella estaba bien consiente que Guille se alzó por seguir a Coco porque él no sabía nada de nada, era medio tonto. Desde esa fecha Chencho comenzó en una larga excomulgación de su nieto Coco, El moñí blanco.

Por suerte él y Guille bajaron vivos de aquella aventura romántica, que le sirvió para vivir toda la vida, arrepentidos de sus muertos y de sus fantasmas.

Coco no hizo más que llegar a Placetas y se llevó a la novia ojiverde, la que sería la madre de La Otra Rosa que ya diluida en las fórmulas mágicas de ambos, comenzaría a odiar a las putas, no las cualesquiera sino aquella que llevaban maridos ajenos a sus camas y de esas se encontró muchas en su vida y aprendió a lo largo a perdonar y a dejarle a Dios la venganza. Rosa La Otra aprendió de Coco el gusto por la poesía y de la historia.

En Placetas comenzó la transformación que de igual modo se extendía por todo el país.

Pronto comenzaría en ese año un proceso revolucionario, popular, revanchista, único, simulador y paternalista que consistía en gratuidades, y beneficios; en arrebatarse a los ricos, y darle a los pobres, que acabó con la riqueza e igualó a la pobreza para todos, y a la fuerza de tanto repetirse esa igualdad humilde y despiadada, esa pobreza igualitaria y mezquina, se sintieron felices, se creyeron felices, se parieron hijos revolucionarios, y se convirtieron los ya nacidos, y se perdieron, esperando que un día todos fueran ricos e iguales. La riqueza adquirió otras dimensiones, se disfrazó de humildad y lo peor es que la creímos injusta.

XIX

La Habana

Placeta quedó atrás, la Habana fue el punto de mira de María y Manolo, la Revolución había cambiado sus vidas, aunque Manolo después de tanto comunismo, le alcanzó una ley por haberse postulado de alcalde en el año 1958, que no lo dejaría militar en el partido comunista hasta muchos años después, cuando era ya muy viejo y que solo cansaba a la gente con su oratoria.

La China estudio un curso de veterinaria, que ofrecía aquel proceso transformador que beneficiaba sobre todo a las mujeres. Trabajo en el ordeño mecanizado así que poco tenía que hacer, pues había

estudiado poco.

La China había abandonado los estudios en sexto grado cuando una de las hermanas Águilas la abochornó, al decir que sus libros restaurados y heredados de sus primos, forrados con unas grandes flores rojizas, parecían “monturas de caballos”.

Se casó en el segundo noviazgo, el primero le dejó todo un ajuar bordado exquisitamente por ella, cosa que hacía muy bien y que por causas desconocidas, dejó de hacer. Fue la hija consentida de María, y aunque nunca lo dijo siempre le tuvo lástima. La China nunca fue organizada para sus cosas pero mantuvo un patio inmenso lleno de árboles y flores, y aprendió el arte de su abuelo de hablar con las plantas y de hacer injertos y margullos, mas nunca logró el injerto de rosas y manzanillas.

Coda I

Siguió Manolo sus andanzas amorosas, el amor desmedido por la galleta de piernas hermosas se fue agotando, los recortes del cabello de María le insultaban, pero eso y fumar fue lo único que se le permitió hacer, jamás pudo usar un pantalón como prenda de vestir, ni trabajar fuera de casa. Siguió siendo su criada por mucho tiempo, lavando sus ropas tiznadas y grasientas, cocinando sus huevos fritos temblorosos,

soportando sus discursos caseros pues no tenía otra tribuna, y tirando alguna que otra vez los muebles, que nunca dejaron de tener las patas de diferentes colores. Y colándole café cada vez que pedía “Un Chingo” pero en su interior comenzaba un proceso de rebeldía, ya estaba cansada de sus malcriadeces, él no era sus hijos, y lo castigó. Él tuvo que aprender a colar café, eso era lo único importante y soberano que hacía Manolo en la cocina.

Cuando los tiempos empeoraron y no hubo combustible con que cocinar, hizo un depósito inmenso lo lleno de mierda de vaca, lo apresó con una inmensa tapa de concreto como si fuese una cisterna, y espero a que los gases comenzaran a fluir, luego con un tubo largo de cobre llevó hasta la misma cocina aquel engendro de Frankenstein y con aquel gas él solo y para él solo colaba café. Fue este invento el primer biogás de toda la zona, para uso doméstico.

El único hombre que acepto en su casa fue a Feijó, Paquito, porque siempre supo que María pudo elegirlo primero y nunca lo hizo, por eso cuando el viento de la locura lo tiraba hasta acá, compartían la mesa juntos, hasta que un día no volvió nunca y nunca se supo más de él.

La Habana, sin saber cómo convirtió a María en una mujer más decidida, comenzaron los encontronazos políticos y no se dejó guiar más por aquellos dogmas que Manolo quería imponerle, cierta vez se

paró en firme y solo le gritó en una de esas pocas veces que a él se le podía gritar:

—Ya yo hice bastante revolución y cuando no se podía, ya no quiero hacer más.

Y de seguro que por no oírla repetir lo mismo de nuevo, no insistió; pero la castigó a tenerla levantada hasta tarde en la noche cuando él llegara de la universidad que al término de los 60 años se había matriculado para hacerse según él ingeniero de verdad.

Manolo, fue querido y odiado por ser conflictivo y fantasioso como siempre lo calificaría Coco, el moñi blanco, el padre de Rosa, La Otra.

Manolo trabajó sin descanso hasta el fin de sus días, hasta que ya no pudo, nunca quiso jubilarse, y de esa forma atormentó a María, jamás almorzó el en un comedor obrero, y ella estaba harta de cocina y de inventar comidas con lo que apareciera, estaba cansada de la sopa de ternillas y los cake de cenizas, del arroz con fideo y el congrí de gandul.

Estaba cansada de la miseria y la vida que la había convertido en una esclava hogareña, velando por las nietas que eran muchas y dos escasos nietos, cansada de ser el horcón de la casa sin que nadie lo reconociera, ni siquiera aquellos gatos amarillos y feos de Manolo que por extraña razón le puso a uno Roseto y al otro Sadan, para colmo, machos también, a los que él amó, le construyó jaulas, le hizo columpios.

María crió raramente conejos para comer, olvidó la Retenía y el idílico lugar del que no habló nunca más, atendió a La Choricera hasta el fin de sus 98 años, de ella se olvidaron sus hermanos del norte porque Manolo le prohibió la comunicación, jamás volvió a saber de ellos; el proceso revolucionario ponía límites en cuanto a eso, una especie de prohibición y Manolo lo prohibía también, no se supo si por miedo o por revolucionario o porque quería el carnet de militante.

La única visita de María, era Rosita ya para entonces calmada por los corrientazos, venía a ver a su madre convertida ahora en “La vieja Choricera” Rosita decía que nunca la quiso y la vieja decía lo mismo de ella, ambas no se odiaron pero se desamoraron, realmente quienes se quisieron siempre fueron ella y María. Por eso su hermana le aceptaba aquellos panes perfumados que traía envueltos en sus talcos y jabones, enredados de su pelo fino y siempre negro. A los 70 años y más, Rosita seguía con su trenza larga y rala, la que mascaba a cada ratos pero limpia de canas, dicen que eso le pasa a los locos...

La vieja Choricera murió con la mente íntegra, tan íntegra que asustaba, no predecía pero nunca olvidó fechas, ni días, ni la cantidad de dinero que guardaba, lo único que olvidó porque nunca se lo dijeron, fue la muerte de Ramón su hijo preferido, ladrón de su dinero el que la gratificó mes tras mes mandándole una mesada que

ella amasaba por el solo hecho de gustarle guardar dinero. La vieja Choricera murió cansada de vivir y de repetir las historias que aún me faltan por contar.

Coda II

No encontraba María forma de vengarse de tanta humillación porque además, su alma tímida y noble no se lo permitía, Manolo llegó a enamorarse de una sobrina suya, y se hizo un escándalo mayúsculo, de viejo verde y engreído, aun así María se hizo la que perdonó, pero generaciones como las de Rosa La Otra conocieron de su boca la historia y fue tal el dolor de María que amasó esa angustia hasta sumarla a las tantas otras que la llevaría a su venganza definitiva: El Olvido. María nunca odió y como Manolo, buscó una mascota para depositar el cariño que le sobraba y no quería dárselo a Manolo. Encontró una perra china, fea y temblorosa a la que vestía en los inviernos cuando una vez fueron rudos y le embadurnaba la reseca piel de cremas. Dejó de fumar para vivir más que él aunque él se volvió vegetariano, porque no quería comer “animales muertos” siguió con sus escrúpulos, y su vida espiritual creció en la materialidad y el raciocinio del más allá pero de alienígena y extraterrestre.

Ciertas ves cuando era más cuerdo y todavía le quedaba deseos de pronunciar discursos dijo en tono solemne:

—Los trabajos que se pasan con ellos, los hijos, no compensan el gusto de hacerlos. ¿Qué sería de la Humanidad sin esa” trampa”? indudablemente: No existiría; luego, dicha “trampa ¿fue anterior a la existencia del hombre? ¿Quién la creo? ¿De qué inteligencia superior es producto? ¡Nadie lo sabe! ¡Ni lo sabrá nunca!

Esas palabras quedaron en la memoria de la Maga de los Gatos, Elena, quien después de analizar y comprender medianamente aquello, lo escribió y guardó por si algún día, esa trampa de hacer hijos, se balanceaba entre la gallina y el huevo, entonces ella expondría un pensamiento filosófico, acerca de la creación, según su padre.

María siguió aumentando su fe en Dios y como solía decir en los “ultratumbas”.

Envejecieron juntos, fueron a dar a camas separadas y mientras él seguía con su conciencia intacta María comenzó con su proceso vengativo, su alejamiento y extrañeza; se le olvidó pensar.

Quiso olvidar que existía, que una vez estuvo casada, que fue feliz o feliz ya eso ni bien lo sabía, no fue él, un marido perfecto ni imperfecto, pero quería de algún modo vengarse por haberla silenciado, minimizado, por aniquilarla, convertirla en un personaje sin permitirle ser persona. Por eso, cuando él gritaba en la cama de al lado suyo a viva voz y ella reconocía aquel estruendoso sonido mandatario de:

—¡María, María!

Ella con los ojos idos, la mente en un lugar seguro de reposo y tranquilidad, sosegada, cálida, íntima, infinita, solo preguntaba alto para que él lo oyera:

—¿Quién es ese hombre que grita a mi lado?

Document Outline

- [Primera Parte](#)
- [I. Las hijas de Rosa, La choricera](#)
- [II. Los hijos de Chenchó. Los hermanos de Manolo](#)
- [III.](#)
- [IV. Manolo. \(Carlos Manuel por ahora\)](#)
- [V. Caibarién](#)
- [VI. Placetas](#)
- [VII. Los Regresos](#)
- [VIII. La soledad, buena consejera](#)
- [IX. Él y Ella](#)
- [X. La convivencia](#)
- [XI. EL bautizo](#)
- [XII. El Encuentro](#)
- [XIII. Los cambios](#)
- [XIV. Caibarién II](#)
- [XV. El milagro](#)
- [XVI. El fin de la jornada](#)
- [XVII. El noviazgo](#)
- [XVIII. Un pedazo de la Retenía](#)
- [XIX. De regreso](#)
- [XX. Coco o Rubén](#)
- [Segunda Parte](#)
- [I. De vueltas a Placetas](#)
- [II. Rosa la Choricera o La vieja Choricera](#)
- [III. Entre rosas manzanilladas](#)
- [IV. Reconciliaciones](#)
- [V. La fundición](#)
- [VI. Caibarién III](#)
- [VII. Rosa La mora](#)
- [VIII. La China](#)
- [IX. La escuela](#)
- [X. La Casa Nueva](#)
- [XI. Un ángel de la guarda](#)

- [XII. El penúltimo y último viaje de Laura](#)
- [XIII. La Política y Amor](#)
- [XIV. Como fue que Chencho supo lo de Rito](#)
- [XV. Decaída y decadencia de Chencho](#)
- [XVI. Lila, su casamiento, y la nueva familia](#)
- [XVII. El no casamiento](#)
- [XVII. El no casamiento](#)
- [XIX. La Habana](#)
- [Coda I](#)
- [Coda II](#)